

The background of the entire page is an abstract, textured composition. It features a dominant blue color palette, ranging from light, airy blues at the top to deep, rich blues and purples at the bottom. Interspersed within this blue field are vertical, brush-like strokes of a golden-yellow or ochre color, which add a sense of movement and depth. The overall texture is grainy and painterly, suggesting a hand-painted or layered surface.

Upstate

James Wood

ALBA ● CONTEMPORÁNEA

UPSTATE

JAMES WOOD

Traducción
Jesús Cuéllar Menezo

ALBA

ALBA CONTEMPORÁNEA

Título original: *Upstate*

© James Wood, 2018

© de la traducción: Jesús Cuéllar Menezo

© de esta edición: **alba editorial, s.l.u.**

Baixada de Sant Miquel, 1 08002 Barcelona

www. albaeditorial.es

diseño: Pepe & James

primera edición: noviembre de 2019

Conversión a formato digital: Alba Editorial

ISBN: 978-84-9065-630-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.

Para Claire, Livia y Lucian

1

Antes que nada, tendría que ir a ver a su madre. Le diría que se trataba de Vanessa, pero no le contaría todo, por supuesto. La residencia, diez kilómetros de terreno junto a una carretera privilegiada, era imponente y antigua, con esa severidad gris norteña que a él tanto le gustaba. Pero ahora parecía abandonada: todo había caído en un desuso invernal. Su madre llevaba cuatro años allí y él seguía sin saber bien cómo anunciarse. Por otra parte, el precio era ridículamente desorbitado, y ya no podía permitírselo. ¿Qué sacaba ella, qué sacaba *él*, a cambio? Dos pequeñas habitaciones en lugar de una, espacio suplementario para la triste acumulación de voluminosos y viejos muebles de toda una vida, y quizá dos pastas con el té de los viernes.

Cruzó dos incómodas puertas contra incendios, que taponaban la levadura rancia de todo un fin de semana. Comida de colegio. A la puerta de la habitación de su madre («Clarendon»), se arregló un poco como si fuera un payaso, se subió los pantalones, se sacudió el polvo del abrigo y entró dando un golpecito. La televisión estaba apagada, gracias a Dios. Su madre dormitaba en el butacón de cretona que su marido había utilizado antaño como trono familiar, dictando normas y decretos sin levantar la vista del periódico. Diminuta, hundida, le faltaban algunos dientes. Ese viejo chiste de revista de variedades... *Sus dientes eran como las estrellas. Salían de noche.* Pero la tarde acababa de comenzar.

Al respirar, parecía que algo se le atravesaba en la garganta. Siempre había sido de nariz larga, pero ahora parecía estar menguando en torno a ella, quedándose en los huesos alrededor de ese apéndice tenaz, definitivo, con forma de raíz. Yo tengo su nariz, así que así será la mía, está claro. Se arrodilló junto a ella y susurró. Su madre abrió los ojos y preguntó ligeramente molesta:

—¿Cuándo has llegado, Alan? —como si la hubiera estado espiando.

—Hace un segundo.

—Dame la dentadura, por favor; al lado de la cama, en el vaso. —Se apartó para colocársela —. Ahora tenemos que pedir té y unas pastas. Si lo pides, te lo traen.

De niña, en un barrio periférico de clase media baja de Edimburgo, se había hecho antipática en el colegio al fingir acento inglés, o quizá anglo-escocés; desde la muerte de su marido su acento parecía haber ascendido de nuevo, uno o dos escalones, por la escala social. Eso solía darle un aire ligeramente irritable.

La verdad es que, a estas alturas, sonaba como una señora, pero tenía aspecto de criada: baja, encorvada y hoy con ropa demasiado modesta o ajada.

—No tienes por qué llevar ese chal, ¿verdad? —dijo él, quitándoselo de los hombros.

—Desde luego que no, acababa de ponérmelo para la siesta. Gracias... Te veo muy desmejorado. Ya sabes que quien se acerca demasiado al fuego se quema.

—¿Te refieres al fuego de una vela? —Acababa de cumplir sesenta y ocho—. ¿Y tú cómo te encuentras?

—Bien, supongo... Pero, desde luego, estas vistas inglesas no me van —añadió, señalando hacia la ventana con espléndida autoridad.

—Bueno, no son malas —contestó él, mirando la hilera de árboles desnudos y las heladas colinas. Esas vistas inglesas le costaban dinero—. Y ya hemos hablado de esto. No quieres vivir conmigo, necesitas tu independencia, aunque sería mucho más barato si te vinieras a casa con nosotros.

—De ninguna manera. Ya me hice cargo de tu abuela, como bien sabes, y gracias a eso mi quinta década fue un vacío total. Lo único que hacía, un día tras otro, era cuidar de ella. Yo nunca te haré eso.

En esa casa, parecía que las dos mujeres se detestaban: con imperceptible pericia, iban consiguiendo que la otra fuera cayendo en una absoluta depresión.

—Pero tú quieres que te visite. Y yo quiero visitarte. —Le tomó la mano—. No me servirás de nada a tres horas de casa, en Escocia, aunque allí tendrías tu propio paisaje. —Le dijo con suavidad.

Llegó el té, que llevaba un adolescente muy pelirrojo. Les ofreció una pasta a cada uno y se marchó, asegurándose de que no se dejaba el plato con las demás.

—¡Aquí hay racionamiento de guerra! —dijo su madre. El joven apareció de nuevo.

—Señora Querry —dijo—, tengo que recordarle que los residentes se reúnen a las tres y media en el solárium para la vacuna invernal contra la gripe. Ya sabe usted que es el recuerdo para los que no se la pusieron en su día. ¿Necesita ayuda?

—No, ya tengo a mi hijo. Gracias.

La habitación podría haber sido mucho peor. Techos altos con molduras recargadas, casi como coronas de laurel romanas; papel pintado con relieve y muescas como puntas de almendra — aunque él siempre las viera como astillas que se le hubieran metido a un niño bajo la piel—, todo ello pintado de un agradable color crema. Y objetos de sus padres que conocía desde siempre: una acuarela de la catedral de Durham, un espejo antiguo en el que realmente no te veías (parecía valioso, pero él sabía que no lo era), un cojín cuya desvaída tapicería color lila, que él había comprado en Heal's de Londres, de Tottenham Court Road, no se había cambiado desde hacía por lo menos treinta años. Todo estaba bastante bien, o todo lo bien que puede estar cuando la propia vida se ha reducido a *souvenirs* de uno mismo. Era un sitio agradable. Pero ya no se lo podía permitir.

Ella lo miró con sus ojos azul pálido: los de Vanessa.

—¡Aquí todo el mundo está que trina! La de al lado perdió ayer el audífono, lo dejó en un clínex, sobre la mesilla, y la limpiadora lo tiró sin darse cuenta, pensando que era para la basura. Y en la habitación que hay dos puertas más allá, en este mismo pasillo, Mary Binet está furiosa, porque le gusta hablar francés con otra mujer de aquí, que es la única que lo entiende, pero ahora el personal le ha dicho que deje de hablarlo: parece que otra persona, todos pensamos que es alguno de los residentes, y yo estoy bastante segura de quién es, se ha quejado de que hablan un idioma secreto para excluir a los demás. Yo lo voy a echar de menos, no podía entender nada, pero me gustaba escuchar el francés... Y ahora resulta que la directora se marcha al terminar el mes, y solo lleva seis meses: creo que es checa, es simpática, aunque por alguna razón no le gusta nada que piensen que es polaca...

La interrumpió.

—Mamá, me tengo que ir a Estados Unidos durante una semana.

—¿A Estados Unidos? Vaya, vaya. ¿Por negocios?

A ella siempre le había gustado pronunciar esas palabras, así que él se las devolvió, con rotundidad.

—Por negocios.

—Bueno, pues... que no te pase nada.

—¿Que no me pase nada?

—Es un sitio peligroso, según dicen; allí pasó esa cosa horrible con las torres. ¿Vas a ver a Vanessa? Siempre ha querido que la visitaras... en ese sitio...

—Saratoga Springs.

—Sí, eso quería decir... zarzamora.

—Sí la veré. Y a Josh.

—Oh, Dios mío... pues ¡ánimo! Es demasiado joven ese chico y desde luego no se la merece.

—Pero ¡si ni siquiera lo conoces!

—Y tú tampoco, pero sí que tengo teléfono, *me informan*, e iba a decir, antes de que me interrumpieras, que Vanessa ya no va a rejuvenecer, ¿no te parece?

—Mamá, no te sigo. ¿Ahora le estás dando tu bendición?

—Bueno, ¿por qué no va a tener un novio la pobre? Quizá Josh sea el elegido. Y cuando se casen serás *tú* el que le eche en cara habérsela llevado tan lejos...

—Oh, Vanessa ya estaba lejos. Bien lejos. Después de todo se doctoró allí, no aquí. Ese fue el principio.

—Qué tonta. Fue una pena que no volviera en Navidad. Supongo que prefirió pasar el tiempo con su galán.

Transcurrieron unos instantes de silencio trasnochado: el tictac del curioso reloj de carruaje de su madre. Regalo de él.

—Alan, cariño, ¿me puedes ayudar a ir al solárium? Quiero llegar pronto... mientras la aguja esté afilada...

Se sonrieron, la ayudó a levantarse y caminó junto a ella, que iba agarrada a su andador tubular Zimmer gris, una maravilla de la ingeniería, tan fuerte como un levantador de pesas, pero tan ligero como los huesos de una anciana, con ruedas por delante y dos pelotas de tenis incrustadas en las patas traseras que se iban arrastrando por la moqueta mientras esa pareja mayor, madre e hijo, avanzaba lentamente por el pasillo.

2

No cabía duda de que la mansión de los Querry tenía buena planta, como si se asentara más en roca que en arena. Acceso de gravilla en curva (ahora que el coche lo recorría, los neumáticos machacaban y desplazaban los pequeños guijarros blancos, creando un dispendioso revuelo), grandes bloques de piedra, altos ventanales, una S de metal negro para evitar que alguna pieza de mampostería se combara, un sólido y añejo portón de entrada, un torcido limpiabarros de hierro negro (de los que no se compran, solo se heredan). Era de en torno a 1860. No la había construido Alan Querry, aunque a veces pareciera que sí. Aquí habían traído Cathy y él a Vanessa y a Helen, y aquí las había criado él, después de la marcha de Cathy. Aquí estaba la ventana que había sustituido, él solito, allí los canalones que había arreglado, también solo, más allá el techo del garaje que había reemplazado con la ayuda de Rob, el manitas ligeramente retrasado del pueblo.

Parecía la casa de alguien que había progresado. Vivía en la parte más elegante de Northumberland, donde se suponía que los vecinos —si es que así se podía llamar a esos ricachones tan alejados— eran «caballeros granjeros». Todos habían estado internos en Eton y se paseaban altaneros por el condado con pantalones de pana abombados de tono herrumbroso; se les veía cansados, pero desprendían cierto fulgor, como rescoldos de antiguas cecas. (¿De dónde habían sacado esa ropa carísima, nueva, pero «antigua»? De New & Lingwood, Jermyn Street, Londres: en una ocasión él mismo había comprado algo allí, triunfal pero agobiado en ese emporio del susurro.) Su vecino más próximo era un baronet alopécico de mediana edad, un tipo amable pero insulso que nunca había dado un palo al agua y cuya única distinción, celebrada en la zona, era que leyó *El resplandor* en cuanto lo publicaron y le dio tanto miedo que no pudo pegar ojo durante tres días y tres noches.

Este no era su mundo. Su padre había dejado el colegio a los dieciséis años para entrar en los astilleros de Newcastle. *Da*[1] era espabilado y diligente y no tardó en trabajar en Parsons, encargándose de adquirir los componentes para sus grandes turbinas de vapor. Alan había nacido en Newcastle; después de la guerra, los Querry se trasladaron a Durham, donde *da* acabó abriendo una enorme ferretería, en Saddler Street, en la cuesta que conduce a la catedral. Su padre había logrado labrarse una reputación, no solo como «tendero», sino como «propietario», y su nombre tenía peso en la ciudad: «Me voy a pasar por la tienda de Querry». Sin embargo, él nunca se dio mucha importancia. A Alan se le ocurrió la idea de entrar en el negocio inmobiliario, primero en Durham, después en Newcastle, York y Mánchester, al ver cómo su padre intentaba sin éxito, primero ampliar la tienda y después adquirir otra. A ese hijo único le apetecía ganar suficiente dinero para comprarles a sus padres un flamante Volvo nuevo —el único coche nuevo que llegaron a poseer—, y para pagar las mensualidades de la residencia de enfermos terminales en la que

ingresó su padre cuando llegó el momento.

Ahora pagaba las de su madre, pero no se las podía permitir y nadie —Helen y Vanessa menos que nadie— le creería si se lo decía, les resultaría incomprensible. ¿Cómo podía el Grupo Inmobiliario Querry, con edificios en todo el norte de Inglaterra, incluso una lustrosa nueva oficina (¡aunque fuera de un único espacio!) en Mánchester y una moderna página web concebida por una firma estadounidense de Salt Lake City, cómo podía todo eso no ser suficiente para ofrecer una rentabilidad inagotable?

Caminó sobre la gravilla y empujó el pesado portón principal hasta abrirlo. Otter saltó de su cesta, sacudiéndose de placer. No había visto el coche de Candace por delante, así que quizá no estuviera. En la cocina no había nadie, ni tampoco en el caro pero austero salón. Las cristaleras rebosaban de luz; la breve tarde de febrero se iba desvaneciendo. Reinaba una calma absoluta. Durante demasiados años, después de que Cathy se marchara, y una vez que las chicas se fueron a la universidad, la casa producía una desesperante sensación de quietud; la gruesa moqueta albergaba el fantasma de los pasos de todos. Había llegado incluso a pensar en vender esa hermosa y antigua residencia. Candace lo había cambiado todo. A sus hijas, sobre todo a Helen, no les caía muy bien. Entre otras cosas, les chirriaba su anticomunismo ultraliberal. La verdad es que a él tampoco le gustaba mucho la ideología de Candace; siempre había sido un laborista reflexivo, como todo el mundo en Durham, hasta los que habían triunfado y «se habían escapado». Quizá le tuvieran envidia, al hacerse mayores, peinar canas y ensanchar, u *otoñar* (como había acuñado Vanessa, fundiendo «otoñar» y «ajar»); envidia de su cabello todavía negro, liso y lustroso, de sus caderas estilizadas, de su formidable vitalidad. La única vez que había reunido realmente a sus hijas con Candace discutieron sobre si Thatcher había sido «un beneficio neto» para el país (la tajante conclusión de Candace) o un puto desastre (la de Helen). Vanessa dijo después que Candace le parecía «coercitiva»; según recordaba ahora, Van se había enfurruñado como una niña y se había ido a su cuarto.

Dejando a un lado lo que Vanessa y Helen pensarán de la situación, a él Candace lo había salvado, no le cabía duda. Tenía diez años menos que él, y un optimismo y una fuerza enormes. Lo había salvado de la soledad, del exceso de trabajo y del rancio celibato del viudo, lo había salvado de la vejez, incluso de la muerte.

—¡Candace!... ¡Candace, mi amor!

Estaba en la salita de la televisión de la parte trasera de la casa, sentada con las piernas cruzadas en un grueso cojín redondo. Durante unos diez años Candace había sido asesora de gestión en Hong Kong, aunque le dijo a Alan que nunca le había gustado mucho. Hacía un año que había decidido prepararse para ser psicoterapeuta budista. Por supuesto, la meditación era esencial, y en cierto modo también la jardinería. Quizá el yo fuera como una planta, que florece, muere y renace. Ahora se pasaba bastante tiempo sentada en ese cojín aplastado y decorado con motivos chinos carmesíes, y aunque él sabía que esto era una zafiedad por su parte, siempre tenía la sensación de que, más que meditar, *dormía*. Helen decía que saltaba a la vista que Candace carecía de dones terapéuticos. («Es como si Quincy Jones intentara ser monógamo».) Alan se rió con ganas y después buscó «Quincy Jones» en Google. No era cierto, por lo menos no en el caso de Candace Lee.

Era intensa, seca, coherente: nunca se equivocaba. Alan vio que iba sin zapatos, con los pies desnudos.

—¿Se lo has dicho?

A Candace no le caía bien su madre y era divertido ver lo mal que se le daba ocultarlo.

—Bueno, le dije que tenía que ir a Estados Unidos.

—Alan, ya me entiendes. ¿No le has dicho *por qué* vas?

Se levantó del suelo como si fuera fácil.

—No creo que este sea el momento —contestó él—. Se lo diré cuando vuelva.

—Te dio miedo.

—Supongo que un poco sí.

Candace se acercó y le dio golpecitos en el pecho.

—No puedes tener miedo, tienes que ir allí para apoyar a Vanessa. Te necesita.

—Apoyar...

—Sí, tienes que apoyarla, no me incomoda ese verbo. Eres su padre, así que debes demostrarle lo que significa continuar, continuar haciendo lo que haces.

—Supongo que yo «continúo» porque no le doy muchas vueltas a la vida.

—Como el ciempiés —dijo Candace—. Cuando descubre que tiene cien pies es incapaz de seguir caminando. Aunque resulta que eso no les pasa a los ciempiés. La mayoría no tienen cien pies.

—¿Puedo contar eso cuando esté en Saratoga Springs?

Candace lo miró con severidad, con un halo que a él le gustaba especialmente. La madre de Candace había mostrado una ambición tan implacable, estaba tan decidida a escapar de su miserable aldea china, que en el colegio sus amigos la llamaban con sorna «el sapo que sueña con comer carne de cisne».

—¿Te estás tomando esto en serio? Si no te lo vas a tomar en serio, mándame *a mí*. La vida de Vanessa no es una obrita de teatro inglés.

Durante un instante Alan se imaginó lo mal que acogerían en Saratoga Springs la llegada de Candace.

—Por supuesto que me lo tomo en serio. Pero yo no puedo cambiar.

3

Ese yo necesitaba un baño, y después una o dos copas. Abrió los grifos del cuarto de baño principal, el más ostentoso, que era el que más le gustaba: el que sería de su madre si se iba a vivir con ellos. Sus baños seguían cierta rutina: en cuanto se metía en la bañera, algo que cada día era más difícil, quitaba el tapón, de manera que nunca pasaba más de cuatro minutos sumergido, y gran parte de ese tiempo sentía una ligera incomodidad. *Da* era quien le había enseñado ese padecimiento: así era como un chaval se «curtía». (Aunque los baños de *da* además eran fríos.) En el norte de Inglaterra, estar «curtido» era más importante que ser inteligente, guapo o cariñoso. Los muchachos como él se subían bien las mangas de la camisa, para mostrar los bíceps, como si fueran una bala asomándose por un cañón. En el tacón de los zapatos clavaban medias lunas de metal —«chapas»—, para poder dar sonoros taconazos y arrancarle chasquidos marciales al pavimento. Seguía ajustándose al absurdo código paterno y la infrecuente excepción del baño parecía un gran lujo: hoy se quedaría durante veinte minutos largos en una bañera con agua caliente cuya superficie no empezara inmediatamente a bajar hasta quedarse en nada.

De pie junto a la bañera, miró hacia abajo: qué raro que su minga estuviera más oscura que el resto del cuerpo, como si por alguna razón fuera más vieja que lo demás. *¿Carne blanca o carne roja?* El vello del pecho, que de joven tenía tan enmarañado como el suelo de un bosque, ahora era de un gris insulso, tan quebradizo como tabaco seco. He aquí el *otoñaje*. Y lo más raro, o quizá no tan raro, porque tenía amigos que decían lo mismo, era que, al mirarse en el espejo, quien lo contemplaba no era el Alan Querry de sesenta y ocho años, sino el pequeño Alan de diez, el Alan de veinte. Era como si todo lo que le había ocurrido entre los diez y los sesenta y ocho años hubiera tenido lugar en un reducido conjunto de habitaciones; como si la infancia estuviera en ese mismo pasillo y la adolescencia en el curioso armarito que había junto a la cocina, todo ello bien a mano, no a décadas de distancia, no en casas o calles lejanas, sino absolutamente a mano. Vivir sesenta y ocho años —matrimonio, nacimientos, divorcio, muertes, dinero— no había costado más de lo que se tardaba en cruzar de un lado a otro del pasillo. En realidad, nada había menguado, ni se había marchitado, ni había otoñado u *otoñajado*, ni el sexo, ni la posibilidad de ser feliz, ni la curiosidad. Desde hacía ya tres meses, su vida estaba plagada de tribulaciones económicas. El negocio no iba bien, estaba claro que en el proyecto Dobson no habían calculado bien sus fuerzas, pero cuando los días salían buenos todavía se sentía optimista y pensaba que podría emerger de todo eso igual que se emergía de la bañera, dejando atrás el agua sucia.

Su padre había sido así de optimista: imperturbable, de una sólida afabilidad, inteligente. Nunca lo había visto derramar una lágrima, nunca en su vida lo vio perder los estribos. Su madre había tenido algunos problemas nerviosos inmediatamente después de nacer Alan; la trataron en

Newcastle con electroshocks. ¿Venían de ahí los problemas de Van? En cualquier caso, *mam* era, como mínimo, la fuente, la guardiana de las emociones familiares. Ella tenía las llaves: de haber muerto antes que *da*, las compuertas emocionales habrían quedado clausuradas. Alan y su padre nunca hablaron de sentimientos. Era *mam* la que se enfurecía, gritaba y se reía a carcajadas. La emoción era algo femenino. Pero también la alegría y la ternura. Y las pretensiones sociales: el falso acento de «clase media» de su madre.

Y ahora —estaba sentado en la bañera, cociéndose y dilatándose como una esponja— tenía que irse dentro de tres días a Saratoga Springs, para apoyar a su hija, a la pobre Vanessa.

La primera señal de alarma había llegado justo antes de Navidad, cuando Vanessa canceló el viaje habitual a Inglaterra durante las vacaciones. No se sentía bien, tenía demasiado «trabajo» pendiente. Desde hacía tiempo, Alan sabía por experiencia que las dolencias de Van no solían ser únicamente físicas y que aducir «trabajo» encubría muchas evasivas y mucha falta de productividad. Después, unas semanas más tarde, a primeros de enero, llegó el terrible correo de Josh, que solo había enviado a Helen, aunque esta se lo había remitido a Alan. Josh decía que Vanessa había caído en una profunda depresión a comienzos de diciembre. Vanessa había comenzado a «apartarse» de él «y a apartarse de la *vida*, así es como yo lo expresaría». Justo antes de Navidad se había producido lo que él denominaba «un incidente», cuando Vanessa se cayó por unas escaleras y se lesionó un brazo. Josh se asustó: «Creo que existía el peligro de que se hiciera daño deliberadamente». Decía que en las últimas semanas Vanessa había mejorado, pero que seguía estando bastante frágil, y que él escribía porque sabía que Helen viajaba con frecuencia a Nueva York por trabajo. La próxima vez que Helen estuviera en la ciudad, quizá podría ir al norte de Nueva York, a Saratoga Springs. «Tú y tu padre, por supuesto, conocéis su “historial” mucho mejor que yo.»

Helen contestó que, de hecho, la discográfica le había pedido que fuera a Nueva York a comienzos de febrero; que entonces podría desplazarse al norte del estado y que intentaría que Alan la acompañara. Y Alan, quizá porque Josh no le había escrito a él sino a Helen, porque tenía demasiado miedo, porque era demasiado educado, demasiado inglesito, no le había enviado un correo para preguntarle exactamente a qué se refería cuando insinuaba que el accidente de Vanesa había sido algo deliberado. «Existía el riesgo de que se hiciera daño.» Otra vez no: Alan pensaba que todo eso era agua pasada, que se había quedado en Oxford, cuando Van era estudiante. Si había intentado hacerse daño, estaba claro que no iba *en serio*, que era solo una «señal», un mensaje, un SOS: ¿no es eso lo que se decía de esa clase de gestos? Aunque, al mismo tiempo, también pensaba, horrorizado, que Vanessa no podía apartar de un manotazo su vida, como si fuera un crucigrama sin terminar... Un padre —cualquiera de los progenitores— ayudaba a sus hijos adultos como podía. Alan había tenido sus períodos de infelicidad, algunos de ellos bastante acusados, pero no creía haber llegado nunca a la desesperación. La desesperación era un problema del alma, algo terminal. Era el daltonismo que afectaba a quienes no veían ninguna esperanza. ¿Por qué a Helen no le costaba ser feliz y a su hermana le resultaba difícil? Siempre habían sido muy distintas. Quizá el «historial» de Van arrancara en su nacimiento. Y entonces, ¿qué podía hacer Alan? Ese siempre había sido su tormento: lo poco que podía hacer. No podía lograr que Van viera la vida con sus ojos: donde él veía un pájaro blanco, ella lo veía negro. Pero por supuesto que iba a ir, *por supuesto* que sí: se compraría inmediatamente un billete de avión e iría con Helen. Sería la reunión navideña de Van, pero más tarde.

4

Vanessa y Helen, Helen y Vanessa... Vanessa, dos años mayor, nació poco después de las diez de la noche del 30 de julio de 1966, el día que Inglaterra venció a Alemania Occidental en el Mundial de fútbol. ¡Por primera y última vez! Era un día que no se podía olvidar: esas horas exultantes, la televisión en blanco y negro ofreciendo imágenes increíbles y poco nítidas, y Cathy paseándose como un palo por el cuarto de estar, sujetándose las lumbares; en la memoria, ahora sus gemidos se mezclaban con los rugidos del estadio de Wembley, y allí estaba poco después Vanessa, amarillenta y húmeda, toda arrugadita, adorada por ser la primera. «Para ella, solo lo mejor.» Una chica con suerte. Pero al ir cumpliendo años se volvió más difícil abrazarla, le incomodaba, se volvió ligeramente distante. No encajaba o no quería encajar, como Alicia en el país de las maravillas, o bien demasiado alta, o bien demasiado baja. El divorcio fue lo que lo cambió todo. Cuando Cathy se marchó, Vanessa se *retiró*. Las niñas se enfrentaron de distinta manera a la catástrofe. Helen, siempre vehemente, se puso de parte de su padre y acusó a su madre —que, después de todo, había dejado a Alan por Otro Hombre— de estar «obsesionada con el sexo». (La pobre Helen solo tenía trece años.) Vanessa era distinta. No tomó partido, simplemente se quedó callada; pareció absorber todas las consecuencias del hecho y se quitó de en medio. Siempre estaba arriba, en su maldito dormitorio, donde se tumbaba en la cama a leer sin parar; de todo, concienzudamente: novelas, poesía, filosofía, feminismo, incluso ecología. De la mayoría de los autores él ni siquiera había oído hablar; a veces pensaba que su hija elegía a los más ignotos, solo para fastidiarle.

En tiempos más felices, a Alan y a Cathy les había encantado observar las diferencias entre sus hijas. Con cuánta frecuencia, por la noche, cuando otros temas de conversación decaían, sus padres habían hablado de «las niñas», con ese asombro fanático —monótono pero nunca aburrido— que los revolucionarios deben de prodigar con sus planes de futuro. Helen era excesiva, juguetona, desobediente, puramente física; Vanessa era tímida, delicada, poco proclive a la ira, aplicada, muy retraída. Durante un tiempo, pareció que esas diferencias eran provisionales, que formaban parte de la confusión propia del crecimiento; todo era potencial. Sin embargo, tal como descubrió Alan, al final los pies de la niña dejan de crecer, ya no hay que sacarle los bajos de los pantalones, su letra es como será el resto de su vida, sus sábanas tienen a veces las inconfundibles manchas de sangre de su recién estrenada adolescencia y, de forma igualmente inesperada, mientras no le prestas la debida atención al asunto (o eso le parecía ahora), mientras estás demasiado embebido con tus propias y absurdas crisis, tu hija se hace adulta, y las cualidades que parecían maleables se consolidan y se fijan. Las dos niñas eran muy voluntariosas, pero en tanto que la tenacidad de Helen parecía reportarle placer, la de Vanessa le reportaba infelicidad.

Parecía muy proclive a *echar por tierra sus propias oportunidades*. Esa era la frase que él no dejaba de repetirse en esos días. ¿Por qué quería Van *echar por tierra sus propias oportunidades*? ¿Por qué no invitaba a ninguna amiga a casa? ¿Es que no tenía? Dijo que quería formar parte del club de debates del colegio, pero nunca se presentó. Lo mismo ocurrió con la orquesta o la función de teatro escolar. Todos sus pasatiempos eran solitarios: leer, tocar el piano o la flauta, escuchar música, escribir poemas. (Poemas en su mayoría empapados de desesperación y lamentaciones: uno de ellos, especialmente horrible, parecía que tenía que ver con el interés, no correspondido, por un chico, y terminaba con un verso sobre el deseo de «saltar desde un muro elevado contra la dura acera», que Alan nunca podría olvidar; eran poemas que alarmaron enormemente a sus padres cuando los descubrieron en un cuaderno escondido debajo del colchón de Van.) Más adelante, cuando estudiaba en Oxford, Vanessa decidió que iba a donar todas sus pertenencias; una amiga estaba tan preocupada por su estabilidad que informó de su estado a los servicios sanitarios de la universidad, que se pusieron en contacto con Alan y Cathy. Helen, segura de su capacidad para encandilar, se comunicaba fácilmente con los adultos; Vanessa se quedaba atrás, con una actitud que parecía combinar —en una situación sin salida— el veredicto y el miedo. Helen era alegre por naturaleza; Van necesitaba que le recordaran esa categoría de la experiencia humana. Y un buen día te das cuenta de que las diferencias entre tus hijas no son solo temperamentales y biológicas, sino morales y políticas, que las dos ven el mundo de formas muy distintas. Un buen día —lo recordaba perfectamente— contemplas cómo tu hija mayor, con diecisiete años, da una contundente lección a su hermana menor sobre el sufrimiento vital y la crueldad de todos los seres humanos, de la vida en general, esgrimiendo un libro que su padre no tenía ni idea de que tenía, la *Historia de la tortura* de George Ryley Scott, agitándolo y diciendo: «Léete esto, léetelo, Helen, ¡y ya no te cabrá ninguna duda!».

¿Había sido su infancia así? ¿Una tortura?

5

Helen y Vanessa, Vanessa y Helen... Vanessa se había doctorado en Princeton —«porque en Oxford me ahogo, en Princeton me van a pagar, y están deseando que vaya»— y se había pasado siete años impartiendo filosofía en Skidmore College; ahora había leves indicios, como una brisa que transporta cierto olor a podrido, de que su carrera se estaba estancando. De que no había respondido a las expectativas. Había escrito algunos artículos: uno de ellos, que Alan pensó que versaba sobre cómo combinar la filosofía francesa y la filosofía analítica inglesa para obtener una nueva y magnífica fusión —¿era como plantar viñedos franceses en terreno inglés para fabricar ese cuestionable vino que ahora producían en Kent?—, tuvo bastante impacto y fue saltando de conferencia en conferencia. Pero ahora tenía cuarenta años y no había habido ni un «gran libro» ni ascensos. Durante todos esos años, la página web del departamento mostró el mismo perfil profesional y la misma foto espantosa —«cómo son estos académicos», pensó Alan—, con la hermosa cabellera oscura de Vanessa, recogida sin gracia en un moño totalmente universitario, con su precioso e inteligente rostro oculto tras unas horrendas gafas redonditas, y esa bibliografía inmutable, con la eterna promesa de «Cuatro ensayos sobre la personalidad (en prensa)». Alan no se la podía imaginar en Saratoga Springs, Nueva York. Ella le había dicho que Skidmore College era una de las mejores universidades privadas de Estados Unidos, y le contó algo del pueblo, de su historia como centro vacacional, un balneario decimonónico con aguas medicinales: el Baden-Baden, el Vichy del norte del estado de Nueva York. Estaba lleno de parques y de magníficos hoteles; la gente seguía dándole al juego y apostando a los caballos, y había preciosas y amplias calles. Cinco años antes, cuando estaba leyendo *Diamantes para la eternidad* —se había dado el capricho de releerse todos los libros de Ian Fleming—, se quedó encantado al enterarse de que James Bond y Felix Leiter visitaban el famoso hipódromo del mismísimo Saratoga Springs.

Pero no había ido a verla. Era ella la que venía, y Alan se imaginaba que todos los veranos viajaba a Northumberland porque estaba deseando escaparse de Estados Unidos o del estado de Nueva York. En el verano de Northumberland las ovejas lanzaban balidos que se repetían como carcajadas y restregaban la lana contra los muretes de mampostería, y los antiguos y rectos caminos romanos destellaban bajo una absoluta y apacible claridad, y la verdad es que no había un lugar mejor en el planeta. El verano pasado Vanessa se había quedado todo el mes de agosto, algo que a Alan le encantó. La dejó sola unos días, se marchó a Londres y a su regreso la encontró igual que la había dejado, unas veces en su antiguo cuarto, tumbada en diagonal en la cama, como solía, leyendo un libro, otras en el cuarto de estar, o en el jardín, en una silla plegable, fumando, siempre con un libro y un bolígrafo en la mano, con sus peculiares pantalones abombados. Al contrario que Helen, parecía que Vanessa apenas necesitaba nada. Quería estar en casa, bastantes

veces sola, y poder trabajar. Poco más. Desde la puerta trasera la veía en la silla plegable, con el cuaderno abierto, el bolígrafo en la mano, el paquete de cigarrillos y el encendedor sobre el césped, junto a una taza de café; en el último año había ensanchado un poco, quizá eso era lo que ocultaban sus curiosos pantalones holgados. Se encorvaba en la silla, sacando ligeramente la lengua, el cuaderno suspendido sobre las rodillas, y con la mano derecha no dejaba de retorcerse el pelo, como si retorciera sus propios pensamientos. Si Candy parecía dormida al meditar, Vanessa parecía casi en pose de pensadora. No solía escribir nada: qué asombrosa la proporción entre intensidad del pensamiento y frecuencia de la escritura. Era como un trompetista al interpretar una sinfonía de Haydn, que solo coge el instrumento más o menos cada cien compases. ¿Eran quizá aforismos? ¿Fragmentos filosóficos? Sería divertido que solo estuviera escribiendo chistes, una carta, o garabateando sin ton ni son. Y aunque sabía que no debía, se acercaba a molestarla, ofrecerle más café, preguntarle si necesitaba algo de Corbridge, contarle alguno de sus propios chistes para acompañar a los del cuaderno.

¿Había intentado realmente hacerse daño en Saratoga Springs? ¿Dejar a un lado su vida — Alan no se podía quitar esa imagen de la cabeza— como si fuera un crucigrama a medio hacer? Por supuesto, pensaba Alan, Josh había sido deliberadamente impreciso al contarle a Helen la caída en las escaleras, quizá porque quería racionar la preocupación: bastaba con conseguir que fueran para allá, no hacía falta que insistieran en llevarse a Vanessa a Inglaterra. Entonces, Josh debía de quererla; era posesivo, vigilante en el buen sentido, y evidentemente cariñoso. Alan pensaba que el correo hablaba muy bien del joven.

Cuando Vanessa se escapó del internado, Alan y Cathy decidieron que debía «ver a alguien» que le tratara la depresión y la ansiedad. En Newcastle encontraron a una psicóloga infantil que tenía cierto vínculo con el hospital universitario de la localidad. Según recordaba Alan, fue difícil encontrarla. ¡En el Newcastle de 1982 *nadie* iba a «terapia»! Y Vanessa tampoco quería ir, casi tuvieron que arrastrarla hasta la deprimente consulta de Percy Street. Peor, mucho peor fue que la psicóloga —cuyo apellido era Lennon, como John— insistiera en que en la primera sesión quería ver a toda la familia. A todos, incluida Helen. Alan y Cathy llevaban ocho meses separados y solo se comunicaban para hablar de cosas relacionadas con las niñas. Allí estaba Alan, furioso, mientras la doctora Lennon les decía que iba a conectar una grabadora; le parecía útil escucharlos hablar, para detectar, después de la sesión, la grabación de sus dudas, evasivas, puntos débiles y mentiras. Evidentemente, ella no lo planteó así, pero en esencia se trataba de eso: *cherchez les parents*, descubrir cuál era su culpa y cargarles el mochuelo. Y culpa sí que tenían. Sin ninguna duda. La pobre, la pobrecita Vanessa no dejó de llorar mientras las ruedecitas dentadas del radiocasete Memorex giraban sin parar emitiendo chirridos, mientras Alan y Cathy intentaban explicar lo difícil que había sido todo para las niñas. (Pero Helen no lloró, ¿verdad?) Después la doctora Lennon tuvo cuatro sesiones con Van sola y, una vez finalizadas, llamó a los despreciables padres y les explicó que, por supuesto, no podía transmitirles nada de lo que Vanessa le había dicho —¿y *qué* le habría dicho?—, pero que desde luego sí podía informarles de que, en su opinión, su hija mayor padecía un estado de ansiedad agudo y una «grave depresión». La psicóloga recomendó que Vanessa escribiera sobre sus miedos y su tristeza, de forma creativa. Alan no mencionó que Van ya lo estaba haciendo...

La verdad es que la muchacha se fue encontrando mejor, más contenta, más satisfecha con sus estudios, más atraída —y absorbida— por la entrega a la labor filosófica. Los dos últimos años de instituto y el primer año en Oxford fueron relativamente tranquilos. (En el caso de Van, todo era

relativo.) Pero después volvió a tener una crisis —en el último año en Oxford—, intentó repartir todas sus pertenencias entre sus amigos, Helen tuvo que llevársela a casa y en esa época decía que la perseguían sus «demonios». ¿Acaso había intentado hacerse daño en Oxford? ¿Había tenido ideas... suicidas? Alan casi no podía soportar pensar en esa palabra, ni desde luego pronunciarla. Tenía que apartar la vista de ella, como se aparta del sol. Y quizá fuera cierto, pensaba ahora, que como había apartado la vista de *esa* palabra, también la había apartado de otra: *depresión*. Apartó la vista y cuando Van ya tenía alrededor de veinticinco años Alan había decidido que gran parte de los problemas de su hija no eran crónicos, sino que en gran medida tenían que ver con su soledad. Parecía que nunca tenía novios, leía libros durante todo el día (libros difíciles, que, en su opinión, nunca eran de ayuda). No hacía ejercicio, nunca iba a dar un paseo o a montar en bici. *Mam* no tenía razón al decir que, si Josh acababa siendo «el elegido», Alan le echaría en cara que se llevara a su hija. En absoluto: veía con alivio la presencia de Josh. La noticia de que había un novio la recibió como otro padre o madre habría podido recibir la noticia de que su hija tenía otro trabajo o su primera casa. Y la verdad era que, en los últimos meses, desde que ella y Josh habían empezado a salir, Vanessa había estado mucho más contenta; tenía multitud de proyectos y una gran determinación, como él pudo comprobar en verano, cuando estaba sentada plácidamente en la silla plegable, respondiendo con cuidado a sus enigmas filosóficos. Alan se había empeñado en quedarse con esa imagen estival de Vanessa, no con la de la niña que había desaparecido durante dos días cuando tenía quince años; ni con la de quien, con veintiuno, se había negado a salir de la cama durante un período que pareció de un mes entero; ni la de quien, cuatro años después, estuvo a punto de abandonar el doctorado y hablaba en serio de abrir un restaurante orgánico en Corbridge; ni la de la hija a quien poco le faltó para rechazar el puesto de profesora ayudante en Skidmore y volverse a Inglaterra sin trabajo, «porque ¿de qué sirve enseñar filosofía?».

Lo que hoy recordaba con absoluta claridad era el día que pasó con Vanessa, cuando tenía cinco o seis años, delante de la iglesia medieval del pueblo, la iglesia en cuya torre ondeaba una bandera de la cruz roja de san Jorge sobre campo blanco. A merced del viento del norte, la tela se alejaba del poste de metal como un soldado deseando lanzarse al combate. Ese día estaba a media asta y la pequeña Vanessa, la Vanessa feliz, le preguntó por qué. Había muerto alguna personalidad, contestó él. Después, durante varios años, cada vez que pasaban delante de la iglesia y la bandera no estaba a media asta, Van alzaba la vista y anunciaba contenta: «Hoy no ha muerto nadie».

6

Helen lo había arreglado. Expositiva, divertida, siempre eficiente, le mandó un correo con un apretado itinerario. Ella estaba ya en Manhattan, donde llevaba unos días a cuenta de la discográfica. (Alan se imaginó una *suite* de hotel tamaño campo de fútbol, repleta de tentaciones.) Él volaría con British Airways, de Londres a Nueva York; pasaría la noche en un hotel de Park Avenue cuyo nombre no había oído en su vida —el mismo en el que se alojaba Helen— y a la mañana siguiente los dos tomarían en Penn Station el tren de las 8.15 hacia Saratoga Springs. Helen solo podía pasar tres días con él: tenía que volver a Londres para estar con los pequeños Jack y Oliver, y con Tom, el mayor de todos, que, aunque tenía treinta y siete años, ahora era tan infantiloides y estaba tan ensimismado como los gemelos de tres. Alan se quedaría seis días. Helen le recordó que se llevara el ordenador portátil, la melatonina que le había dado meses antes, los somníferos y unas gafas de sol («parece que no pegan con la estación, pero ya lo entenderás cuando veas la nieve bajo el sol americano»). Alan metió en la maleta lo que estaba leyendo sobre el Big Bang y otros dos libros nuevos de Candace, uno sobre el budismo zen, escrito por el autor que tenía el mismo nombre de pila que él, y una conocida guía psiquiátrica china sobre interpretación de los sueños. El problema con el libro sobre los sueños chino era que en gran parte de los que analizaban aparecían dragones, palomas y cerdos, no, por ejemplo, mujeres excitantes, curiosamente sin rostro, o Cathy. (Aunque en la página 23, y esto podía ser útil, le decían que un sueño en el que aparecieran puertas significaba que sus hijas «no tendrían éxito».)

Voló de Newcastle a Heathrow y allí se permitió un lujo asequible: comer en el *caviar bar* de la Terminal 4. El aeropuerto era como un hospital lujosillo, en el que los pacientes, tan aprensivos como expectantes, deambulan por pasillos muy iluminados empujando artilugios médicos. Se metían en las tiendas de Gucci y Prada para adquirir artículos imprescindibles antes del vuelo. Su salmón ahumado estaba muy bueno. En Londres sabían hacer las cosas, aunque hubieran echado en el plato la mostaza con eneldo directamente de una gran botella de plástico. Hasta los treinta y seis años no había probado el salmón ahumado, así que no se sentía para nada culpable: estaba recuperando el tiempo perdido. A su lado, y esto era bastante asombroso, parecía que un hombre estaba despidiendo a un joven subalterno con amabilidad y comprensión, caldeado por un Santerre, y haciendo pausas para poderse llevar del plato a la boca láminas frescas, como de un papel sonrosado y salado. Alan se inclinó hacia ellos, como solía hacer en estos casos. Parecía que hoy en día a la gente le gustaba que la escucharan extraños, que incluso hablaba en tono algo más alto cuando sabía que existía esa posibilidad.

La verdad es que Alan estaba bastante emocionado de ir a ver a sus hijas en otro país; así que de vez en cuando tenía que recordarse que aquí nadie estaba de vacaciones. La muerte lo había

convertido en un provinciano: solo había salido de Inglaterra unas cuantas veces desde la muerte de Cathy hacía doce años. Se sentía mal por haber estado fuera del país cuando finalmente ella sucumbió al cáncer que tanto había tardado en consumir sus planes. Se encontraba en Lisboa, disfrutando de una luz cálida y envolvente, cuando Helen le llamó para darle la noticia... En cualquier caso, Estados Unidos no era para nada el país que él habría elegido para unas vacaciones familiares. Nunca le había atraído mucho. Con desconcierto había contemplado cómo sus hijas se marchaban allí a trabajar o de viaje. A veces parecía que en sus últimos treinta años la pequeña nación isleña en la que se había criado, la que durante siglos había generado una historia y una literatura propias, y un récord de prodigiosas innovaciones científicas e industriales, por no hablar de acontecimientos políticos bastante cruciales, había permitido sin rechistar que llegaran los estadounidenses y llenaran los anaqueles con sus propios productos. Nadie podía negar que las elecciones presidenciales estadounidenses, su música, su moneda, sus películas, su tecnología y, si Dios no lo impedía, su comida constituían la nueva realidad. (Sí, era como si las Islas Británicas hubieran virado en medio del océano, como el barquito de un niño en la bañera; que hubieran virado ligeramente, pero de manera definitiva, para apartarse de Europa en dirección a Estados Unidos.) Tenía recuerdos bastante agradables de su único viaje, de negocios, a Estados Unidos, hacía veintiún años. Tres días en el alocado Nueva York y después otro «de relax» en alguna acomodada y aburrida urbanización de la periferia, donde entre las nueve de la mañana y las seis de la tarde los únicos sonidos eran las conversaciones en español de los obreros y las castañas que caían suavemente en calles de una anchura y una vaciedad ridículas. Parecía que la gente siempre te estaba deseando «un buen día» («En realidad, yo tengo otros planes»). De verdad le encantaba la expresión «Tómatelo con calma», que consideraba una de las principales aportaciones de Estados Unidos. Se la había oído a un taxista, a un dependiente de una tienda, incluso a una azafata. ¡Tómatelo con calma! Esa inofensiva bendición no cuajaría en el Reino Unido, donde las aceras se encharcaban con la lluvia fría y todo el mundo parecía haberse curtido esperando colas, donde aprendías a esperar con el grado adecuado de resignada sumisión.

Sin embargo, tenía que reconocer que, para él, Estados Unidos prácticamente no había *existido*. En algún sitio había leído que la cantidad de papel higiénico que utilizaba al día un estadounidense triplicaba la media mundial, y eso ya lo decía todo. Era un sitio enorme, religioso, mayormente reaccionario, sin tradición socialista digna de tal nombre, en el que los aparcamientos eran más grandes que muchos pueblos europeos. ¡Y el americanismo era algo tan horriblemente contagioso! Para empezar, el furor del cristiano renacido que tenía George Bush y su terrible cruzada en Irak, y después la religiosidad de cuño americano de Tony Blair. Parecía que en Estados Unidos nadie se había topado con la máxima de Samuel Johnson —que el señor Watson («El Roña»), su profesor de historia en el colegio, le había inculcado a golpetazo limpio—: el patriotismo es el último refugio del granuja.

7

La nevada había cubierto la ciudad dos días antes. El frío era algo exótico: espantosamente generalizado, absoluto. En el aeropuerto Kennedy llegó tiritando a la fila de taxis. ¿Podría ser que Helen viniera desde la ciudad a recogerlo en la terminal? Vale, no era..., pero durante unos minutos se entregó a la fantasía mientras salía del control de aduanas.

El frío lo paralizaba todo. Le asombraba la gélida y fosilizada dificultad, los coches y autobuses con una blanca costra de sal, como salidos de una cantera; las carreteras flanqueadas por hielo, sal y basura, todo surcado por franjas, blanqueado. El humo blanquecino de los tubos de escape se quedaba suspendido, pintado en el aire polar. Pero la gente gritaba como si estuviera en las zonas tropicales más cálidas. El alto tipo negro que parecía un poli, con una especie de edredón naranja acolchado que le llegaba hasta los zapatos, gritaba a los taxistas, estos le gritaban a él, y los clientes se gritaban entre sí, porque había espabilados que trataban de saltarse la cola. De repente el tipo negro se puso a señalarlo y a gritar: «¡El cuarto coche, el cuarto coche!» y Alan trastabilló rápidamente hasta un gran Ford amarillo, se pusieron en marcha y la situación no fue muy distinta a la que recordaba haber vivido veintiún años antes. El tirón que dio el taxi, como si se estuviera abriendo paso a codazos hacia el frente; el derroche de energía del gran motor automático V8; el sadismo que suponía la división del asiento trasero por un surco, que convertía a cualquiera que viajara en él en un gigante metido en una bañera de plástico; las asediadas carreteras y los puentes, irrisoriamente descuidados, por los que transitaban los últimos modelos alemanes, súbitamente futuristas y anómalos. Esos magníficos coches europeos, cucarachas de metal, sobrevivirán al apocalipsis americano.

La sensación de haber caído en medio de una guerra civil, en la que Manhattan fuera el destrozado botín.

Nada tenía que ver con la tranquila casa de piedra de Northumberland, pero no carecía de emoción. Un largo y desagradable túnel, y de repente, tras unos fuertes traqueteos, estaban en medio de la ciudad, que era una especie de combinación del cielo y el infierno, diabólica, pero llena de luces titilantes. La marcha forzada de los rascacielos, apiñados en grupos. Pero la dictadura vertical daba lugar, en Park Avenue, al sur de la estación Grand Central, a un régimen más relajado: tenía la sensación de que podía respirar entre esas construcciones de menor altura, los edificios de viviendas, las galerías, incluso una o dos iglesias. De hecho, su hotel estaba enfrente de una iglesia, quizá ortodoxa. Al salir del taxi y alzar la vista en Park Avenue, la enorme y antigua torre de Pan Am, que ahora se llamaba no sé qué, parecía una presa que impidiera desbordarse hacia el sur la turbulenta corriente del centro de la isla.

El vestíbulo del hotel era pequeño, dorado y cómodo. Caro. Helen se cuidaba: más bien, la

discográfica cuidaba de sus directivos. Llegó a su habitación, aunque no le fue fácil, porque el pasillo estaba sumergido en una penumbra de diseño premeditada y posiblemente perfumada, y se sentó en la cama. Pidió que le pusieran con Helen Querry. Por supuesto, señor, habitación 432: comunica. Cómo no. Diez minutos: suficiente para cagar y ponerse un whisky del minibar. Por ese orden. La habitación 432, por favor. Todavía comunicando. Así que se abriría paso por las tinieblas para llegar él solo hasta ella. Helen sabía a qué hora llegaba su padre. En el cuarto piso se guió a tientas siguiendo los números de las habitaciones, que parecían luciérnagas. Y llamó a la puerta: ¿por qué demonios estaba un poquito nervioso?

Helen abrió, le lanzó un beso, señaló al teléfono descolgado y continuó hablando por el auricular, que tenía en una mano, mientras miraba la BlackBerry que tenía en la otra. Arqueando las cejas, puso gesto de resignación: la maldición del trabajo. Allí estaba Helen y la verdad es que tenía un aspecto estupendo.

—Pero ¡por Dios! ¡Haz que saque la artillería de esos legendarios «contactos mediáticos» que tiene! Que sale el mes que viene. Cualquier ayuda será poca. Sí, oki doki. ¡Chao!

No le gustaban nada ni los «oki doki» ni los «chao».

—Papá, ya estás aquí...

—He llegado por los mismos medios que tú, ¿sabes?

Esa interrogación le salió un poco más americana de lo que le habría gustado. El acento de Helen era neutro respecto al lugar, pero no respecto a la clase: clase media alta, no del todo alta, del sur de Inglaterra, de internado. (Lo que a él le gustaba llamar *pijería de vinoteca*, si es que eso tenía sentido.) No cabía duda de que lo mejor que había legado a sus hijas era el derecho a no pensar nunca en la clase social. Ahora Helen lo miraba, lo evaluaba: con calidez, pero con agudeza, como si su padre hubiera vuelto a la residencia de ancianos con su madre. Pero lo hacía, eso era lo extraordinario, mientras leía algo en su BlackBerry.

—¿Esa camisa es nueva?

—¿Me hablas a mí o a la pantalla? —Sonrió.

—Lo siento.

—Nuevecilla. ¿Por qué? ¿No te gusta?

—Sí que me gusta.

En realidad, Alan no estaba seguro de que a él le gustara mucho. Sentía la necesidad de hacerse valer, de agarrar la sartén por el mango, pero ¿por qué pensaba así?

—Bueno, ¿vamos a cenar a algún sitio o qué?

—He reservado un sitio a dos manzanas. Espera que cierre estas cosas.

Con rapidez y elegancia, tatuó el pequeño dispositivo que llevaba en la mano con un solo dedo, se lo metió en un precioso bolso color mostaza y después cruzó la habitación —entonces es cuando Alan comprobó realmente que era mucho mayor que la suya—, hasta llegar al escritorio donde estaba su portátil. Se arrodillo delante y pareció que se iba a maquillar ante el espejo. Unos pocos toquecitos más; no era tan fácil liberarse de la pantalla.

Bajaron al vestíbulo de mármol y metal, y el portero les facilitó la salida al asombroso frío exterior. Nueva York los recibió como si entraran en otra dimensión. Había algo casi cómico en ese intercambio de opuestos: ruido y frío a cambio de silencio y calor. Un coche de bomberos avanzaba ruidoso por Park Avenue, sacudiendo las cadenas como un fantasma furioso, y era imposible hablar o pensar mientras su sirena distorsionaba el aire helado a su paso. Helen le

cogió del brazo, con esa cordialidad que tan poco le costaba. Alan se relajó un poco, quizá por primera vez desde el correo de Josh.

—¿Cómo va el trabajo? —le gritó a Helen.

Ella sacudió la cabeza, quizá para indicar «no muy bien» o, más probablemente, para dar a entender que el diálogo podía esperar hasta que llegaran al restaurante. Helen dominaba la situación sin proponérselo. Venía a Nueva York cinco o seis veces al año. Vanessa vivía en Estados Unidos, pero, en cierto sentido, parecía que Helen se encontraba más cómoda con los estadounidenses; hacía negocios con ellos; iba a escuchar a nuevos grupos; de hecho, en dos ocasiones había ido a Saratoga Springs a escuchar a la Dave Matthews Band, una formación que le había reportado, o más bien a Sony, bastante dinero. Corría de un piso a otro en el rascacielos que Sony tenía en la Sexta Avenida. Curioseaba por la ciudad en coches Lincoln Town de motor gorgoteante, pasaba los fines de semana en la casa que un «legendario» productor discográfico tenía en Amagansett, donde había dos piscinas, un garaje para seis vehículos y un sótano equipado con la principal colección de máquinas de discos de toda la Costa Este. Alan había escuchado algunas de sus batallitas: había llegado a conocer a Dave Matthews, un chaval correcto, bien educado, en el que aún podían apreciarse restos de acento de Johannesburgo. Alan no podría haberse dedicado nunca a lo que ella hacía, una actividad social en la que había que lamer muchos culos, ir a multitud de fiestas y beber en cantidad. ¿Y qué más? Pues, para empezar, apostar. Las propiedades inmobiliarias, en comparación con probar suerte con un grupo o un cantante de rock, eran una apuesta segura y estable, una sosería. Los edificios que no respondían a las expectativas empresariales no se caían; se podían utilizar para otra cosa, venderlos con pérdidas, alquilarlos hasta que el mercado levantara cabeza, utilizarlos (aunque fuera de manera encubierta) como aval para pedir más créditos. Le pertenecían, él los había construido, tanto como los hombres que ponían un ladrillo encima de otro y extendían la pasta, el mortero —la masa, la lechada— entre unos y otros. Helen, subiendo y bajando pisos de la enorme torre hipotecada en ese ascensor de cristal, no era propietaria de las bandas que sin duda contribuía a crear. Debía de haber habido treinta «artistas» cuyos primeros discos habían salido, con cierto empuje, de Sony o de alguno de sus sellos, y después... se habían quedado sin él. Críticas aceptables, ventas discretas: contrato que no se renueva. Una de esas artistas, Verity McQueen, cuyas canciones escuchaba en el coche cuando tomaba la A68 para ir a visitar a su madre, ahora enseñaba canto en una escuela privada femenina de Londres. Sus alumnas no sabían nada de su magnífico primer álbum, ni de su interrumpida carrera de cantautora, decía Helen; había pasado demasiado tiempo y para los jóvenes de hoy en día, y de eso se quejaba Vanessa al hablar de sus alumnos en Skidmore, el pasado no era más que el árbol que caía en el bosque cuando ellos no estaban.

8

El restaurante respiraba optimismo y enajenación. Y el camarero era brusco y feo a rabiar. Desde luego no era culpa suya, pero en cierto modo su fealdad parecía un arma de su mala educación. A Helen el barroquismo de su afeitado facial —podado, más bien— le recordó las terribles sesiones de pintura de cara que se producían en las fiestas de sus hijos: melenas de león y bigotes de tigre pintados de mala manera y difíciles de quitar, dijeran lo que dijeran los bienintencionados y absurdamente pacientes voluntarios adolescentes. Le alteraba que el sitio fuera tan ruidoso (tenía que ser precisamente Toto lo que sonara por los altavoces), con un servicio tan informal y juvenil. Roger, su joven asistente londinense, siempre de punta en blanco, había hecho sus averiguaciones: era un local nuevo, estaba muy cerca del hotel y había tenido buenas críticas por su comida franco-camboyan-estadounidense, qué sería eso. Pero más les habría valido cenar en el sombrío restaurante del hotel, que parecía una cueva. Este era precisamente el tipo de sitio que su padre aborrecía: una especie de gimnasio ruidoso, pero con comida, con toda la concurrencia conjuntada, joven y con un tipazo de miedo.

El pelo gris de Alan brillaba en soledad, como un punto luminoso. Parecía reventado, pensó Helen, aunque quizá solo fuera por los aeropuertos y el desfase horario. Las mangas del abrigo le quedaban un poquito largas. Tengo que verlo más a menudo. Aunque no si eso supone subir a Northumberland. A Candylandia.

Pero Alan le sonreía, como diciéndole: «Sé lo que estás pensando, no tienes que disculparte por el restaurante, son cosas que pasan, después de todo estamos en Nueva York...».

—¡Estamos en Nueva York!

—Sí, papá, es un poco penoso, lo siento. No vas a poder oír nada de lo que te diga.

—Quizá tú te hayas jodido el oído con todos esos conciertos, pero yo oigo perfectamente. — Movi6 los labios como si dijera: «¡TE ESTOY GRITANDO, PERO NO ME OYES!».

—Ja, ja, muy gracioso, papá.

Y 6l continu6: «EN SERIO, TE ESTOY GRITANDO».

En la familia todos sabían que las bromas de Alan se prolongaban demasiado; como un despertador, pens6 Helen, que toqueteas hasta apagarlo por la mañana.

—No, en serio. —Ya había encontrado el bot6n de apagado—. Me gusta el ruido, no me importa perderme algo aqu6 o all6. Quiz6 la sordera selectiva sea 6til en Saratoga, ¿no crees?

—Saratoga Springs. Saratoga Springs. Saratoga est6 en otro sitio. Creo que en Florida.

—Claro, ya me s6 el nombre.

—Pero luego lo hablamos, ¿no?

—Vale.

Llegó el camarero con dos cuencos de aceite de oliva y varias almohadas deshechas de pan artesano.

—¿Qué has estado haciendo en Nueva York?

—Madre mía, demasiadas cosas, ha sido una absoluta *locura*, siempre es así. Montones de reuniones importantes, un montón de sandeces empresariales y legales: a los americanos se les da estupendamente cuidar de ti, hacen las cosas como es debido, pero te lo tienes que currar, currar y currar. ¡Les encantan los desayunos de trabajo a las ocho de la mañana! A mí... la verdad es que aquí me tienen muy bien considerada...

—No me sorprende en absoluto.

—Me hacen muchas fiestas.

—¿Que te qué?

—Que me hacen muchas fiestas, que me cuidan estupendamente.

—Claro, como debe ser, como debe ser... ¿De verdad *te gusta* Nueva York?

—Bueno, no quiero vivir aquí, si es eso a lo que te refieres.

Alan no sabía bien a qué se refería; solo quería provocar un poco.

—Toda esa ostentación de riqueza y el ruido —añadió.

—Pero ¡si acabas de decir que te gusta!

—Me gusta, pero siempre tengo la sensación de que se me va a caer algo en la cabeza.

—En esta época del año a veces caen carámbanos. Hace unos años murió así un estudiante. Mira, yo disfruto de la ciudad, aunque mucho menos desde que nacieron los niños, desde luego no se me ocurriría criar niños aquí... Por cierto, ¡están bien, papá! Y Tom te manda recuerdos... Me gusta y me gusta lo directos que son los americanos para los negocios. Aquí no se ven esos agotadores tics nerviosos ingleses, esas evasivas, esas disculpas permanentes. *Más dinero y menos tonterías*: por eso mismo vienen los europeos a trabajar aquí. ¿No te parece? Además, en Sony han sido estupendos como jefes.

—¿Han sido?

Cuando hablaba de trabajo con su padre siempre hacía lo posible por insistir en la parte empresarial: una cascada de reuniones y acuerdos, iguales que las de un banco o un bufete. Las horas que se pasaba tumbada con los cascos puestos, escuchando grabaciones absolutamente desastrosas, toda la angustia que provocaba el lanzamiento de un nuevo disco, la enorme cantidad de gestiones y de papeleo electrónico, de *todo esonos* olvidamos, porque papá, aparte de unas pocas baladas de Pink Floyd y de alguna excentricidad de Ian Dury, nunca había tenido tiempo para la música moderna, para la música de Helen. Papá pensaba que todos los colegas de su hija se parecían y se comportaban como Leon Russell en el Concierto para Bangladés, allá por 1971, con la barba blanca enmarañada y el pelo largo. «Esos tíos», le había dicho en una ocasión, figsando por encima del hombro de Helen el ejemplar de *Melody Maker* que ella leía y en el que había una foto de alguien *parecido* a Eric Clapton, pero que no era Eric Clapton, en medio de un solo de guitarra, con la cabeza echada hacia atrás; «fíjate, esos tíos no son más que machos exhibiéndose en un ritual de apareamiento: con una mano se la sujeta —señaló al mástil de la guitarra— y con la otra se toca los huevos». Quizá no fuera una observación muy original, pero si era *tu padre* el que la hacía, no se te olvidaba. Eso era cuando papá prestaba atención a esas cosas. Como no conseguía llamar la atención de Vanessa —gafotas, descuidada, incluso un poco

apestosa en esos tiempos— se fijaba en Helen, le decía lo que «le sentaba bien», le decía: «Te das cuenta de que eres atractiva cuando los conductores bloquean el tráfico para dejarte cruzar la calle» (una verdad molesta y difícil de eludir), se vanagloriaba por no pasar nunca más de cuatro minutos en el baño, ¡vaya nadería masculina de la que presumir!... Lo curioso era que, aunque en ocasiones podía ser un macho insoportable y egoísta, no lo era por definición. En esa época parecía interpretar el *papel* de patriarca, como si alguien le pagara para representarlo. Pero después ella comprendió por qué: no hacía tanto que mamá se había ido a vivir con el repelente Patrick Needham, y papá seguía furioso y sintiéndose terriblemente inseguro, con las heridas abiertas...

Llegó el camarero para tomar la comanda y halagó el excelente gusto de los comensales.

—Han elegido *muy* bien.

A Helen la llamó *madame*.

—Eso lo tendré que decir yo —señaló Alan cuando se quedaron solos.

—¿El qué?

—Si he elegido bien o no.

—Es una extraña manía americana, que está calando en Londres. Ahora te elogian por todo. Por cumplir años o pedir un plato, por terminar el curso académico o simplemente por comprar algo realmente caro en una tienda.

Comenzaron a comer.

—Pero yo no puedo dejar de preguntarme —continuó diciendo Helen— si hará lo mismo con todo el mundo, aunque haya seis personas a la mesa. Porque no podemos elegir todos igual de bien, ¿no?

—Parece una pregunta filosófica.

Se miraron el uno al otro. Este no era el lugar para hablar de Vanessa, pensó Helen, ya que la música —que conocía, pero no podía identificar— era la que se imponía ruidosamente en ese espacio.

La conversación tendría que esperar, pensó Alan. Por Dios, qué cansado estaba.

9

Había dado las buenas noches a Helen, pero ahora, medio desnudo en la cama del hotel, no tenía sueño. Siempre que pasaba algún tiempo con alguna de sus hijas, Alan sentía un poderoso impulso: en cuanto veía a una quería hablar con ella de aquella a la que acababa de ver. Helen y Vanessa, Vanessa y Helen... ¿Y qué le iba a decir ahora a Van? Que Helen parece cansada, agotada por el trabajo, pero no especialmente deseosa de volver con Tom; que por alguna razón —a pesar de que debe de tener muy buen sueldo— le preocupa el dinero, aunque lo oculte bien; que algo raro pasa en Sony (gracias a Helen, ese algo no había vuelto a surgir «por alguna razón», durante la cena); que estaba furiosa por haber elegido mal el restaurante y que no tenía ninguna intención de reconocer el error (cuánto le gustaba a él «perdonárselo»). No le iba a decir a Vanessa que los hombres —ciertos hombres, o más exactamente los de cierta edad— miraban dos veces, tres veces a Helen, y que a él no le importaba mucho que lo confundieran con su achacoso marido o novio.

Se miró los pies: eran grandes y los meñiques tenían algo raro, un defecto congénito, estaban ligeramente aplastados o deformados, desparramados como el huevo que freía uno de los dedos en el cuento infantil... En Northumberland eran las cuatro de la mañana, demasiado pronto hasta para la insomne Candace. Dirigió el mando a distancia hacia la gigantesca, imponente televisión, suspendida como una mesa vertical, ese sitio donde ahora los hoteles te dan la bienvenida, y atizó las teclas con bastante poca maña. Los colores eran más chillones que en la tele inglesa, le pareció que la iluminación tenía un fulgor casi de país árabe (un hombre de piel curtida y una hermosa mujer presentando un telediario, sobre llamativos rojos y azules, y el *banner* de noticias inferior tapando los pechos a la mujer). Zapeando, pasó por cinco, siete, ocho canales. La televisión estadounidense parecía una interminable sucesión de programas de información local en la que no dejaban de anunciar pronósticos meteorológicos. Era evidente que estaban mucho más obsesionados con el tiempo que los británicos. Unas cuantas veces intentó realmente acceder a uno de esos pronósticos, pero después se cansó, quitó el volumen y se tumbó en la cama: en una mano un whisky y en la otra el libro sobre budismo zen.

10

No había podido dormir nada —el aire caliente irrumpía en el cuarto a intervalos imprevisibles y parecía que durante toda la noche no habían dejado de pasar camiones de la basura por debajo de su ventana—, pero curiosamente se sentía bastante descansado cuando se encontró con Helen para desayunar. Allí estaba, como antes en casa, por supuesto sin comer nada, tomándose un café solo con azúcar, muy recta en la silla, a tiempo y controlada; y cuánto la quería: sus hombros un poco anchos (de Cathy), su nariz alargadilla (de él), la leve expresión de sorna en torno a la boca (el gesto irónico que tan bien se le daba a su madre) y los labios finos de Cathy. Le encantaba hasta su impaciencia, le resultaba muy familiar. Alan tendría que decir, como decía ahora: «Creo que tenemos tiempo de sobra, no hay prisa» y ella respondería, como ahora: «Yo no he dicho que tengamos prisa».

Siempre que estaba con sus hijas sentía tanta ansia de verlas y el ansia se satisfacía tan fácilmente que no dejaba de sorprenderle que no las viera más. Era esa capacidad extraordinaria que tenía la familia de eliminar cualquier otra consideración, cualquier otro deseo o insatisfacción: quizá eso es lo que él temía, reconocía ese absorbente fanatismo. Si cedías ante él, no hacías nada más en la vida, no construías nada más. Y, junto a la familia, siempre había estado la empresa: la *empresa*, esa palabra que probablemente las pobres niñas escucharan todos los días de pequeñas. Una palabra que debían de haber aprendido a sortear de puntillas, como si pasaran delante del cuarto cerrado de un enfermo. *¡Lo hago por la empresa! ¡Si la empresa cae, todo cae con ella! Mira, he levantado una empresa, ijoder, eso cuesta mucho esfuerzo!*

—No me lo digas: has dormido fatal. Hacía demasiado calor, no podías abrir la ventana y a las cuatro de la mañana pasaron los camiones de la basura, que parecían bombas explotando en tu misma ventana.

Helen volvía a tener esa sorna azul en la mirada.

—En realidad no ha estado tan mal. Me siento bastante bien.

—Bueno, yo he dormido de pena. Y, según Tom, esta mañana los gemelos tienen un resfriado tremendo.

—Vaya, cuánto lo siento... Pero ¿no irás a volverte?

Quizá lo dijo evidenciando demasiado miedo: no podía hacer solo el viaje para encontrarse con Vanessa.

—Por supuesto que no. Que Tom se las apañe por una vez. No te preocupes: pasaré aquí el fin de semana, tal como prometí.

Fueron caminando desde el hotel: el frío era menos espantoso ese día, aunque Alan siguiera

necesitando el gorro de lana. Los dos tiraban de pequeñas maletas con ruedas y el ruido doble del tosco granulado de plástico sobre la acera hacía que los neoyorquinos miraran a su alrededor, aunque sin llegar nunca a dejarles espacio para pasar. Sus palabras fenecían en medio del vaho.

Alan caminaba un poco más deprisa de lo que quería. Junto a Helen, siempre tenía la sensación de acompañar a una mujer alta que daba grandes zancadas. A la entrada de la estación —horriblemente caótica, una vez más llena de inútiles gritos de estadounidenses—, Helen lo agarró del brazo, conduciéndolo amablemente hasta las escaleras mecánicas, y bajaron hasta lo que parecía un centro comercial subterráneo con depresión: una farmacia de aspecto sucio (una combinación contradictoria en Europa), una sucursal de la tienda de donuts Krispy Kreme, un Staples cerrado, el aire impregnado de olor a canela, queso y... ¿vómito? Debía de haber llegado un tren de cercanías y, de repente, él y Helen se encontraron presionados por oleadas compactas de personas camino del trabajo, miles de viajeros rasos, la mayoría desfilando —a juzgar por los auriculares de botón y los cascos— al ritmo de su propio tambor. El suelo vibraba y se alegró al ponerse a la disciplinada cola del tren «Adirondack» que llevaba a Albany y Saratoga Springs.

—Papá, ¿cómo es posible que no te hayas montado nunca en un tren americano?

—Es totalmente posible.

—Pues ya te puedes abrochar el cinturón.

A continuación, volvieron a bajar por una escalera mecánica estrecha, y desde el andén subieron a un coche que parecía fruto del diseño futurista de uno de los tebeos para chavales que en su día le gustaban: molduras de acero plateado, un cohete en horizontal, con ventanas pequeñas, como de construcción defensiva, y ruedas enormes. La locomotora era un bloque compacto, sólido y primitivo. Para abrir las pesadas puertas de los coches había que accionar un resorte mágico con el pie. Dentro había un amplio espacio vacío, hecho de plástico y tela de otoñales tonos marrones y naranjas. Los asientos eran dos veces más anchos que los de un tren inglés. El aire caliente bramaba desde renqueantes ventiladores circulares que parecían sumideros de plástico. El tren arrancó y después se paró. Volvió a arrancar y aceleró a empujones, mientras se bamboleaban por túneles tiznados. Llevaban prácticamente el paso de un antiguo tren de vapor inglés por unas vías rurales. En 1951, cuando él y sus padres habían hecho su gran viaje a Londres, el primero de Alan —para la Gran Exposición Británica—, el tren de vapor casi alcanzaba los ciento cincuenta kilómetros por hora... Él tenía doce años. Un niño en pantalones cortos grises... con el uniforme del colegio, porque todo lo demás estaba demasiado raído y no había dinero para comprarle una chaqueta nueva. No se avergonzaba, en realidad se sentía orgulloso, parecía que iba a Londres a recibir una especie de premio o de beca, y el uniforme era distinguido (una cruz de san Cutberto cosida con hilo plateado en el bolsillo del pecho). Con él se sentía un pequeño *lord*. Y también se comportaba como tal. Sus padres solían contar que en una ocasión el tío Dan (el único miembro de la familia que había hecho fortuna, antes que él) lo llevó a una merienda de postín en el Royal County Hotel de Durham. El hotel elegante. El pequeño Alan llevaba el uniforme del colegio; con ademán principesco, al entrar le entregó la gorra al portero; y este, que probablemente solo tuviera diez años más que él, la aceptó dócilmente y la cuidó hasta que terminó la merienda... En Londres nadie se fijaba en el muchacho uniformado. Pero cuando llegó al lugar donde se celebraba la Gran Exposición eso dejó de importar. Era en South Bank, cerca del río. Ahí mismo estaba el Támesis, con la indolencia y la turbidez de la historia, y la enorme exposición le pasaba revista, reprendiéndolo: ¡porque la Exposición era El Futuro! Todos los chicos de su edad se iban directos a la Cúpula de la Ciencia, donde robots propios de la década de 1950 recorrían

chirriantes un enorme espacio, y se podía meter la cabeza en el motor a reacción (inventado por el inglés Frank Whittle) de un Havilland Vampire, el caza de la Real Fuerza Aérea británica que había llegado demasiado tarde a la guerra. Había espacios dedicados a vehículos anfibios, coches eléctricos, nuevos helicópteros y un avión que podía despegar y aterrizar en vertical, como un helicóptero. Fue emocionante que un ingeniero con traje blanco eligiera a Alan y a otro muchacho para participar en el Gran Juego del Radar. En un cuarto oscuro los chicos tuvieron la oportunidad de contemplar una pantalla salpicada de puntos móviles, que simulaban la realidad de una típica noche de bombardeo en la que los puntos representaban las naves alemanas. Al accionar un interruptor, los dos chicos iban destruyendo uno por uno los aviones, como si fueran pichones de arcilla, y salvaban Londres. Y después de esas emociones (y de un aburrido paseo por la muestra sobre historia de los jardines ingleses, que soportó por su madre; aunque ahora, de adulto, la jardinería fuera *su* gran pasión...), tomaron una espléndida merienda en el Café del Gramófono, que cada hora giraba trescientos sesenta grados y que estaba decorado con miles de discos.

A pesar de las décadas transcurridas, veía perfectamente ese viejo mundo: todos de marrón, negro y gris. Las personas se solapaban, se parecían unas a otras más que ahora. Los hombres, con sus anchos pantalones grises de cintura alta, tenían una forma de meterse las manos en los bolsillos y de llevar las caderas hacia delante que ahora le parecía un poquito femenina. Todo el mundo era más recatado, en su expresión y en sus expectativas. La comida seguía estando racionada: Alan recordaba el momento, dos o tres años después, en que el tío Dan sacó algo de un paquete y le preguntó: «¿Sabes lo que es esto?». Alan miró sin comprender un puñado de guijarros pulidos, irregulares y de color arena, y sacudió la cabeza. El tío Dan exclamó con triunfal satisfacción: «Son cacahuetes». Durante el trayecto de vuelta desde Londres tenía mucha hambre, pero no había nada que comer. Recordaba precisamente eso: que tenía hambre. En cualquier caso, era asombrosa la velocidad a la que iba el tren de vapor, cruzando imponente los plácidos campos, con su bramido y sus humos.

—¿Es que no puede ir más rápido?

Habían salido de Nueva York y el río Hudson relucía entre los árboles.

—No mucho... pero casi nunca se producen los grandes accidentes que hay en Europa. En realidad, ¡a mí me da miedo cuando esos trenes van tan rápido! Puedes adelantar mucho el trabajo, porque los trayectos siempre son larguísimos.

—Bueno, yo no te voy a interrumpir.

En cualquier caso, ya tenía fuera el portátil. Alan no podía competir con una pantalla electrónica.

—Tú también necesitas avanzar con algunas cosas, ¿no?

—Nada que no pueda esperar. En algún momento me gustaría hablar de Vanessa.

La frase sonó más ceremoniosa de lo que quería.

—Por supuesto —dijo ella, con tono protocolario, como si fuera una tarea necesaria, pero bastante mal pagada—. Vamos a hablar ahora, para tener las cosas un poco planeadas para los próximos días.

—Espero que no sea necesario tener precisamente un *plan* —contestó él, pensando que realmente sí que necesitaban algo así—. La cosa no está tan mal, ¿verdad?

—No tengo ni idea. Pero, por ejemplo, ninguno de los dos conocemos a Josh, aunque a lo largo de la historia de Vanessa ya hemos visto cosas parecidas. —Sin interés, dirigió la vista a la pantalla del portátil.

—Ahora nos necesita, y ya está, por eso estamos aquí.

—Pero, papá, ¡ojalá fuera tan fácil!

—Yo no he dicho que sea fácil. Por Dios, *tú* tampoco lo pones fácil.

—Pero ¿te acuerdas del primer «episodio»? ¿Cuándo se escapó del colegio? Fue la tardía reacción de Vanessa ante el divorcio. Ahora lo vemos claro. Y sí, fue una época difícil para todos pero ¿por qué ella lo afrontó de una manera tan distinta a la nuestra? Nosotros lo sobrellevamos, sin más. Ella se deshizo en mil pedazos, y ¡cómo se volvió contra mí entonces, como si yo tuviera la culpa de todo!

—Pero, quizá lo lógico, después de toda esa tristeza, fuera romperse en mil pedazos, ¿no?

—Bueno, entonces tendría que haberla tomado contigo o con mamá, no conmigo.

Helen volvió a mirar la pantalla, con los dedos flotando sobre el teclado, como un pianista a punto de iniciar una actuación. A Alan le dolió que hubiera hablado de «tomarla contigo o con mamá». Fue Cathy la que se marchó, Cathy la que tuvo una aventura, Cathy la que lo abandonó con dos hijas pequeñas.

Ya más tranquilo, se preguntó si la rabia de Helen no era hasta cierto punto una pose. Helen tenía la sensación de que *debía* mostrarse crispada. Ya hacía mucho tiempo que el circuito cerrado de la relación entre ellos tres dictaba que Helen era la que *actuaba* y Vanessa la que *pensaba*. En realidad, Alan sabía que Helen era cariñosa, generosa, incluso sentimental. Durante ese primer «episodio», Vanessa se había escapado del internado de Shropshire. Alan recibió una llamada de teléfono, era la directora del centro, la imponente señorita Plummer, experta en clásicas que, maravilla de maravillas, se llamaba Athena[2], y quien en una ocasión había proclamado con firmeza ante Alan, cuando este le preguntó de qué servía aprender griego antiguo en una escuela de señoritas inglesa actual: «¿De qué sirve? Sirve, por supuesto, ¡para leer a Heródoto en su lengua original!». Athena Plummer dijo que hacía ocho horas que no se sabía nada de Vanessa. Que si no aparecía a las siete de la tarde la escuela llamaría a la policía. La señorita Plummer pensaba que quizá Vanessa se estuviera dirigiendo hacia el norte, a casa de sus padres. Alan no tuvo el valor de decirle a esa ingenua mujer que probablemente su casa fuera el último lugar del mundo al que Vanessa quisiera ir. Se había marchado en autobús a Bristol, en busca de una compañera mayor que había abandonado el internado un año antes y que estudiaba en la universidad de la localidad; se pasó un par de días durmiendo en el suelo de la casa de la chica y después telefoneó a casa. Fue Helen, extraordinariamente madura para sus trece años, la que habló con Vanessa y la convenció de que regresara al colegio; y cuando se supo que sería la directora del internado la que decidiría el destino de Vanessa, cuya situación en el centro no solo era delicada por haberse escapado, sino porque —y esto era un tanto turbio— quizá en la huida se hubiera llevado la radio de una compañera, fue Helen la que se llevó la máquina de escribir común a su habitación y escribió una carta personal a la directora, exponiendo la situación familiar, la separación de sus padres, la conclusión del divorcio, la tristeza y la rabia de Vanessa, y que ella misma había tenido varias veces ganas de escaparse. Helen no sabía que su padre había visto la carta: la directora se la había remitido, con una nota calificándola de «asombrosa». Era preciosa y «asombrosa». Cuando la leyó, Alan tuvo que contener la emoción.

—Eso es agua pasada —dijo en voz baja—, historia antigua. ¿Qué tenemos que hacer cuando lleguemos a Saratoga Springs? Es decir, ¿cuánta... gravedad crees que tiene la situación?

—¿Cuánta gravedad? Estoy un poco harta de clasificar las crisis de Vanessa, de evaluar la ferocidad de «los demonios», ¿sabes? De hacer la crítica de todos los dramas. Quizá estuviera

bien, por una vez, no formar parte del público. —Alan se quedó callado y cerró los ojos, y Helen le cogió la mano y le agarró los dedos de en medio—. «Entonces, ¿para qué estoy aquí?» Eso es lo que estás pensando. Lo siento... Pero ya sabes... la ley de Newton: toda acción suscita una reacción... Mira, yo te reenvié el mensaje. Por eso estamos aquí.

—¿A qué se refería Josh al hablar del «historial» de Van? ¿Crees que ella le ha contado todo, desde el principio?

—Papá, no te preocupes, ¡no te están vigilando! Esto no tiene nada que ver *contigo*.

—¿Qué pasó en las escaleras? ¿Fue un accidente? Tendría que haber escrito a Josh.

—La verdad es que no lo sé, pero a mí me suena más bien a otro numerito de Vanessa —dijo Helen.

—Por Dios, Van nos ha «sorprendido» a lo largo de los años, pero me gustaría pensar que no tengo una hija que se tira por las escaleras simplemente porque le apetece.

—Papá, ya sé que estás enfadado.

—No estoy enfadado.

—Bueno, si tú lo dices... Yo no sé si fue solo un accidente. Pero sí sé que en los últimos meses ha pasado algo suficientemente importante como para asustar al primer novio que ha tenido Vanessa en muchos años. ¿Te sirve eso? Por eso estoy yo aquí. Lo que podemos hacer es no asustarnos ni enfadarnos, y descubrir qué hay detrás de todo esto. O debajo.

—Me alegro mucho de que estés aquí —dijo él.

Ella seguía agarrándole los dedos, algo que para él indicaba un abandono maravillosamente infantil. Después se los soltó y apartó la mirada.

—¿Sabes que hace dos años estuve a punto de abandonar a Tom? ¿Qué estuve a punto de dejarlo plantado con los gemelos?

—No, por supuesto que no lo sabía. ¿Cómo lo iba a saber, si tú...?

—Pues ya te lo estoy diciendo... *eso es todo*. Ahora ya lo sabes.

—Muy bien. ¿Qué me quieres contar entonces? ¿Todo?

—No, porque no llegó a ocurrir. Podría haber desatado un dramón de la hostia.

—No, por favor —replicó él tajantemente, como si su hija fuera una niña pequeña a punto de jugar con un objeto frágil.

Helen observó la aprensión un tanto melindrosa que vio en la cara de su padre y comenzó a sonreír, y, sin saber muy bien por qué, él no pudo evitar devolverle otra sonrisa.

—No te lo voy a contar porque, como se suele decir, *hemos hecho las paces*. La cuestión es que no quiero hacer pedazos a toda mi familia. —Siguió una larga pausa—. En cualquier caso, a quien quiero dejar no es a Tom, sino a Sony.

—¿A Sony?

—Es muy largo de contar. No te quiero aburrir.

—Sí, no... continúa.

—Vale. Quiero montar mi propia empresa. Como hiciste tú. ¿Te acuerdas del rifirrafe que tuve con Andy Farwell?

—¿Andy...?

—Sí, papá, Andy, ¿me escuchas alguna vez cuando te hablo? Andy Farwell, mi superior directo en Londres.

—Ah, sí, claro.

Para él, los colegas de Helen constituían una única y sospechosa masa.

—Estuve a puntito de irme, ¿te acuerdas? Un lunes por la mañana llego a la oficina y descubro que el larguísimo informe sobre el futuro de la industria musical que había tardado semanas en elaborar (algo realmente trascendental, a lo que sin embargo aludían con soporíferas expresiones como «estrategias para la siguiente década» o «gráfico del próximo desarrollo empresarial», bla, bla, bla), pues descubrí que Andy le había dado carpetazo al informe, que se lo había pasado completamente por el forro. Pero eso no era lo peor. Ese fin de semana había encargado un nuevo documento a un tipo insulso de marketing con el que juega al squash, ¡un tipo que no tiene ni puta idea sobre el futuro de la música!

—De eso sí me acuerdo, claro que sí.

—Los jefazos de Sony no tienen ni la menor idea del futuro del panorama musical. Son como un batería que va una fracción de segundo por detrás del ritmo. ¿Me entiendes? Necesitan una especie de metrónomo empresarial... La gente sigue comprando música, pero cada vez será más frecuente que la pidan prestada, no que la compren. ¿Ves esto? —Sacó un libro de tapa blanda del bolso y le enseñó la portada: *El futuro de la música*—. Yo creo que los autores aciertan en casi todo.

Cuando Helen dijo: «Yo creo que los autores aciertan en casi todo», tenía en la mirada una seriedad y una sinceridad que lo emocionó. La recordaba de adolescente, discutiendo con Vanessa sobre Dios o Thatcher.

—Vale, vale. —Alan ya tenía interés, hablaban el mismo idioma, coincidían en el punto de vista empresarial—. Pero ¿cómo vas a ganar dinero con la música si nadie la compra? No me gusta nada tener que mencionar la aborrecible expresión *modelo de ingresos*.

—Y a mí me encanta la idea de pedir canciones prestadas —continuó, haciendo por el momento que no había oído su pregunta, aunque él sabía que Helen volvería sobre ella con su meticulosidad y brío habituales—, porque eso es lo que todos *queríamos* hacer cuando éramos jóvenes. ¿De qué sirve esa enorme caja de viejos y mohosos LP, la mitad de ellos con una sola canción decente? Las obras menores de Joan Armatrading... *Godspell*... papá, ¿te acuerdas de que ese me lo regalaste después de que Vanessa y yo viéramos la peli? Pero es verdad, el modelo de negocio sigue sin estar claro: ¿cómo se gana dinero prestando cosas? A las bibliotecas públicas no les ha funcionado muy bien, ¿verdad?

—Yo diría que necesitas dos cosas: en primer lugar, que el número de prestatarios sea suficiente para que la suma total del pequeño precio que paguen represente una cantidad importante. En segundo lugar, esto significa que solo serán prestatarios teóricos. En realidad, seguirán siendo compradores, pero pagarán tan poco que pensarán que son prestatarios. Y así seguirán con cada nueva canción. La verdad es que es un timo.

—Sí, tienes toda la razón: ¡se ve que tienes mucha experiencia! Oye, si quisieras *podrías* participar en mi empresa.

—No lo dices en serio.

—Sí y no. No.

Estaba entusiasmado, incluso halagado. Era la primera vez que Helen le pedía consejo o ayuda en algo relacionado con su trabajo. En general se limitaba a lanzarle una fluida e incomprensible jerga: metrónomos, derechos residuales, compresión de contenidos, *A&R*, licencia mecánica y cosas así. (Una jerga que en los últimos años él había ido subrepticamente interpretando con la

ayuda de Google.) ¿Por qué no iba a *poder* participar de alguna forma? Siempre que ella no necesitara dinero.

—Y no es dinero lo que busco. No te preocupes por eso. No necesito *ayuda*.

—Eso me parecía.

11

Una vez más, como en Heathrow, tuvo la extraña sensación de que estaba *intentando* inquietarse con la situación, y que esto era difícil porque también se encontraba en una inusual aventura con sus hijas. ¿Cuándo se había sentado por última vez cerca de Helen en un tren? Ya nadie tenía tanto tiempo. Y Estados Unidos era peculiar, más ajeno de lo que esperaba, le agudizaba los sentidos. ¡Qué lugar tan contradictorio!: a cada limitación le correspondía una ampliación, a cada frustración, un desahogo. El tren era absurdo, arrastrándose sin llegar a los cien kilómetros por hora. Y Penn Station era una absoluta vergüenza para una gran capital. Más bien para cualquier gran ciudad. Sin embargo, este viaje era extraordinario... se sentía como una especie de pionero: el colosal Hudson, con hielos flotantes que parecían grandes trozos de pavimento sobre el agua, y los inmensos y espesos bosques, el valle lleno de fortalezas, centrales eléctricas y casas que aprovechaban el terreno disponible y languidecían frente a extensos y helados promontorios, con estaciones de tren más parecidas a cabañas de aventureros que ninguna estación de Europa: apeaderos sin apenas empleados ni andenes propiamente dichos, y nombres extravagantes... Poughkeepsie, Yonkers, Schenectady; el tren sobre un talud muy elevado, con grandes ruedas que abrillantaban los raíles y el maquinista haciendo sonar ese silbato infantil y disonante. ¿Por qué lo tocaba tanto? ¿Quizá porque le encantaba? ¿Acaso ese sonido infantil de armónica, ese repique de bocina oprimida, le recordaba a cuando era niño? Le recordaba al día de Navidad, a soplar una armónica recién estrenada y llena de babas. Pero en otras ocasiones se parecía menos a ese instrumento que al prolongado balido de un animal de la pradera. Y ese sonido —su persistente indolencia— *era* lo que esta América significaba para él, aunque tampoco podía precisar qué era «América», salvo por ese sonido. Por lo menos llegaría a saber qué clase de vida llevaba Vanessa en Estados Unidos, cómo era su *vida americana*.

—Cuéntame qué sabes de Josh —pidió Alan—. Cosas prácticas, quiero decir.

—Vanessa no ha hablado de él, ¿verdad? No sé si da clase de filosofía o si trabaja en un Starbucks. O las dos cosas. La verdad es que no sé. Escribe sobre tecnología. Para revistas y otros medios.

—Eso también lo sabía. No me parece que sea trabajo suficiente. Josh es diminutivo de Joshua, supongo.

—¡Vamos, papá!, ¿tú que crees? Por supuesto que sí. Es bastante más joven que ella.

—Vaya, qué vergüenza...

—Pues podría ser un problema.

—Lo dices como si quisieras que lo fuera.

—Para nada.

Había que reconocer que Helen sabía bien lo que eran las diferencias de edad. Antes de casarse con Tom había vivido durante tres años con un hombre que parecía peligrosamente cerca de la vejez, aunque al formar parte del mundo musical no se comportaba como tal: llevaba vaqueros y deportivas, incluso se presentó con ese atuendo en una boda, y lucía un corte de pelo muy juvenil. Coleccionaba bajos y, según Helen, tomaba veinticuatro pastillas diarias, toda clase de suplementos absurdos. Alan, que seguía sin tomar ninguna pastilla de forma regular, no se fiaba en absoluto de él.

—Me apetece darme una vuelta por la cafetería. ¿Quieres algo?

Helen dejó bastante claro que en la vida comería o bebería algo, salvo quizá agua embotellada, del coche-cafetería de Amtrak.

—Lo que más me apetece es ir abriendo todas esas puertecitas con el pie —dijo él sonriendo.

Para allá se fue, con la punta de sus Oxford negros bien preparada. Helen volvió a fijarse en sus mangas un poquito largas y en la formalidad de su atuendo. Buena chaqueta, pantalones oscuros impecables, camisa blanca. Era elegante, tenía la enjuta elegancia de la delgadez, como Charlie Watts: el mismo tipo de cuerpo de minero, apretado, compacto, todo fibra y tendones. Algo así como poleas y cables. En ese cuerpo había fuerza, sobre todo aguante. Pero también era más fuerte que su espíritu, generoso, en cierto sentido expansivo. Alan se detuvo al final del coche, de forma un tanto teatral, volvió la vista hacia ella, y después dio un puntapié a la dura placa negra de la parte inferior de la puerta metálica, con bastante brusquedad, como si fuera un balón de fútbol. No pasó nada. Parecía un mimo de cierta edad (pero ¿acaso no eran todos los mimos de cierta edad?). Había fallado. Con otro puntapié funcionó y Alan desapareció en el coche siguiente.

Helen había llegado a un momento de su vida en el que quería que tanto sus hijos como su padre dejaran de cumplir años. Necesitaba que este se quedara en el mismo lugar, que no se esfumara. Necesitaba que fuera por delante de ella. Quizá este deseo de inmovilidad fuera la definición misma de la mediana edad, aunque seguramente ella no hubiera llegado a ese punto, ¿verdad? Pero ¿por qué Tom no aparecía del todo en ese panorama, en ese friso? Siempre estaban ella y los gemelos, incluso en sus pesadillas, de alarmante frecuencia, cuando se enfrentaba a hombres con cuchillos y se arrojaba por ventanas de hotel en llamas: era curioso que Tom no apareciera. ¿Por qué? ¿Porque ella había pasado la adolescencia en un hogar con un solo progenitor y tenía la sensación de que era lo normal? No era normal. Se veía a sí misma en el asiento trasero del caluroso coche, con el vestido pegándose al asiento y sus padres delante de ella, donde tenían que estar: mamá en el asiento del copiloto, con un mapa en la mano o leyendo en alto el periódico, y papá al volante, con una mano en la palanca de cambios, el sudor detenido en la parte posterior del cuello y esa curiosa costumbre que tenía de colocarse la pernera del pantalón a la altura de la rodilla después de cada cambio de marcha.

A un lado del mismo coche había una familia joven, una chica y un chico, corrientes pero hermosos en su juventud. Helen no podía quitarles la vista de encima. De haber sido absolutamente sincera con su padre le habría dicho que las ganas de irse de Sony (aparte del importante detalle de que los cabrones de la empresa ya no parecían necesitarla más o no necesitarla lo suficiente) tenían que ver con los niños. La verdad es que ya no soportaba los viajes, las horas y horas hablando de tonterías con gente que no tenía hijos... que no le importaba que ella sí los tuviera. Había tíos —siempre eran tíos— que prolongaban a propósito las

reuniones, exactamente a las seis y media de la tarde, para no tener que irse a casa; mientras que en ese momento del día a ella la consumía una necesidad física de estar con sus hijos. A veces deseaba tener dos vidas, una detrás de la otra: toda una vida dedicada al trabajo, seguida de otra vida entera, solo dedicada a la maternidad. Era muy difícil conjugar las dos.

El sol invernal le atravesó la mano izquierda, sus venas adultas, su adulto anillo de boda y el *New York Times* de su padre, con un tembloroso puñal de luz blanca, que después decoloró brevemente el solitario virtual que se había montado en el portátil. Estaban entrando en Albany, aminorando la marcha, y fuera se veían los habituales desechos urbanos estadounidenses: un taller de reparación de coches; almacenes de ladrillo visto con ventanales lechosos hechos añicos, los ladrillos embadurnados con las letras de los grafiteros, regordetas, como de pan recién horneado, de un blanco sucio; aparcamientos con coches nuevos en ordenadas filas; un centro comercial de techo plano y un instituto de secundaria extrañamente nuevo. Helen quería irse a casa. Pero la luz, la luz; ¡le encantaba el azul nítido, terapéutico de esos cielos americanos! Cuando los cielos son azules, todos sentimos su efecto benéfico...una de las grandes canciones, de las más tristes, que se han compuesto. Su padre regresaba, llevando con poca maña una endeble caja de cartón. Parecía que se había comprado la cafetería entera: una bolsa de Doritos, un café grande, una botella de agua y lo que en Estados Unidos se llama un «danés». Se veía cómo supuraba el azúcar dentro del envoltorio de plástico traslúcido.

—Ya eres como los americanos —dijo ella—. ¿Qué tal con las puertas de los coches?

—Mí puntería no ha dejado de mejorar.

Helen cerró el portátil, porque no le apetecía nada que él viera cómo malgastaba el tiempo.

—Ya estamos entrando en Albany, así que no nos queda mucho. ¡Cómetelo ya! Tiene un aspecto repulsivo.

12

Vanessa tenía un brazo roto. Bajó con cuidado la escalera de su casa para recibirlos junto al taxi, con el brazo derecho escayolado, *¿color verde pino?* ¿Cómo es posible que no se lo hubiera dicho?

En cuanto vio a su hija mayor, Alan tuvo la sensación de que no podría decirle nada sobre su depresión y lo invadió el pesimismo. No podría decirle nada. Sin embargo, su aspecto era sorprendentemente bueno, había perdido peso. En su cabello oscuro, siempre precioso, no llevaba ese moño de señorona que le había dado por ponerse en los últimos años. Aparecía suelto en torno al cuello. Llevaba vaqueros ajustados y algo más: no había gafas. ¿Las había dejado en casa o ahora llevaba lentillas? Su adorable rostro. La besó, la apretó contra él y después, cuando Vanessa iba a abrazar a su hermana, preguntó:

—¿Qué te ha pasado en el brazo?

Pero Vanessa, como era muy habitual en ella, estaba metiéndose con Helen, preguntándole si le habían dado suficiente propina al taxista.

—Le hemos dado un montón —dijo Alan, molesto porque las cosas tuvieran que empezar así.

Sacó el equipaje del maletero del taxi y dio dos golpes en el techo del vehículo, como le había visto hacer al tipo del aeropuerto Kennedy: una palmada en la grupa y el caballo se marcha rápidamente. Pero no; el taxista estaba revisando un papel y no tenía intención de apresurarse.

—¿Por qué no se va de una puta vez? —farfulló Alan.

Vanessa comenzaba a mostrar cierta preocupación, como siempre que atisbaba un conflicto, y sobre todo cuando asomaba el genio de su padre; y Helen, ante esa tesitura, cogió el equipaje y lo llevó todo dentro. En cualquier caso, hacía un frío corrosivo.

La casa de Vanessa estaba en la cima de una pequeña colina, cerca del campus universitario, en lo que parecía la periferia más pudiente de Saratoga Springs. La zona era casi rural, desde luego más rústica de lo que él esperaba. Alrededor de la casa había muchas zonas agrestes, superficies de hierba seca desperdigadas, prácticamente cubiertas de nieve, enormes arcos desnudos. El lugar tenía un descuidado encanto. Probablemente fuera victoriano, cubierto de largos tablones horizontales de madera gris elefante, con ventanales altos y viejos en los que inmediatamente se imaginó a tías solteras (ese rostro ajado y leal, atisbado durante un segundo detrás de un cristal irregular, la llama difusa de una vela, el frío exterior) y un amplio porche frontal en el que dos mecedoras blancas, gélidamente inutilizadas, apuntaban a estaciones más cálidas. De las escaleras carcomidas sobresalían varios clavos. Así que Josh no era un manitas. Que le dieran a él media hora con un buen martillo.

Por dentro, la casa era espaciosa, relajada, original. Alan quería detenerse en los cuadros de

las paredes (modernidades abstractas; un indio con un turbante sobre un precioso fondo rosa desvaído), observar detenidamente las telas de vivos colores que más o menos cubrían el sofá y el pequeñísimo piano de cola (no le sorprendió mucho ese piano, dada la antigua dedicación de Vanessa, pero algo sí), las alfombras y los libros: las pilas de estos últimos lo invadían absolutamente todo, como rindiendo un exagerado homenaje a la «vida del espíritu». Tenía ganas de ser desdeñoso, ligeramente vandálico. No se los habría leído todos, ¿verdad? Pero el lugar daba sensación de comodidad y libertad, y eso también le parecía admirable. ¡Así que esta era su vida! Aquí era donde leía sus libros y escribía (o no escribía). Y tocaba el piano. Cathy y él se reían de su monótona práctica, de las mismas piezas acartonadas, un día tras otro, con su estrecha espalda hacia la habitación, de que Mozart y Burgmüller se oyeran por toda la casa, incluso en el cuarto de baño de arriba.

Se detuvo un minuto antes de entrar en la cocina donde Helen estaba hablando, a toda velocidad y en voz alta, y Vanessa removía algo en una cazuela con el brazo bueno. Helen parecía tan segura de sí misma como siempre, pero Alan sabía que hablaba en voz alta, con más energía, cuando estaba inquieta, y estaba bastante seguro de que Vanessa también lo sabía. Qué pesadez que todos estuvieran tan nerviosos.

—Eso parece incómodo, ¿no lo podría hacer Helen? ¿Qué te ha pasado en el brazo?

—Ya se lo he dicho, pero no me deja.

Tenía la urgente necesidad de volver a tocar a Vanessa. La noche anterior, él y Helen no se habían abrazado, ni siquiera se habían besado en las mejillas cuando él se presentó en su cuarto. Por supuesto, la culpa era en cierto modo de la BlackBerry.

—Me caí por las escaleras que acabas de subir. Justo antes de Navidad, con los primeros hielos de un invierno que me está pareciendo larguísimo. Lo bueno es que la próxima semana me quitan la escayola.

—¿Eso es lo que ocurrió?

Vanessa no contestó, pero redujo brevemente la rapidez con la que removía el guiso y volvió la vista hacia su padre, con una mirada de ternura, casi de pena. Durante un asombroso instante se cambiaron las tornas, porque era él quien tenía que protegerla, si hacía falta, no ella a él.

—Vaya, pues cuídate. Esas tablas están casi sueltas, quizá eso fuera lo que provocó la caída. Los clavos están sueltos, lo vi al entrar... Por cierto, ¡me gusta la casa! Como la tienes. Pero mantenerla debe de ser un castigo. Para empezar, todas las ventanas tienen impactos.

—Papá, lleva aquí ciento veinte años, mucho tiempo para una casa americana. Contadme qué tal en Nueva York. Qué tal anoche, el hotel, el viaje hasta aquí: *todo*. ¿Qué os parece?

—Un paisaje magnífico desde el tren. Tendrás que explicarme qué significa exactamente ese «*upstate*». ¿Estamos ahora «*upstate*»? —preguntó Alan.

—Es bastante sencillo —contestó Vanessa—. Técnicamente significa el estado de Nueva York al norte de la ciudad de Nueva York, estado arriba, como río arriba. Lo contrario de río abajo. En realidad, es algo más específico y alude a la zona norte del estado de Nueva York. Sí, ahí es donde nos encontramos.

—El Hudson ese es un río asombroso —añadió Alan, tratando de imitar una cadencia americana.

—En comparación con los ríos americanos, todos los ingleses parecen riachuelos. Eso me gusta.

—Papá no me hizo caso y le sacó partido a la cafetería de Amtrak —dijo Helen—. Ahora está oficialmente enganchado a los Doritos.

—Qué buen criterio.

—Para mí Nueva York ha sido una locura, como de costumbre. —Al lado de Vanessa, Helen parecía muy sofisticada y urbana—. Reuniones absurdas, montones de gestiones aburridas, el runrún no para. Estoy absolutamente *agotada* —concluyó, quizá con mayor ampulosidad de la que pretendía.

Alan estuvo a punto de mencionar lo que le había dicho en el tren, que quería irse de Sony, pero se contuvo. Quizá ella no quisiera que lo supiera Vanessa.

—Bueno, pues bienvenidos, mis queridos cansados —dijo Vanessa en voz baja—, a la mundialmente famosa Casa de Reposo de Saratoga Springs. Y ahora, a comer.

—¿Dónde está Josh? —preguntó Alan.

—En Nueva York, preparando un artículo. Hasta mañana no viene. Se disculpa. Está deseando conoceros. Por supuesto, nunca ha oído hablar de vosotros.

Esto encajaba más con la Vanessa de siempre, cuyo sentido del humor se parecía al de su hermana, de manera que hace años, si sentado a la mesa cerrabas los ojos, era imposible distinguirlas: los chistes, los sarcasmos, las zalamerías de una y otra, aliadas pero distintas. Se sentaron en la gran mesa de pino de Vanessa e hicieron una comida tardía. A través de los ventanales, nada herméticos, el paisaje blanco ofrecía un destello gélido. Pero la nubosidad iba en aumento. Alan miraba cómo sus inteligentísimas hijas adultas se atraían y repelían, como imanes cargados: Helen aparentemente más segura de sí misma, perspicaz, con dientes ligeramente afilados, de elegante belleza, pero a veces también desagradable, como si fuera la necesaria medicina que Vanessa *tenía* que tomar; Vanessa, más sosegada, suave, con su larga cabellera negra y su ligero estrabismo, pero siempre certera, precisa en lo que decía y pensaba, de manera que, por lo menos para él, era tan imponente como su hermana, que evidentemente intimidaba más. ¿Cómo habían podido producirlas Cathy y él?

Helen estaba hablando de Tom y los gemelos: la verdad es que Tom no cumplía con sus deberes domésticos, ella estaba cansadísima al llegar a casa, apenas tenía tiempo y era frustrante que la niñera no hubiera recogido o lavado los platos de los niños, y que estuviera tirada por el suelo, como si su disposición a ponerse al mismo nivel de los pequeños la eximiera de sus obligaciones adultas. Una vez más se percibía cierto reproche, como si todo fuera culpa de él o más bien de Vanessa. En realidad, a Alan Tom no le importaba mucho, desde el principio receló un poco de él, ya que no tardó en romper una de sus «normas masculinas» esenciales: aplaudía cuando alguien contaba un chiste o algo gracioso. (Ahora todo el mundo hacía esas cosas, pero por lo menos los hombres podían abstenerse.) Y ahora Vanessa, empeñada en no mostrar la deseable comprensión, daba arteramente a entender que, a ese respecto, Josh era un modelo doméstico, un hombre feminista que siempre preparaba la comida y hacía la compra. La limpieza —«la divisoria histórica del feminismo», dijo Vanessa— no le importaba mucho a ninguno de los dos: se iban apañando. Por supuesto, al contrario que su hermana, Vanessa reconocía que, como no tenían hijos, había menos desorden, menos cosas que hacer. «Menos de todo», pensó Alan con un escalofrío.

Y después Helen, quizá ablandada por la concesión de Vanessa, le preguntó a su hermana por su trabajo académico, y entonces apreció esa deliciosa expresión de ceñuda concentración que adoptaba siempre que se trataba de filosofía, sacando inconscientemente la lengua de la boca.

Explicó que hacía poco había asistido a un congreso, sugiriendo tímidamente que parte del encuentro se había dedicado a debatir su antiguo artículo sobre cómo conjugar la filosofía analítica anglo-estadounidense con la teoría europea, y que ella había presentado una especie de epílogo a ese primer texto.

—Partí del viejo chiste en el que se dice que la diferencia entre ambas radica en que la filosofía analítica inglesa se ocupa de la obligación moral relativa a cuando no devuelves a tiempo un libro a la biblioteca, mientras que la filosofía europea se ocupa de la obligación moral que tienes cuando sobreviene la invasión nazi.

—¡Una invasión nazi cerraría todas las bibliotecas y quemaría los libros! —espetó Helen, como zanjando el problema en el acto.

Vanessa sonrió y miró a su padre.

—¡Es *magnífico* lo que cuentas del congreso! —dijo Alan—. ¿Se presentaban ponencias sobre tu trabajo?

—Bueno, durante dos horas, entre las cuatro y las seis del viernes, cuando casi todo el mundo se había marchado. El congreso duraba dos días.

—¡Vamos, Van! —exclamó su hermana—, admite un triunfo.

Vanessa se quedó callada. Durante un momento pareció ruborizarse y se levantó para alcanzar el cuenco de Helen.

—Espera, ya lo hacemos nosotros —dijo Alan—. ¡Que solo tienes un brazo! Aunque gracias a Dios es el bueno. ¿Te acuerdas?: «Soy zurdo pero»...

—«Pero la cabeza la tengo del derecho» —terminó Helen—. Sí que nos acordamos.

—Siempre me gustó ese chiste, no sé por qué —añadió Alan.

—Está al mismo nivel que los demás, papá —dijo Vanessa.

—«Mi suegra lleva una semana en el continente... ¿Y ha probado a comer plátanos?», a vuestro abuelo le encantaba ese.

—*La Commer se ha recalentado* —dijo Vanessa con entusiasmo infantil.

—Me pasé años sin entenderlo y me daba vergüenza preguntar —dijo Helen—. Y después te pregunté a ti y me dijiste que hablaba de la furgoneta *Commer* del abuelo.

—Sí, siempre tenía la *Commer* averiada —añadió Vanessa.

—Qué vehículo tan poco fiable, incluso para ser británico... Por cierto, ¿todavía tienes la cuenta corriente del NatWest en Newcastle? —preguntó Alan a Vanessa.

—¿La que abrí a los dieciséis? Sí, sí que la tengo. Qué pregunta tan rara, ¿de dónde ha salido?

—No lo sé, supongo que estaba pensando en tu infancia, en cosas del pasado.

—Pues sí que la tengo, e incluso con algo de dinero británico —añadió Vanessa.

—Qué bien.

—¿Quieres decir que te parece bien que tenga ese dinero para mi posible retorno?

—No, era un «muy bien» sin intención —añadió Alan.

—¿Que está muy bien y ya está? —tenía la socarronería de los Querry en la cara.

—Sí. Nunca se sabe.

—Dinerito en el banco —dijo Helen, poniendo acento de Durham, con una exactitud preocupante. «Dinerito en el banco» era lo que el propio padre de Alan solía decirle a él. *No es mucho, pero siempre será dinerito en el banco*. Nunca supo que Alan había conseguido el número

de cuenta de sus padres y que, sin ellos saberlo, iba depositando de cuando en cuando pequeñas sumas, no muy grandes, para que no lo notaran, solo treinta o cuarenta libras.

Al final de las vacaciones de verano, no mucho después de que se escapara del colegio, Vanessa había ido con su padre a abrir la cuenta corriente. Sintióse culpable, Alan metió *cuatrocientas* libras, como si eso fuera de ayuda. Vanessa recordaba bien esa abultada cantidad y que no había sido capaz de decir nada al respecto. Aunque hubiera querido darle las gracias, algo que no tenía mucha intención de hacer, no pudo dárselas. Tampoco pudo decírselo a Helen, que parecía que no había sido objeto de la misma generosidad. Fue el verano en el que se firmó el divorcio, cuando se convirtió en una realidad jurídica. Pero en esa época lo que desataba su rabia no era el divorcio, sino más bien cómo había actuado su padre ese mismo verano, cuando ella trabajaba en el café de Corbridge e intimó con otro compañero, al que, y esto no tenía ninguna gracia, llamaban Alan, aunque su nombre era «Allen». Está claro que su padre no podía soportar la idea de que estuviera a punto de salir con un chico de pueblo que había abandonado los estudios a los dieciséis y que tenía un acento muy «fuerte» de Northumberland, e hizo todo lo que pudo para que no pasaran mucho tiempo juntos. «Mira, Van, te lo vas a tomar por donde no es, pero yo no te mando a un internado caro para que te cases con el hijo de un enlucidor de Corbridge. Joder, ese chico no tiene posibilidades. Ninguna.» Así se lo dijo. De no ser porque siempre había sido una apasionada cronista de su propia vida y de que, con fecha del 11 de agosto de 1982, anotó esas palabras en su diario, ahora no se las creería.

Allen Farnley era un muchacho encantador con muy buen corazón y un rostro ligeramente ordinario, tosco. Parecía mayor de dieciséis y tenía hombros robustos y brazos largos que llevaba pegados a los costados, como un búho en posición de descanso. Puede que fuera «hijo de un enlucidor», pero estaba en guerra con una familia semianalfabeta. Sabía mucho más de música clásica que Vanessa: debajo de la cama guardaba partituras de Brahms y de Ligeti. Tenía avidez de todo, de todo tipo de conocimiento, se tragaba el universo como si fuera una pastilla. Esta era una frase que habían descubierto, los dos juntos, en un ensayo de Robert Louis Stevenson, y se convirtió en la frase del verano de 1982: *tragarse el universo como si fuera una pastilla*. El padre de Allen temía que su hijo fuera homosexual —*marica*—, algo especialmente divertido para Vanessa, porque en el café nunca dejaba de mirarle el culo a ella, y al final se salió con la suya. *No del todo*, los dos eran demasiado tímidos e inexpertos, pero algún sobeteo de pechos sí que hubo, y mucho besuqueo, y ella recordaba una mano inexperta e imperturbable encajada entre sus piernas como si fuera una especie de mecanismo estabilizador, como las cuñas que se colocaban debajo de las ruedas de un avión: el éxtasis siempre paralizaba a Allen, lo mismo le ocurría cuando escuchaba música. Hablaban mucho sobre Dios e intentaban «filosofar»: ¿qué es la música?, ¿qué es la «buena vida»? ¿acaso la muerte priva de sentido a la vida?, Y cosas así. Vanessa no tenía ni idea de dónde había ido a parar Allen. Pero dudaba de que su vida hubiera creado de repente «posibilidades». Estaba claro que nunca se iba a casar con él. Los dos sabían que lo suyo no tenía ningún futuro. Incluso a los dieciséis, a Vanessa le daba un poco de pena la innecesaria inquietud de su padre. Lo vio al otro lado de la mesa. Ahí estaba, por fin: se había desplazado hasta allí para verla en Estados Unidos. Parecía cansado.

Su rostro atractivo y alargado estaba pálido, y Vanessa comprendió que ya no podía ver en él a un hombre joven. Esa pérdida la atormentaba siempre que pensaba en su difunta madre: todavía podía escuchar la voz juvenil de Cathy, pero ya no podía *verla* de joven. Pobre papá, con sus

preocupaciones, todos sus afanes ¡y su inagotable tesón «norteño»! ¿Para qué servía ese extraordinario tesón? Para triunfar, para levantar algo, una empresa sólida; para ganar dinero, para tener hijos, para mantener esa preciosa casa vieja... Pero no había logrado conservar a su esposa, así que en realidad tampoco había conseguido conservar a su familia —no había logrado mantenerla *intacta*—, así que, ¿de qué servía esa hermosa y hueca casa vieja? Ahora él era viejo, simplemente, como todo el mundo acabará siendo algún día, y muy pronto no tendría ni los últimos vestigios de todo eso. Te tragas el universo como si fuera una pastilla, pero después lo orinas, sale de ti, junto con todas las demás cosas importantes. No, *no debía pensar de ese modo, no debía obsesionarse con esas cosas* —eso es lo que parecía aconsejarle todo el mundo, Josh se lo decía, el doctor Lasky lo insinuaba—, pero era muy difícil.

Recordaba que Helen la trataba con condescendencia; daba a entender que Allen Farnley le parecía horroroso, pero que ella tampoco se podía permitir ser exigente. Vanessa estaba deseando que Josh regresara mañana, porque no cabía duda de que Josh era guapo, más atractivo que Tom, y también más joven. Se podía decir que el marido de Helen estaba comenzando a quedarse en agua de borrajas.

—¿A alguien le importa si me echo un cigarro? —preguntó.

—No, sopla un poco de humo hacia mi lado —contestó Helen.

13

Se marcharon después de comer y fueron a registrarse al hotel. Llamaron a un taxi y el conductor era el mismo que los había traído, el musulmán simpaticote que, después de recogerlos en la estación, les había preguntado de dónde eran y, al descubrir que eran británicos, había cogido un libro enorme del asiento del copiloto y, blandiéndolo, había dicho:

—¿Conocen a Robert Fisk? ¿Fisk, el periodista británico? Dice la verdad, está todo en su libro.

A Alan le había parecido admirable con cuánta delicadeza había respondido Helen al taxista y estaba deseando asistir a otro alarde de elegancia. Pero el conductor estaba al teléfono, hablando en árabe, y no hizo caso a sus pasajeros, que miraron en silencio las calles desde sus asientos.

—¡Por Dios, qué sitio tan lúgubre! —dijo Alan.

Estaba anocheciendo con rapidez y por alguna razón la nieve caída el día anterior ya parecía sucia. Un enorme camión naranja con pala frontal pasó junto a ellos escupiéndoles sal. Se mascaba la sal en el ambiente y la nieve que caía se convertía en copos de sal.

—¡Qué va a ser lúgubre! —Helen se removía impaciente dentro del coche, con cara larga y descontenta—. Saratoga es uno de los pueblos más agradables de Estados Unidos. Si quieres ver algo lúgubre, yo te lo enseño. A más o menos una hora de aquí en coche está Troy. *Eso sí que es lúgubre*. O, por lo menos, desde la autopista tiene un aspecto espantoso. Parece casi soviético: viejos almacenes abandonados, fábricas mugrientas, un río infame y horrorosos bloques nuevos que parecen hoteles para los gordos cuadros del partido...

—De acuerdo, no es lúgubre. Pero hace un frío que pela. Quizá el otro sitio al tener ese nombre esté maldito. Pero ¿en qué *estaban pensando?* Troy,^[3] no podía ser otra cosa...

El taxi recorría lentamente una calle mayor que había que reconocer que era bonita; se llamaba Broadway, más amplia y espaciosa que la localidad homónima inglesa. Los edificios eran historiados, orgullosos, de ladrillo rojo o recubiertos de piedra. Le recordaban a ciertas calles, todavía en buen estado, de Newcastle o Harrogate. Las que se habían librado, las que habían escapado de los bombardeos y los urbanistas... Esos eminentes edificios decimonónicos estadounidenses se alzaban como fantasmas de piedra de una prosperidad perdida, impotentes, pero aún acusadores: nosotros sabemos lo que hicimos, lo que conseguimos, pero ¿qué habéis levantado vosotros para el futuro? ¿Qué habéis conseguido? Por Dios bendito, la Adirondack Trust Company, seguramente un banco, recordaba el monumento a Lincoln. Parecía de mármol, con dos enormes columnas griegas a ambos lados del pórtico principal. Y prácticamente en el número contiguo, donde ahora estaban aparcando, había un edificio imponente, su hotel, llamado Alexandria, remozado con aire de *palazzo* veneciano. Tenía tres pisos, con altos y estrechos

ventanales rematados con arcos. También una veranda en el primer piso, una balconada que recorría toda la fachada, con finas columnas y calados de filigrana por doquier. Supuso que sería de finales del siglo XIX, aunque conociendo este país, bien podía ser un auténtico edificio renacentista, afanado en algún lugar de Italia y transportado a trozos en barco.

—Papá, creo que te va a gustar este sitio. Por lo menos te divertirá. Es americano sui géneris. Puedes dejar la habitación siempre que quieras, pero nunca podrás irte[4].

El vestíbulo estaba oscuro, todo en reluciente caoba y terciopelo de tonos ciruela. También estaba frenéticamente invadido por *objetos artísticos*, con la histérica congestión del salón burgués victoriano: dos elevadas higueras en vasijas de metal, jarrones con plumas de pavo real, lámparas corrientes de roble, dos pantallas tipo Tiffany horrorosamente religiosas (que proyectaban charcos de crepúsculo sagrado), un piano de cola cerrado, una remilgada *chaise longue* con brazos de voluta, una enorme escalinata e, incorporadas al marco de las ventanas, cortinas tipo manicomio, gruesas como los muros de una cárcel. Otra vez el olor a canela. De altavoces ocultos salía jazz de Dixieland. Producía un efecto archivístico, como si el color estuviera intentando virarse a sepia y ganarse el pie de foto «La Saratoga de antaño». Si hubiera estado menos cansado, le habría divertido la broma, aunque no es que se presentara como tal. Tenía que llamar a Candace y dormir un poco. Helen estaba de nuevo con la BlackBerry, repiqueteando con destreza. La chica de la recepción no inspiraba confianza: a su lado había un plato con un inmenso trozo de tarta a medio comer. Dejó el tenedor y levantó la vista.

—¡Bienvenidos al Alexandria!

Pero el registro fue fácil y pocos minutos después estaba sentado en la cama de su habitación, la segunda cama de hotel en dos días, y quitándose los zapatos. El cuarto era menos funerario que el vestíbulo, pero igualmente historiado. Estaba en una cama flanqueada por cuatro columnas, pero sin armazón (esas columnas le recordaban a los pilares de hormigón que sobresalen de los cimientos); había otra *chaise longue* con tapicería de satén a rayas rosa y crema: en su parte superior e inferior, los gruesos cojines cilíndricos, boyantemente tersos, parecían más flotadores que cojines. La habitación daba a la calle principal, con sus arreglados escaparates e historiadadas lámparas añejas.

En ese momento la nieve volaba por el aire, iluminada en el arco de esas luces, moviéndose en remolinos torcidos que después volvían como grandes y húmedas nubes de insectos, blancas sobre un aire violáceo sin profundidad. Al apoyar la frente en la ventana, el cristal estaba gélido.

Llamaron a la puerta:

—Servicio de habitaciones.

No había pedido nada y, durante un absurdo segundo a lo James Bond —¡otra vez él!—, Alan pensó que quizá estuviera en una película. El empleado del hotel era auténtico y le traía la copa de champán de cortesía que ofrecía el establecimiento. Bastante malo, por cierto, con una única e hinchada frambuesa luchando por mantenerse a flote.

Llamó a la habitación de Helen.

—Acaba de venir un tío a darme una copa de champán con una frambuesa...

—También acaba de venir a mi habitación. *Antes* no hacían estas cosas.

Helen se había alojado en dos ocasiones en el Alexandria, las dos en verano, cuando la anticuada piscina exterior del hotel era un lujo imprescindible. Había ido a escuchar a Dave Matthews en el Performing Arts Center, uno de los mejores auditorios de Estados Unidos, según ella, para escuchar a bandas en directo.

—Ya sé por dónde vas: vale, no parecía que Vanessa estuviera mal. Por lo menos a mí. Un poco floja. Un poco aguada. ¿Sabías que el estar «aguado» es una categoría en la medicina china? Cuando estás demasiado «aguado» lo solucionan con unas infusiones apestosas.

—Cuando pienso lo bien que os llevabais de niñas, lo mucho que Vanessa te admira y admira lo que haces...

—¿Que admira lo que hago? ¿La música pop? Me parece que no, papá...

—Sí te admira. Tú no lo sabes.

—La filósofa y la ejecutiva musical. Es una fábula de Esopo actualizada: ella es la lechuza sabia y yo... el asno tonto o algo así.

—No creo que nadie pueda llegar a pensar que tú eres tonta —repuso Alan con admiración, a su pesar.

—Entonces, ¿como el zorro avariento?

—Por Dios, Helen...

—Bueno, a mí me pareció que estaba bien. Y la verdad es que no detecté ningún indicio de otra crisis. Quizá sí estaba un poco nerviosa. Y tenía muy buen aspecto, algo diferente, más arreglada. Ahora lleva lentillas.

—¿Y el brazo, qué? Así que es verdad que se *cayó*. No era una exageración de Josh. Era algo importante.

—¡Se resbaló!

—¿Y por qué demonios no nos lo dijo? ¿No te parece sospechoso?

—Quizá, quizá no. Yo creo que le va el drama.

—Eso no es justo. Joder, ¿no puedes acusarla de que le guste el drama si lo ha mantenido en secreto! ¿Puedes averiguarlo? Tengo que saber si fue un accidente. Yo no puedo, Helen... Más vale que llame a Candace, después dormiré un rato antes de que nos volvamos a ver todos esta noche.

14

Candace no estaba en casa. Probó en el móvil, pero iba conduciendo y no podía prestarle toda su atención. Sus voces se iban superponiendo y consiguieron decir: «No, sigue», a la vez. Nunca le había gustado mucho hablar por teléfono, quizá esa fuera otra de las razones por las que no había sido un impetuoso hombre de negocios, verdaderamente consumado, uno de esos tíos de las películas que, con los pies apoyados en la mesa, acunan cariñosamente el auricular sobre el hombro, como si fuera su lémur de compañía. A sus padres siempre se les había dado fatal hablar por teléfono, les llegó demasiado tarde y lo trataban con un respeto reverencial, lo cual lo irritaba a él de mayor: esa pegajosa atmósfera de comedimiento, como si el aparato, donado por los generosos dueños de las minas, fuera solo para emergencias. Todavía ahora, aunque tenía un teléfono en su cuarto, a su madre no le gustaba alargar las conversaciones, e intentaba ponerles fin con: «Mira, has llamado tú, te va a salir muy caro». (Aunque, como él era quien pagaba las facturas, era como si siempre llamara él.)

Candace, allí tan lejos, se mostró cariñosa pero práctica. Le dijo que tuviera valor, pero también le aconsejó que buscara ciertos «indicios»: si Vanessa dice que no está leyendo nada, que no está tocando el piano o que no le apetece levantarse de la cama.

—Que no te dé vergüenza hurgar en sus cajones o en los armarios del baño para descubrir *exactamente* qué medicamentos está tomando. Yo no me lo pensaría dos veces. (¡Ah, esa magnífica frialdad china!)

—Lo desconcertante es que se la ve bastante animada. No veo ningún indicio. No parece deprimida. Pero las escaleras: ¡yo tenía razón! Era importante. Se rompió el brazo y lleva una escayola.

—Mi amor, la gente deprimida no tiene por qué llevar colgada una gran «D» en el pecho. ¿Se rompió el brazo en las escaleras?

—Sí y ha dicho que simplemente se escurrió en el hielo.

—Bueno, ¿no puede ser que se escurriera y ya está? A veces un cigarrillo barato no es más que un cigarrillo barato; así es como expresan los chinos la máxima freudiana, por cierto.

—Ojalá estuvieras aquí conmigo. Los dos solos. Sé que te gustan las habitaciones de hotel...

Estaba tumbado en la cama, prácticamente sin ropa.

—Se está perdiendo la señal, no te oigo bien...

—¿De verdad?

—No —ella se rió—, era una broma, te oigo bien. Oigo tus palabras y también oigo perfectamente lo que hay *detrás*.

Las hijas de Alan pensaban que Candace carecía por completo de sentido del humor, aunque en realidad lo tenía, pero era disparatado, ligeramente sin gracia, y a él le encantaba.

—Ayer llamó tu madre. Creo que se confundió con la fecha de tu viaje. Le di el teléfono del hotel. Aunque seguro que no te pondrá una conferencia a Estados Unidos.

—¿Hablaste con ella?

—Parece que te horroriza la posibilidad... Es una de esas extrañas conjunciones astrales, pero físicamente es posible.

—Perdón, es que haces todo lo posible por evitarla.

—Y ella a mí. Bienintencionada Evitación del Enfrentamiento.

Sí, tenía bastante razón. A Alan le horrorizaba la idea de que su madre fuera a vivir con ellos.

—Creo que las siglas de eso serían... «Bee». Por cierto, ¿adónde vas? —Solo quería mantenerla al teléfono.

—Estoy volviendo del curso de un día en Newcastle, ¿te acuerdas de «El buda sintiente»? Parte del módulo básico para la Terapia Zen.

—Ah. Cuánto me alegro, mi amor.

En ocasiones Alan se sentía culpable por resistirse al budismo de Candace, pero en general lo veía con optimismo. Alan era lo que eran sus deseos. Desde luego, el que le despertaba Candace, que, después de demasiados años en dique seco, le había devuelto el sexo a bombo y platillo. Dios mío, esos apretados pliegues que tenía detrás de los codos cuando le colgaban los brazos... Su espalda esbelta, su precioso culito y esa mínima expresión de tangas que le gustaba llevar, que en la fragilidad de su encaje eran como primorosos triángulos trenzados en cadena, implorando ser arrancados por un único gesto erótico o rápidamente apartados de la entrepierna. Rápidamente atravesados. Si se libraba del deseo, como sugería su libro sobre budismo zen, ¿qué quedaría de él? En su opinión, nada humano. Un tren sin conductor, como los del aeropuerto de Zúrich. Candace no sabía que a veces Alan, cuando paseaba de noche por el jardín, incitaba a su terrier Jack Russell a levantar la pata y mear en el pequeño Buda de piedra que reposaba en la hierba, junto a la pila para pájaros. Alan no tenía nada en contra del auténtico Buda, que evidentemente era un fulano muy iluminado, pero ese busto de piedra en el jardín, que Candace había comprado por Internet, era bastante molesto. Con sol o con lluvia, bajo un viento seco o bajo las ráfagas amarillas de meada de perro, el regordito, el Michelin asiático inflamado de nirvana, tenía la misma expresión inane, la sonrisita impasible que servía de suave arma ideal contra el deseo, el sufrimiento, la muerte y la guerra. Alan no era religioso, era un sentimiento que nunca le había atraído, pero lo desconcertante era que Candace tampoco parecía muy religiosa. ¿Acaso el budismo no era esa clase de religión? Entonces, era más poderoso... Como buenos socialistas, sus padres eran bastante hostiles a la religión. *Da* asistía todos los años a la Gala de los Mineros, pero *no* al servicio religioso que remataba el día en la catedral, con las bandas de música de los condados mineros, y todo el mundo dándole coba a esos aterciopelados deanes y archidiaconos, engoladamente henchidos de consuelo cristiano. A Alan sí que le gustaba la catedral, y de vez en cuando se metía en ese edificio macizo y oscuro sin decírselo a sus padres. Pero el rollo doctrinal saltaba a la vista que era palabrería puramente humana. Y, respecto al «problema de Dios»: bueno, él pensaba que se podría más o menos *solucionar* antes de que él se muriera, como el de Chipre o la polio. Sin precisar mucho, con indolente irritación, se imaginaba un gran acto último de revelación, una especie de conferencia de prensa teológica. No sabía si la revelación final indicaría que Dios existía o que no; mientras posaba su cansada cabeza en la almohada del hotel,

lo que le parecía extraño era que, dos mil años después de la muerte de Cristo, todavía no se hubiera *aclarado* tal cosa.

15

Vanessa telefoneó para preguntar si les parecía bien que fuera a buscarlos para cenar. La comida del hotel no era muy allá, pero fuera hacía mucho frío y por lo menos así no tendrían que salir. Ella invitaría. Alan insistió en pagar él y ella cedió con una rapidez tosca, infantil:

—Bueno, de acuerdo.

La estaban esperando en el vestíbulo cuando llegó veinte minutos tarde. Por supuesto, Helen, que se había cambiado de ropa y tenía un aspecto arrebatadoramente acicalado, con un apretado vestido negro de lana, estaba empezando a alterarse, aunque contaban con el apoyo de unas copas. Sin embargo, Van también se había cambiado de ropa. Alan dio por sentado que intentaba no perder terreno ante Helen, pero ¿por qué? Nunca había mostrado la más mínima intención. Cuando eran jóvenes, Helen se ocupaba de sus múltiples prendas casi como lo haría la comisaria de una exposición, mantenía los archivos de indumentaria, en su armario todo estaba perfectamente ordenado según las modas: vestidos, faldas, buenos vaqueros y multitud de zapatos, escrupulosamente dispuestos en filas, hasta el punto de que Alan le tomaba el pelo diciéndole que su dormitorio parecía la entrada de una mezquita. Pero las prendas de Van siempre parecían del mismo color —en torno al gris y el negro— y se veían por todo el dormitorio en montones con olor a rancio. La ropa entraba en la misma categoría desatendida, incluso desdeñada, que la televisión, el ejercicio y los amigos. Alan y Cathy esperaban que esas cosas fueran entrando en la vida de Vanessa, y esa atenuada inquietud se convirtió en la manifestación inconsciente de su condición de padres. Necesita más amigos... debería salir a dar un buen paseo... debería ir en bici a Corbridge... ¿cómo podría conocer a alguien *especial*? Y entonces, después de un par de pequeños desengaños amorosos a los treinta y muchos años, había conocido a alguien especial, y Alan comprendió que, por supuesto, la ropa, la mejora en el peinado y las lentillas no eran para Helen, sino para Josh. Esta noche Van estaba radiante, con una falda gris y un top indio azul marino, con no sé qué cosas incrustadas, y una diadema de madreperla (nunca la había visto con diadema). Y sus preciosos ojos: no se podía acostumbrar a verla sin gafas.

«No es lo que yo me habría puesto —pensó Helen—, pero para Vanessa está bastante bien, sobre todo la falda.» Sentía más cariño por su hermana cuando esta tenía mejor aspecto, cuando *había hecho un esfuerzo*. Dios santo, ¿era así de superficial? Qué cansada estaba: al mirar a Vanessa pensó que no sabía si podría aguantar tres días de esta intensa conexión fraternal. Cuando Van tuvo su «crisis», en el último año en Oxford, su padre le pidió a Helen, que estaba en Londres, que fuera a Oxford a buscar a su hermana y que la llevara a casa. Dos noches en el suelo helado del cuarto de Van en New College y un día en el tren hasta Northumberland: ya era suficiente; la infelicidad, al final, era *aburridísima*. Le deseaba lo mejor a Van, por supuesto que

sí, pero ella tenía sus propios y acuciantes problemas laborales; ahora mismo, Tom acababa de comportarse como un cerdo por teléfono, y ella quería estar en casa con sus hijos. De todo eso, Vanessa no sabía prácticamente nada. La verdad es que nunca había preguntado a Helen por su trabajo, ni en Sony ni antes; solo había visto a los gemelos una vez. En Londres, hacía dos años, Van le había regalado un horroroso peluche a cada uno, a Jack le había revuelto el pelo (lo cual le había hecho llorar) y después se hundió en un estado de cautelosa vigilancia, como si no le quitara ojo a una araña aletargada pero grandecita. Había que reconocer que, al principio, ella misma no era mucho mejor con los niños: «Hay que cogerle el tranquilo», decían, ¡por Dios!... Todo era difícil: tener gemelos multiplicaba por dos la inquietud, los problemas prácticos, multiplicaba por dos el terror. Y también la alegría. ¿Qué sabía Van de la alegría de ser madre? Era una felicidad profundamente íntima: ella y Tom la compartían, sin necesidad de hablar de ella. Parecía que la alegría era mucho más incomunicable que la pena. Para la pena había lágrimas, signos visibles, la lluvia evidente de la tristeza, algo que en cierto modo acababa por convertirla en infantil. La pena te devolvía a la infancia, a la acción que desataba carreras en los adultos: «¿Qué te pasa, por qué lloras?». Pero ¿cuál era el signo de la alegría, el sol de la alegría? ¿Quién salía corriendo hacia la persona alegre para preguntarle: «¿Por qué sonríes? ¿Qué te hace tan feliz?».

La cena estaba discurriendo sin incidentes, pensó Alan. Por supuesto, no estaba bien verla de ese modo... Vanessa se había pasado buena parte de la velada hablándoles de Josh. Lo había conocido hacía ocho meses, en un congreso sobre tecnología y conciencia celebrado en Boston. Vanessa estaba presentando una ponencia, Josh andaba por allí curioseando en busca de algo sobre lo que escribir un artículo. Solo tenía treinta y tres años, siete menos que ella, pero, tal como lo contaba Vanessa, ya había vivido varias vidas. Había iniciado y abandonado cursos de doctorado en Columbia; había dado clases brevemente en un instituto de un barrio muy pobre de Brooklyn; había escrito (en la vieja máquina Corona de su madre, por pura nostalgia *beatnik*) una novela inédita, y ahora estaba «pensándose qué hacer a continuación», mientras tenía ingresos más que aceptables escribiendo textos sobre tecnología e innovación para revistas como *Wired* y *Rolling Stone*. A Alan todo esto le parecía un puñado de fragmentos inconexos, sin orden ni concierto. Poco importaba lo inteligente que fuera —Van dijo que era la persona más genial que había conocido— si era tan inconstante. Y Alan pensaba otras cosas: «Es imposible que trabajar como periodista autónomo reporte ingresos bastante aceptables. Ella lo está manteniendo. Al ser la benefactora económica, Van tiene la sartén por el mango. Pero él la tiene por ser más joven. Un tipo que no aguanta en un trabajo no aguanta en una relación». ¡Y qué enamorada estaba ella! Eso saltaba a la vista. Cuando Vanessa hablaba de Josh se mostraba a un tiempo retraída y vigilante, lo cual era una preciosa combinación. Se ponía recta, sentada al borde de la silla, y dejaba de comer.

En su jardín de Northumberland había un precioso cerezo: en primavera le salían tantas flores que a su alrededor el aire parecía cargado de una actividad rosa. De pequeñas, las niñas se subían a las ramas más bajas y saltaban a esa sonrosada alfombra; cuando se levantaban, los delicados petalillos se les pegaban a la ropa. Siempre que saltaban, aunque sabía que no corrían peligro, aunque él había sido mil veces más imprudente de niño —Alan y su mejor amigo William se lanzaban en bicicletas sin frenos y cuesta abajo por Western Hill, y en una ocasión él caminó descalzo por el pretil del puente de Elvet—, se tensaba, se preparaba para el desastre. Era una muestra de sentimentalismo por su parte, y desde luego poco útil: imagínate si sus propios padres se hubieran mostrado tan blandos y tan preocupados... En cualquier caso, Alan quería que la alfombra de flores se quedara eternamente sobre la hierba, quería que sus hijas solo saltaran

desde las ramas más bajas. Verlas hacerse mayores era comprender que irían saltando desde cada vez más altura, y que él solo podría contemplar el salto en silencio.

16

Esa misma noche, en su escritorio, Vanessa buscó un antiguo diario, el que llevaba en 1982. Tenía un cajón lleno de cosillas personales, que con frecuencia se ponía a examinar: era mejor que leer una novela. Para ella, era su cajón inglés. Había muchas fotografías, el recordatorio del funeral de su madre, antiguos informes escolares («Vanessa ha estado estudiando la décima sátira de Juvenal con razonable entusiasmo», escribió la señorita Plummer), un mapa de carreteras de Northumberland, tres cartas de amor, un bloc de hojas con el membrete oficial del New College de Oxford, cartas de su madre, entre ellas la primera que Vanessa recibió en Oxford («Esto es el principio de todo, querida: verdaderamente tu primer paso hacia la edad adulta; cuánta envidia me da que lo estés dando tan joven»), una Guía Pitkin de la Catedral de Durham, que había perdido la cubierta posterior, la nota más cortante que había recibido de un profesor de Oxford, la que había escrito a máquina el filósofo P. F. Strawson en una postal blanca del Magdalen College y que le había dejado en su buzón del New College; ahora la nota le parecía increíble —sobre todo si se comparaba con el consentido ambiente universitario estadounidense—, por su burlona e irónica prudencia, sus condescendientes muestras de respeto, su voluntad de tratar a la alumna como a una adulta apática («¿Me equivoco al pensar que aún tiene mi librito sobre Kant? De ser así, quizá podría dejármelo en la portería del Magdalen, junto a cualquier trabajo que haya conseguido escribir. Creo que me debe por lo menos uno. Espero que se haya recuperado de su enfermedad»). También había notas tomadas, a los veinte años, sobre un ensayo de Thomas Nagel, muchas cartas de Helen, un método para aprender alemán, lápices romos y grapadoras estropeadas, un relato escrito a los diez años («Me subo a Arrow, mi caballo favorito, utilizando los estribos, no el montador. Papá y mamá me están mirando y fruncen el ceño. ¡Tienen miedo de que me caiga! Con un sonoro taconazo, allá vamos, a trote levantado...»), su billete de Interrail de 1983 y el imprescindible Horario de Trenes Europeos de Thomas Cook, antiguos carnés de estudiante, no de ella sino de Helen (¡con peinados ochenteros!: la semana de Toyah Willcox, la época de Suzi Quatro), viejo papel de liar Rizla, sin utilizar, pero ya tan amarillento que parecía ahumado, quemado por la edad...

Encontró el diario y localizó el fragmento en cuestión. Ahí estaba y las palabras que recordaba eran muy parecidas al original: «No podía creerme que papá dijera algo así sobre Allen. ¡Que se quedara ahí sentado dándome una lección sobre el amor! “Van —dijo papá—, no te va a gustar lo que vas a oír, pero yo no te pago un internado caro en el sur para que te puedas casar con el hijo de un enlucidor de Corbridge. De ninguna manera. Su familia no tiene posibilidades.” ¡Cuánto me alegro de no habérselo dicho a mamá!». Leyó un renglón o dos más y después, horrorizada y fascinada, avanzó saltándose páginas aquí y allá, recorriendo semanas y meses de su antigua,

antiguísima vida, temiendo detenerse porque, si lo hacía, tendría que leerse a conciencia, temiendo encontrar lo que sabía que acechaba allí, en el mismo diario: «Hoy, feliz. Pero ¿por qué?».

17

Como a la mañana siguiente se levantó temprano, Alan desayunó en la habitación. El prometido *croissant*, un obeso cuerno de la abundancia, no merecía siquiera su mal pronunciado nombre. Pero el café era magnífico, el sol derretía la nieve —que sonaba como el goteo de cien grifos viejos— y el cielo americano tenía un azul gozoso, penetrante, absoluto. Entendía a qué se refería Helen cuando le dijo que se trajera gafas de sol. Había tanta luminosidad como en los Alpes. Hasta la comida no tenían que ir a casa de Vanessa y Helen tenía cosas que hacer. Trabajo. Alan también. Sabía que había soñado algo, de contenido ahora difuso, salvo por el recuerdo general del horror, y que tenía que ver con el Centro de Arte y Café de Dobson. En los muelles había depositado muchas esperanzas. Pero David y Lee no eran los socios adecuados, eso lo sabía, desde hacía cinco años; no ayudaban en nada. Se había tardado mucho en arrancar, los del ayuntamiento no habían puesto más que obstáculos y todo el proyecto había consumido los recursos de la empresa. Y lo iba a arrastrar a él... de eso iba el sueño, de verse arrastrado. Miró de refilón a su pequeño portátil, una caja blanca, orgullosa y mágica, llena de secretos y trucos. Sí, tenía que ver sus nuevos correos, qué contaba Eric Ball sobre las obras en Newcastle, pero la verdad es que abrir la caja de Pandora le resultaba insoportable, desde que se había marchado de Northumberland no había tocado el aparato, así que decidió irse a dar un paseo, a curiosear un poco.

Lo que ayer envolvía la nieve hoy se venía nítido y brillante, con todos los edificios resplandecientes contra el aire azulado. Caminó por la calle principal, donde las palas habían creado un estrecho sendero entre sólidas paredes de nieve de la víspera mezclada con gravilla. Qué sitio tan recargado era este, aunque también bastante atractivo... Por supuesto, estaba el Hotel Alexandria, con sus galas venecianas; y una rechoncha y amplia oficina de correos, un auténtico bulldog estilo *art déco*, que en el marco de la puerta, de latón macizo, observó que ostentaba lo que sin duda eran esvásticas doradas; la pomposa marmolería de la Adirondack Trust Company; un enorme edificio de viviendas decimonónico que se cernía sobre la calle como una herencia polémica en una novela victoriana: ¿de quién era, cuántos pisos se utilizaban, quiénes en el ayuntamiento querían derribarlo? ¡Cuánto costaba mantener un lugar así!: saltaba a la vista dónde lo estaban descuidando. No en la planta baja, donde una hilera de tiendas y cafés de aceptable factura hacían buen negocio, sino por encima. A la entrada de «Mi gozo en un poso», un café, por supuesto, estaba sentado en la nieve un perro labrador, noble e indiferente. En el local contiguo a la farmacia, una mujer con abrigo blanco sacudía la parte inferior de un toldo de rayas con un palo largo para que la nieve cayera al suelo. La gente llevaba atuendo de gigante: payasos polares con botas enormes, y abultadas y brillantes prendas de abrigo. Alan tuvo la sensación de

que su abrigo gris de lana y sus zapatos de cuero negro eran insuficientes; también tenía frío, así que era evidente que ellos sabían más que él.

El pueblo parecía próspero. Pasó junto a una librería nueva, preciosa, con una enorme bandera estadounidense fuera, y una especie de local *gourmet* caro, pero después venía una serie de lugares penosos: una tienda estaba clausurada, otra vendía artículos que parecían artesanía de tres al cuarto, y en otra, llamada «Rasputín» (con un cartel que tenía un dibujo tosco del invencible barbudo ruso), había algunos LP usados. Helen podría haber comprado todas las existencias de la pequeña tienda de discos y haberle alegrado el día a su enmarañado dueño —dio por hecho que era el dueño—, él mismo una especie de Rasputín, pero más gordo, probablemente tan viejo como Alan, pero con más avatares vitales a cuestas: arrugado, cansado, estaba de pie en la puerta, con una cazadora de cuero y vaqueros remendados, y en su garra anillada sujetaba un cigarrillo o quizá un porro. Como muchos estadounidenses, el hombre era afable, y saludó con un «Buenos días», algo que ya nadie decía en Inglaterra. Pasó por delante de una sombrerería llamada Sombreracional y después por otro edificio de viviendas, este bien cuidado, con un letrero que decía que antes ahí había sido una sinagoga.

Le gustaba que la gente viviera en el centro de la localidad; algo infrecuente ya en el Reino Unido, donde todas las calles comerciales estaban ocupadas por las mismas cadenas —Boots, Tesco, Marks & Spencer— y todo estaba peatonalizado, las calles cubiertas con los mismos adoquines baratos de insípido color rojizo que ponían los ayuntamientos. La uniformidad era una pesadez: Durham se parecía a York, y York a Chester, y Chester a Newcastle. Hasta cierto punto, la culpa la tenían los teutones: después de que arrancaran a bombazos su antiguo corazón a Southampton, Canterbury, Coventry y otras ciudades, ya no se pudo hacer nada más con ellas que levantar grandes y horribles centros comerciales y aparcamientos de varias plantas. Que es lo que los propios alemanes habían hecho con sus localidades bombardeadas: Hanover, Hamburgo, Braunschweig o la hermosa Heilbronn. Pero los urbanistas y los concejales de la década de 1960 fueron mucho más eficaces que los alemanes. Amparándose en la necesidad de la «modernización» y el «progreso», ampliaron las vías medievales para dar paso a los coches y quitaron de en medio calles enteras de preciosos edificios antiguos. Era escandaloso lo que se había hecho en Newcastle. El granuja manipulador de T. Dan Smith y el maldito Wilfred Burns: ellos eran los vándalos contemporáneos. Eldon Square, que debía de ser una de las mejores plazas georgianas del Reino Unido, se demolió en la década de 1960 para abrir paso a un nuevo centro comercial. ¡Y la Royal Arcade!, recordaba que su padre lo llevaba allí. Pasabas la British Oak Insurance Company y entrabas en un mágico palacio victoriano de techo de cristal, con tiendas y oficinas. El cristal de la delicada cubierta siempre era de un verde mugriento. El Salón y Café Socialista estaba detrás de los soportales de la Royal Arcade y lo regentaba un peculiar pelirrojo —¿Archie?, ¿Arthur?—, cuya voz no había cambiado adecuadamente al hacerse hombre. No es que fuera un eunuco, solo tenía una voz aguda como la de un niño, aunque tenía por lo menos cincuenta años. A Alan le ponía nervioso y no quería mirarlo, pero *da* lo trataba con normalidad. ¿Cómo se las arreglaba para gritar como es debido a los camareros y cocineras con esa voccita de pito? La misma pandilla de granujas que en la década de 1960 derribó la vieja y encantadora Royal Arcade, derribó el Salón y Café Socialista, ¡para hacer una rotonda! Lo echaron abajo, sin más, para que los Ford Cortina y los Triumph Herald pudieran entrar y salir a toda máquina de la ciudad. Que no echen la culpa a los alemanes. Lo hicimos nosotros solitos. Los europeos no habían caído hasta tal punto en el vandalismo y la mediocridad. Comprendían que un ayuntamiento

del siglo xv, un mercado de granos medieval o unos soportales acristalados victorianos tenían valor en sí mismos. Él iba de vacaciones a esas localidades de provincias, Laon o Château-Thierry, Gante o Leiden (en cuya iglesia protestante se quedaba atónito ante la orgullosa proclama en letras doradas del siglo xvii: «Dios es maravilloso»), y comprobaba que se respetaba el pasado como es debido. En parte, los estadounidenses participaban de ese respeto: dejaban en paz el pasado, que se pudriera si hacía falta. No necesariamente porque lo respetaran —siempre se decía que no era así, que al habitar el Nuevo Mundo no podían permitírselo—, sino porque eran descuidados, individualistas y tenían espacio a porrillo.

Le resultaba difícil pensar en esas cosas sin sentirse un poco culpable. Él se había aprovechado de lo que lo consternaba. En Newcastle había invertido desde muy pronto en el nuevo proyecto comercial de los muelles y, aunque gran parte de los antiguos edificios de la zona estaban deshabitados y eran insulsos, en ocasiones sentía cierta nostalgia del magnífico almacén victoriano de ladrillo rojo que se derribó para levantar el proyecto Dobson, en el que Query Holdings había participado junto a otras dos empresas. En Durham, la suya desarrolló las Casas Flambard, un bloque de viviendas de calidad, pero estéticamente mediocre, en el mismo lugar donde había estado durante cuatrocientos años, sin que la molestaran, una desastrosa hilera de casas isabelinas de entramado de madera propiedad de la universidad. (Ahora recordaba que esta había mostrado un vergonzoso deseo de vender el conjunto para sacarle partido.)

En una antigua viñeta, un hombre le decía a un compañero de trabajo: «Prefiero ser una enorme parte del problema que una parte diminuta de la solución». Eric Ball, que había empezado a trabajar para Alan hacía quince años, la había pegado en la puerta de su despacho (junto con la tarjeta de identificación de un congreso al que había asistido en Stuttgart, donde se leía: «Herr Ball»); a ellos dos les parecía mucho más divertida que a cualquiera de los trabajadores de la oficina). La viñeta era graciosa. Pero, ¿cuál era la solución? Por supuesto, el problema era el crecimiento, que por supuesto era la única solución. Todas las economías modernas se basaban en la conveniencia del desarrollo. Lo normal era que las ciudades se expandieran y cambiaran. Y sí, a veces esos pueblitos europeos perfectos producían una sensación de ahogo mortal; como esas espantosas aldeas de los Cotswolds, donde no ha cambiado nada desde hace seiscientos años y cuyos afectados habitantes viven como gnomos encerrados por la historia en diminutas casitas con techo de paja...

Toda su vida se había basado en el cambio, el crecimiento, la movilidad social. A decir verdad, siempre le había inquietado un poco el Salón y Café Socialista. Sus asientos eran bancos corridos de madera, cuyos delgados parroquianos se ponían muy juntos y a él le parecían todos iguales. Se sentaban delante de un té y un budín de pan (a Alan tenían el detalle de ofrecerle una torta *stotty*) con la misma perseverante pobreza, con las mismas gorras de visera, los rostros pálidos como sudarios, pacientes, bromistas, modestos y, en última instancia, conservadores. Hasta los más gallitos querían que las cosas siguieran más o menos como estaban: la sucia y humeante pasta gris que respiraban, la frustrante comida y las débiles estufas, los retretes que goteaban, llenos de amarillentos billetes de autobús usados. Sí, los radicales —los izquierdistas, los comunistas— querían más trabajo y más dinero para todos. Y menos dinero para los ricos: redistribución. Pero, tal como lo veía Alan, querían más dinero y más trabajo para que la impotente y mal iluminada monotonía que lo impregnaba todo pudiera mantenerse como siempre. A *da* le encantaba todo eso, se abría paso entre las mesas, estrechando manos y charlando con conocidos de los astilleros Swan Hunter y la fábrica Parsons. Después se iba a casa y se

encerraba feliz en el dormitorio a escribir un poema con rima —ripios de Tyneside— sobre su «día en Newcastle»... (Al jubilarse se convirtió en una especie de «poeta».) Pero el pequeño Alan no sabía qué hacer, así que, con las manos en los bolsillos de sus pantalones cortos grises, estudiaba los carteles: «El “Ascot” de las carreras de galgos: todos los miércoles y viernes por la tarde». Y, junto a él: «El próximo sábado —partido especial— Newcastle United contra Sunderland AFC». El pequeño Alan miraba a su alrededor y ya desde entonces sabía que, fuera cual fuera la lealtad hacia sus padres, este no sería su mundo, no del todo. Tenía que escapar, tenía que dejar eso atrás. En 1979 no había votado a Thatcher, pero la apoyó durante la huelga de mineros, a pesar de las virulentas discusiones que tuvo con Vanessa y Helen. Por una sencilla razón: porque Arthur Scargill, en su calidad de jefe del sindicato de mineros, decía que luchaba por el derecho de su hijo y su nieto a continuar bajando al pozo a martillar en las vetas de carbón. ¿Quién podía querer que su propio hijo bajara al pozo simplemente porque *él* había bajado? ¿Por qué era un derecho? Era una forma horrible, sucia y venenosa de ganarse un sueldo decente, y si se podía extraer el mismo carbón en minas a cielo abierto, sin despachar a los hombres en jaulas como si fueran canarios humanos, pues eso era el progreso, aunque doscientos hombres se quedaran de repente sin trabajo. En el norte, pensaba Alan mientras caminaba por Broadway de vuelta al Hotel Alexandria, había ciertos tipos de hombre que anhelaban una historia de tipo bíblico, una reproducción eterna de «vástagos» idénticos encadenados: Dennis había engendrado a William, que había engendrado a George, que había engendrado a Colin, que había engendrado a Arthur, que había engendrado a Fred, y todos ellos hacían exactamente lo mismo que su antecesor, pálido como un sudario. Pero Alan estaba orgulloso de que su abuelo hubiera sido minero, en tanto que su padre había ascendido —sí, había *ascendido* desde el puto suelo— hasta ingeniero naval y después propietario de una gran tienda de Durham, y de que él mismo hubiera ascendido hasta agente inmobiliario y conductor de un enorme Audi. David había engendrado a George, George había engendrado a Alan, y Alan había engendrado a Helen y a Vanessa. Así se sucedían las generaciones, porque sin duda algo se había generado. Crecimiento, en una palabra.

18

Cuando llegaron para comer a la casa de tablillas grises de lo alto de la colina, a Vanessa le brillaban los ojos y parecía inquieta. Josh estaba a punto de llegar, pero el tren de Nueva York venía con retraso. Vanessa se lanzó a poner algo de música, volvió al reproductor de CD para manipular el volumen, sacó a su padre y a su hermana de la cocina para conducirlos al salón, les llevó bebidas —un té para entrar en calor a Alan, un irresponsable gin-tonic para Helen— y dijo dos veces:

—La verdad es que quería que estuviera aquí para recibirlos. Siento que llegue tarde.

Se estaba preparando algo con mucho ajo: el olor, junto con el permanente aroma del tabaco, tan familiar en los dos sentidos de la palabra, le dio a Alan ganas de dormirse en el sofá. Helen se preguntaba si de verdad era Josh el que solía cocinar, tal como había dicho Vanessa presumiendo.

Desobedeció a su hermana y entró en la cocina. Vanessa estaba sentada ante la mesa. Tenía los ojos cerrados y respiraba midiendo las inhalaciones, con los brazos extendidos sobre la mesa, las palmas casi hacia arriba, posando la pesada escayola verde del brazo derecho.

—Es un ejercicio de relajación. Lo he aprendido hace poco.

—¿De un nuevo psicólogo?

—De Internet.

Helen se rió.

—Qué alivio, porque tienes un aspecto inquietantemente parecido a Candace en su cojín zen, y dos así no me caben en la familia. ¿Quieres decir que eso no funciona?

Apuntó a un cartel que decía: «Mantén la calma y sigue filosofando», que, no sabía por qué, la había irritado al verlo el día anterior.

—Para nada —contestó Vanessa—. Esa cosa incita al caos y la demencia. Siempre que le pongo la vista encima quiero lanzarme sobre él. Pero me lo regaló un colega. Así que...

—Hablando de calma, creo que papá está tan tierno ahora que lo estamos cuidando las dos que se ha acomodado en el sofá para echarse una larga siestecita.

Vanessa se levantó, caminó hacia los fuegos y echó un vistazo a una cazuela. Helen le dio un repaso, crítico (como siempre, iba encorvada) y después impotente, y toda su infancia común pareció atormentarla con su presencia; lo vio todo a la vez: esos largos días de verano en Northumberland, cuando no había nada que hacer salvo pasear con su hermana y los perros por el monte y el bosque; las primeras horas de la tarde tumbadas juntas en la cama intentando decir más de tres palabras en «la lengua de los eructos» o sentadas delante del televisor para ver *Blue Peter* y escribiendo ansiosas «Londres W12 8QT» en un papel. La discusión sobre el collar de la abuela

y todas las novedades musicales que las dos compartían (Van utilizaba a Helen para informarse sobre bandas y discos); mamá y papá peleándose; las ovejas en las altas colinas cercanas a la antigua casa; la leche chorreando ruidosamente de la cuchara de Vanessa cuando tomaba cereales en el desayuno, y la vez que Vanessa llamó «puta» a Helen. Lo veía todo, también cuando iba por detrás de su hermana y la abrazaba, algo que a Van nunca le había gustado; y al ver todo eso, como concentrándose en la lente que formaba una única gota de agua, le dieron ganas de llorar y tuvo que hacer un gran esfuerzo por controlarse. ¡Qué tontería! ¡Qué tontería tan grande!

Para contribuir a su propio rescate preguntó:

—¿Cómo ves a papá? ¿Cómo lo ves tú?

—Me alegro mucho de que haya venido —contestó con amabilidad, algo que irritó de diversas maneras a Helen. Después de un silencio—: Supongo que está como siempre.

—¿Y eso cómo es?

—Generoso, contenido, un tanto distante.

—No tanto como tú crees. ¿Por qué te crees que está aquí si es tan distante?

—Es la única forma que tiene de pasar cuatro días enteros contigo —dijo Vanessa, quizá en serio.

—Esto no es un concurso, ¿no? Bueno, a no ser que tú quieras que lo sea.

Vanessa no dijo nada y siguió de espaldas a Helen. Estaba jugueteando con la llama de un quemador. En esa espalda vuelta, en ese muro macizo, silencioso, tozudo, adusto, había algo que enfurecía a Helen. Saltó de la silla y agarró a su hermana.

—¡Por favor, por favor, no empecemos con esto! No mientras estemos juntos.

Le costaba no hablar a gritos.

—¿Empezar el qué? Era una broma —dijo Vanessa—. En cualquier caso, puedes hablar —añadió, apartándose de Helen—. Lo que yo pudiera «empezar» lo iniciaron otros hace mucho tiempo.

Helen evitó seguir hablando: ¿de qué servía nadar en esa agua estancada? Quería salir de allí, quería irse a casa, tumbarse junto a los gemelos en sus adorables camitas... Quizá Vanessa sintiera algo similar, porque parecía un tanto avergonzada, y con razón. Por supuesto, Alan las había oído y estaba agitado, caminado ya por el pasillo. Apareció en el umbral en calcetines, con los puños de la camisa desabrochados: menudo, fuerte, viejo.

—¿Sabéis una cosa? A mí me parece que las dos sois adultas, que hacéis cosas de adultos, pero no entiendo por qué os comportáis como adolescentes. —Se colocó un dedo sobre la boca y después dijo—: Vamos a dejarlo ya. —Intentando sin convencimiento desviar la atención apuntó a un gran cartón de leche que había en la encimera—. ¿Por qué son las cosas tan inmensas en este país? El cruasán de mi desayuno era enorme. Como una serpiente que se hubiera comido una almohada... Y ahí debe de haber más de dos litros de leche.

—Ya estoy bastante acostumbrada. Me gusta —dijo Vanessa—. Con cosas como la leche o el detergente viene bien. Y el hecho de que el cartón sea el doble de grande no reduce la calidad a la mitad, ¿sabes?

—No es cierto. Ese era precisamente el problema del cruasán —dijo Helen con su brusquedad habitual—. El doble de grande, la mitad de bueno. Papá, yo desayuné lo mismo que tú.

—Vale, vale, no vamos a discutir por eso, ¡yo solo quería cambiar de tema! Me he pasado la mañana dando una vuelta. Vives en un pueblo interesante, Van. Muchas cosas grandes: Broadway,

¿se llama así? La calle mayor. Esa antigua sinagoga, edificios elegantes pared con pared con los que se están derrumbando, ese fantástico y antiguo soportal victoriano...

—A veces, lo único que veo en Broadway es a los muertos del siglo XIX, ocupando sus paseos, con los parasoles levantados. En ese sentido, es un lugar un poco triste —dijo Vanessa.

Los dos la miraron para comprobar si estaba bromeando; era evidente que estaba interpretando el papel de melancólica, de depresiva sensible.

—*Veo muertos* —dijo Helen como si le faltara el aliento.

Alan añadió rápidamente:

—Y todas esas extrañas iglesias americanas por todas partes: me gusta la Primera Iglesia Baptista. Uno no querría pertenecer a la Segunda o Tercera Iglesia Baptista, ¿verdad?

—Papá, por favor.

—Bueno, solo quiero decir... Además, el párroco de la Primera Baptista, o como lo llamen, parece que tiene su propia plaza de aparcamiento delante de la iglesia, como el gerente de una empresa. *No aparcarás aquí.*

—¿El cartel decía eso o es otro chiste tuyo? —preguntó Helen.

—Decía eso —aunque en la mirada de Alan se apreciaba un toque de ligereza que parecía estar retando a sus hijas.

—¡Ya está aquí Josh! —proclamó Vanessa, un segundo antes de que la puerta de entrada comenzara a abrirse.

Josh soltó en el suelo la bolsa que llevaba en bandolera, se quitó una prenda de abrigo y caminó con rapidez, casi corriendo, hacia la cocina. Era alto, espigado, de cabeza grande (aunque tenía tanto pelo negro que era difícil estar seguro). Daba la sensación de que era rematadamente más joven que cualquiera de los presentes, en parte por su desgarbada delgadez y por su ropa: deportivas, vaqueros gastados y una camiseta gris en la que se leía: «Tengo un plan secreto». Vanessa tiró de él con el brazo bueno y se inclinó para recibir un beso que se prolongó un segundo más de lo que podía resultar cómodo para los testigos. Se presentaron. Josh era encantador —o por lo menos hacía cierto esfuerzo por serlo— y agradablemente efusivo. Los inundó de preguntas, quería saber qué pensaban de Saratoga, del estado de Nueva York, de la casa, les ofreció más bebidas. Traía regalos para Alan y Helen.

—¿Dónde has encontrado esto? —preguntó Alan maravillado al abrir su regalo: un viejo mapa, de la década de 1930 o 1940, de Northumberland.

—En Nueva York cabe todo —contestó Josh.

Para Helen había encontrado un curioso y manoseado volumen de 1976 —más bien un panfleto o unos pliegos sueltos— con poemas y letras de canciones de Lou Reed. (Van le había dicho la adoración que Helen sentía por él.) Anunció con satisfacción que solo se habían llegado a publicar cuatrocientos ejemplares de ese libro.

Era joven y realmente guapo, pensó Helen. Como los adultos sin hijos, parecía un visitante de un lugar más libre, más irresponsable. Ahora Vanessa tenía una expresión satisfecha, de feliz condenación, como un gato que se ahoga en nata. Helen examinó furtivamente a Josh, intentando aislar lo que lo hacía atractivo. Su nariz era larga y a ella le gustaban las narices largas, como la de su padre. Ojos bonitos, expresivos y tiernos, en unas cuencas extrañamente hundidas. Interesantes ojos oscuros, que mostraban cierta seducción *culpable*. Esa es la palabra que le vino a la cabeza. Mientras Josh hablaba, observó que tenía frenillo, que no pronunciaba adecuadamente

la «r» y la «s», como si la lengua no le cupiera del todo en la boca: un pájaro demasiado grande para el nido, un adolescente cuyos pies ya no le caben en los calcetines. En eso parecía casi inglés: los ingleses parecían especialistas en ese tipo de anomalías, en tanto que los estadounidenses, según ella, no solían tener frenillo. Y como eso lo asimilaba a los ingleses, el defecto quedaba neutralizado y lo hacía todavía más atractivo...

Durante la comida, todos salvo Josh tomaron vino; él no dejó de beber café a grandes tragos en una taza alta de Skidmore College, lo cual sorprendió a Alan. Hablaron un poco sobre Saratoga, aunque ahora los Querry estaban dispuestos a dejar el tema al que solo se habían lanzado para evitar otros. Josh, sin saber que el asunto se había agotado el día anterior, asumió el mando. Alan pensó que hablaba un poquito alto. ¿Sabían que el pueblo aparecía en *Diamantes para la eternidad* de James Bond? Alan sí. ¿Conocían la historia de Solomon Northup, el liberto afroamericano que tocaba el violín en diversos hoteles de la zona, pero que fue secuestrado en plena calle, engatusado para conducirlo a la esclavitud y que después pasó doce años cautivo en Luisiana? Helen sí la conocía; Alan, durante su paseo matutino, había visto en Broadway una placa que recordaba esa horrible historia.

—¿Y sabíais que en Saratoga se produjo una famosa derrota de los británicos? —preguntó Josh juguetón, pero dirigiendo por alguna razón la pregunta solo a Alan—. Se podría decir que al general John Burgoyne y a las tropas británicas los zurraron de lo lindo en septiembre de 1777. La guerra de independencia dio un vuelco.

—En el colegio me dijeron algo así, hace mucho tiempo. Eso es lo que debe de explicar que haya tantas banderitas americanas por toda vuestra calle principal.

—Claro que sí. ¡Aúpa, americanos! Es ridículo, ¿verdad? La educación ciudadana como un interminable acontecimiento deportivo y a cualquiera que discrepe de los atolondrados vítores, fuera del estadio a patadas. Mucho peor después del 11 de septiembre... Un escritor que me gusta cuenta un chiste estupendo: si en Estados Unidos llegara a haber un dictador, su apodo no sería Gran Hermano ni Líder Supremo, sería «Entrenador».

—Josh no puede odiar más a George W. Bush —añadió Vanessa, con una veneración que sorprendió ligeramente a Helen y a Alan.

—Espero que igual que tú —le dijo Helen a su hermana.

—Por supuesto, claro que sí —contestó ella distraída—. Ahora, a comer.

—Lo que me resulta difícil de comprender —dijo Alan— es que ese pijo de buena familia llegara a engatusar a los americanos corrientes para hacerles creer que es uno de ellos: un hombre del pueblo. No me gusta el clasismo británico, pero tiene algunas utilidades: nosotros nos habríamos dado cuenta de que nos mentían. Su acento de pega lo habría delatado. Habría sido como si el príncipe Carlos hubiera tratado de fingir el acento de un obrero de Londres.

—Pero si uno se para a pensarlo —dijo Josh rápidamente, casi de pasada, como si realmente hubiera necesitado poquísimo tiempo para pensar en el comentario de Alan—, sí que es un hombre del pueblo. Es muy parecido porque comparte su estupidez y su ignorancia. La población lo ve... se reconoce en él.

—Pero ¿es que hay algún político inteligente en Estados Unidos? —preguntó Alan.

Josh decidió no recoger el guante y se limitó a lanzarle una mirada neutra, comprensiva.

—Bueno, ¿qué te parece el senador Obama? No se me ocurre ningún político británico mejor que él —dijo Vanessa.

—Y a mí me encantaría que fuera nuestro próximo presidente —añadió Josh.

El senador de Illinois acababa de anunciar su candidatura.

—Va a tener que arreglar muchas cosas —apuntó Vanessa.

Helen sugirió que su padre era bastante patriótico, pero con moderación.

—No es cierto. Yo no creo en el patriotismo, más bien lo contrario. De niño tuve un profesor de historia que nos convenció de que el patriotismo y el nacionalismo estaban detrás de gran parte de los males históricos. ¡No era muy difícil convencerse! Nos metió en la cabeza esa frase de Samuel Johnson de que el pa...

—El patriotismo es el último refugio del granuja —apostilló Josh.

—Vaya, tú también la conoces —dijo Alan.

—¿Ese era el mismo profesor de «Inglaterra está hecha un desastre?» —preguntó Vanessa zalamera.

—El señor Watson. «El Roña»... lo llamábamos. —Alan se giró levemente hacia Josh, que se había acabado su plato mucho antes que los demás—. Un día entró en clase, arrojó sobre la mesa el contenido de su escritorio y después volcó la papelera sobre la mesa. A continuación, se quedó detrás de ese enorme montón de cosas y, en tono declamatorio (era muy teatral), dijo: «En 1387, ¡Inglaterra estaba hecha un desastre!». Nunca lo he olvidado, ¿cómo lo iba a olvidar?

—¿1387? ¿1487? ¿O quizá fuera 1660? —preguntó Helen maliciosa.

—Bueno, esa es la parte que he olvidado. Mira, yo siempre digo 1387, pero la verdad es que no recuerdo la fecha exacta.

—¿Cuándo fue eso? ¿Durante la guerra? —preguntó Josh.

—Inmediatamente después. En 1947 o 1948.

—Así que en realidad hablaba del Reino Unido de la posguerra. Ese es el «desastre» al que se refería.

—Sí, supongo que sí.

Alan estaba callado; bajó la vista, jugueteó con el reloj.

A Josh no se le escapaba que podía estar irritando a Alan. Le habían dicho con frecuencia, sobre todo mujeres, pero no solo, empezando por su madre, que la impaciente agudeza que mostraba al conversar fomentaba el alejamiento de los demás, que podían confundir sus rápidos pases con un deporte de competición. Había que intentar demostrar que estabas en el mismo equipo que ellos, no en el contrario. Eso era lo fundamental. Ser un poco más delicado, más lento, escuchar más. Josh lo interpretó así: aunque puedas ver los tres movimientos siguientes, actúa como si no los vieras: es el aceite de falsedad que engrasa la maquinaria social. Una de las cosas que le encantaba de Vanessa es que no intentaba modificar su comportamiento; de hecho, su agudeza estaba al mismo nivel que la suya (el estilo era diferente, más calmado, más interno, pero implacable cuando era necesario).

—Debió de ser difícil criarse durante la guerra, y después también —dijo Josh.

Helen veía que, para atenuar el frenillo, a veces movía de manera extraña la mandíbula inferior, como alguien que sacude una llave en una cerradura que está dura pero que sabe que abrirá.

¿Había sido difícil? Entonces era muy pequeño, Alan recordaba muy poco.

—Tuve una infancia feliz. Creo que mis padres me protegieron de muchas cosas. Ahora los niños lo pasan peor. No me gustaría tener veinte años en el mundo actual. Después de la guerra

había verdaderas posibilidades, aunque la economía estuviera patas arriba y el racionamiento pareciera eterno. Por lo menos *teníamos* la sensación de que había posibilidades. En realidad, a finales de la década de 1950 fue cuando comencé a trabajar. Y en esa época todo se estaba abriendo. Para empezar, había un Servicio Nacional de Salud y un estado de bienestar. Esa fue una gran novedad de mi infancia... De repente, la gente se podía arreglar la boca. Cuando era niño, no era extraño ver a los chicos con los abrigos de sus hermanas mayores, un día después de que ellas se los hubieran puesto. Todo se estaba expandiendo aún. ¡Y todavía fabricábamos cosas! ¿Sabes quién era el principal exportador de coches en 1950? Gran Bretaña. Ahora todos los fabricantes de automóviles británicos son de extranjeros.

—Pero ahora vivimos en una economía global distinta —dijo Josh—. ¿Verdad? Hay más innovación que reproducción. El fordismo, producir en serie millones de Ford T idénticos, ha dado paso a la ley de Moore.

Alan quería responder, pero no sabía qué era esa «ley de Moore» que había mencionado Josh. ¿Podía ser que esa fuera la manera que tenía el muchacho de intentar ser simpático?

—En la década de 1970 teníamos un Jensen Interceptor —dijo Helen quitándole importancia—. Oye, te veo en la cara que no sabes de qué estoy hablando —añadió girándose hacia Josh—. Era el deportivo británico más bonito que había.

—Se estropeaba mucho —añadió a su vez Alan—. Sir Matt Busby tenía uno y *lord Carrington*.

—Y John Bonham —dijo Helen.

—Y entonces Helen lo echó todo a perder bautizando su primera banda con el nombre de «Jensen y los Interceptors». Después ya no me pude tomar muy en serio ese precioso deportivo —dijo Vanessa, con una sonrisa un tanto descontrolada.

—Tampoco es que yo me tomara la banda muy en serio. ¿Te acuerdas de Julian Vereker? ¿El batería objetor?

—Sí me acuerdo.

Helen estaba empezando a relajarse. Quizá todos pudieran llevarse bien. Josh podía ser un poco intenso y ella no estaba segura de qué pensaba su padre de él. Pero si seguía atenta, quizá pudiera mantenerlos a todos contentos. Eso era lo que intentaba hacer todo el rato en el trabajo —la Puñetera Universidad de la Vida—, que ni el blando de Josh ni la afortunada Vanessa habían tenido realmente que pisar. De todas maneras, el problema no era Josh. Era Vanessa, que estaba desatada, que era un hándicap; cómo se había puesto cuando intentó hablar con ella de papá: masticó el intento y se lo escupió a la cara. Helen estaba disfrutando de cierta resentida superioridad moral cuando Vanessa, al recoger los platos de la mesa con una sola mano, sufrió un leve tropiezo y tiró un pequeño cuenco verde grisáceo. Impactó en el plato de Josh y un trozo minúsculo de su delicado borde fue a parar al regazo de Helen.

—Lo tengo —dijo, y con los dedos rodeó cuidadosamente sus bordes resecos y nuevos.

Vanessa se quedó en el sitio, lamentándose:

—¡Mi cuenco favorito! ¡El *único* que me gustaba!

Josh dijo que se podría arreglar fácilmente; Alan añadió que la grieta ni siquiera se vería. Helen, frotando los dedos contra el fragmento terroso, más bien disfrutaba con esa trivial tortura.

—No lo entendéis. No es el cuenco. Por supuesto que puedo conseguir otro del alfarero que lo hizo, que vive aquí al lado. Es la idea: al final, te acaban quitando todo lo que más quieres.

—Entonces, es muy importante aprender esa lección —dijo Helen sin emoción.

—A la mierda, dejadme en paz —contestó Vanessa.

—Bueno, pues yo me voy a dar un paseíto —dijo Alan, que agarró su abrigo y su gorro de lana y se dirigió a la puerta casi corriendo.

19

Ojalá siguiera siendo fumador. Estaba expulsando toneladas de vapor, pero el acto no era tan satisfactorio como exhalar humo de tabaco. Hacía mucho frío, el aire estaba enrarecido, acallado; a la luz de media tarde, todo tenía una atmósfera de concienzuda preparación para la noche larga y glacial que se avecinaba. Alan comprobó por primera vez que Vanessa tenía una buena vista: campos y, en la menguante penumbra del horizonte, una familia de montañas, azuladas o azuladorosáceas a la luz del crepúsculo. Atraían, como todas las montañas: ¿cómo no ibas a querer acercarte a ellas? Se alzaban como la aspiración misma. Él era norteno, por supuesto que le encantaban las montañas. En una ocasión había rellenado un cuestionario laboral cuya última petición era: «Indique su viaje favorito». Y su respuesta fue: «Conducir hacia el norte». Al principio le había divertido que Cathy, ante la misma cuestión, hubiera respondido: «Tomar un tren hacia el sur». Tenía que preguntarle a Van cómo se llamaban esas montañas... Cuando se conocieron, Cathy y él tenían veintidós años y se casaron un año después. Alan estaba ingenua y vulnerablemente encandilado. Nunca volvías a querer igual. Cathy era alta —daba reparo, era incluso un poquito más alta que él—, «de clase media» y se hacía esa cosa en el pelo, una larga trenza francesa que él nunca había visto hacerse a ninguna otra mujer.

Por detrás de él se abrió la puerta y escuchó cómo alguien bajaba con cuidado las escaleras y después el insoportable y seco crujido de los pasos sobre la nieve compacta.

—No has ido muy lejos —dijo Vanessa.

—Joder, hace demasiado frío.

Sin embargo, se iban alejando de la casa. A Alan le inquietaba que ahora tuvieran que tener *la conversación* y se alegró de que el intenso frío impusiera un breve diálogo.

—Ya sabes que todo eso del cuenco era casi todo de broma. Aunque pareciera lo contrario.

—Vamos, Van, ¿me vas a decir ahora que Helen también bromeaba cuando te pinchó hasta que la increpaste?

—No, creo que lamentablemente *no* bromeaba.

—Mira, yo soy muy simple, en comparación contigo y con Helen. —Se había pasado la vida junto a mujeres melancólicas y muy complicadas, empezando por su depresiva abuela: aunque, evidentemente, esto no era algo que pudiera decir en alto—. A veces me harto de intentar ser el único miembro de esta familia que nunca es «infeliz». Quizá no dé la impresión de que me cuesta, lo atribuí a mi temperamento *boyante*: «Es papá, él es así, casi siempre le sale estar alegre y optimista». Pero yo no estoy *boyante* como un barco, sin esfuerzo. Estoy *boyante* como un ser humano. No puedo dejar de trabajármelo o me hundo en el agua.

—Lo siento, no tenías por qué venir aquí para mantenerme *a mí* a flote.

—Yo no he venido a eso. No quería decir eso. Me alegro de haber venido, nunca había visto dónde vives.

—¿Y qué te parece?

—¿Josh?

Vanessa se rió orgullosa.

—No me refería *solo* a Josh. Pero claro, empieza por él.

Alan se quedó pensando. Tenía la sensación de que Josh lo había contemplado un poquito, que lo había tratado como al vejestorio de una generación superada, con guante blanco por mor de su posición.

—Háblame de él.

—Papá, ¡te va a encantar! Sí, es concienzudo e intenso y quizá un poco competitivo. Antagonismo estilo judío. Le gusta exhibirse. Como un machito, como un pavo real. Su padre es abogado en Chicago y su madre psiquiatra. Tiene dos hermanos menores. Hasta donde yo sé, su vida familiar era como un juicio ininterrumpido: argumentos de la defensa, argumentos de la fiscalía, condenas nocturnas a la hora de cenar. Los tres hermanos tenían que hablar durante diez minutos sobre un tema elegido al azar, con fluidez, sin perder ímpetu. Ese era el juego de la familia. Supongo que eso genera cierto tipo de joven. Pero no solo es superinteligente. Es la persona más moral, bondadosa y más fundamentalmente íntegra que puedas conocer.

Le encantaba que le llamara «papá». Era un puro bálsamo. Descontó todos los superlativos, iban unidos al terreno amoroso. Pero ¡con cuánto respeto hablaba de la afectada familia de Josh! «Ese era el juego de la familia.» Los Querry no podían competir con eso. ¿Cuál era el juego de su familia? ¿Monopoly y cabreo? ¿Scrabble y peleas? ¿Ver en la tele el *Generation Game* de Bruce Forsyth los sábados por la noche? Alan iba para abogado y comenzó la carrera, pero el mundo real era demasiado atractivo.

—Desde luego es un muchacho muy guapo. Pero acabo de conocerlo. Tú le tienes mucho cariño, es evidente.

—Sí, papá, le tengo *muchísimo* cariño.

—Oye, mejor no alejarse mucho de la casa, que luego tenemos que volver. Por cierto, esas montañas que se ven desde la casa, allá a lo lejos, con ese magnífico tono rosado que tenían hace unos minutos. ¿Se llaman de alguna manera?

—Por supuesto, son los Adirondacks.

—Ah, como el tren.

—Como las montañas.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Eso da un poco de miedo. —De niña, cuando los adultos comenzaban un interrogatorio con «Tenemos que arreglar una cosa» siempre se inquietaba. Saltaba a la vista: algo se había roto.

—¿Josh y tú vivís juntos? Sé que puede sonar extraño. Pero es que... no se ven sus cosas ni su gusto en ningún sitio. Todo habla de *ti*: tus libros, tu música, tus cuadros, tus pósteres. —Por eso a él le gustaba tanto.

—Bueno, ¿y cómo vas a saber cuáles son mis cuadros y mis libros? ¿Los vas a comparar con tu última visita? Siento ponerme cortante, papá, pero ¿por qué estás haciendo de detective?

No contestó que «porque me llamaron para hacer averiguaciones».

—Tienes toda la razón, tendría que haber venido hace años... Pero me gusta que siempre seas

tú la que vuelva conmigo en verano, a Northumberland. La casa vuelve a llenarse de nuevo... Mira, supongo que me desconcertó que él no estuviera aquí ayer cuando llegamos. Y después tu casa, lo digo en el buen sentido, tiene un aire absolutamente tuyo.

—Es una pregunta razonable, siento habérmela tomado por donde no era... Josh deja una huella limitada. No le gusta acumular cosas. Así que, es verdad, la casa es mayormente *mía*, aunque no sé qué significa eso, si en realidad yo solo la alquilo. Además, por su trabajo, él viaja mucho. Ya me entiendes. A nosotros nos gusta así.

Esa pedantería de la «huella limitada». ¿Por qué tenía que viajar tanto Josh por su «trabajo»? Gran parte de su actividad la podía realizar sentado ante un escritorio en bata, con una mano en el obediente portátil y la otra en su minga casi levantada.

—Pues muy bien —dijo Alan.

—Sí, muy bien.

Desesperado ante lo mal que estaba manejando la situación y dejándose arrastrar un poco por el deseo de ponerse serio, añadió:

—Josh y Helen estaban preocupados por ti, pero parece que no hay muchos motivos para preocuparse. Según tú. —Intentaba no tirar, con el cuerpo rígido por el esfuerzo.

—Por supuesto que Josh ha estado inquieto, es muy sensible. Yo no he estado durmiendo muy bien, y cuando no duermes, cuando estás despierta toda la noche, te asaltan toda clase de «malos pensamientos». Los viejos demonios... —suspiró—. Yo... lo que pasa es que me acuesto con una melodía en el cerebro y, en lugar de serenarme, la música me martillea una y otra vez en la cabeza, como un bucle sin fin, y se convierte en una especie de tortura, como la que están utilizando los estadounidenses en Guantánamo, aunque ellos utilizan a Britney Spears, a Metallica o no sé qué más, mientras que lo mío es algo de Schubert o un *riff* de Bill Evans. Es tremendamente desagradable, no te puedo decir más: la verdad es que es horrible. Pero las cosas van un poco mejor desde las Navidades. Bueno, desde que me rompí el brazo, en realidad.

—Y cuando estás cansado no puedes funcionar adecuadamente y la falta de sueño conduce a la depresión. Todo el mundo lo sabe. —Quería ser útil, sobre todo práctico. La comparación con Guantánamo le parecía melodramática.

—Si nunca has tenido realmente insomnio, ¡no tienes ni idea! Me rompí el brazo porque apenas podía caminar derecha, de cansada que estaba. Me resbalé en unas escaleras que he bajado y subido durante tres años. Pero lo raro es que dos semanas antes de romperme el brazo me dejé de funcionar como es debido, como si mi cuerpo casi *supiera* que me lo iba a romper.

—¿Dejó de funcionar?

—Tenía dolores horribles desde el codo a la muñeca, y sentía el brazo tan pesado que apenas podía levantarlo.

—Mira, en realidad sí que he tenido algunos períodos de insomnio, y al final descubrí, después de mucho buscar y de probar con diversas técnicas, que hay una cosa que sí ayuda. La almohada adecuada: una buena, dura e hipoalergénica. La mía es de Laura Ashley, no sé si esa marca se puede conseguir en Estados Unidos. —Sabía que se estaba aferrando a una distracción, pero no sabía cómo seguir.

Se escuchó un ruido muy lejano, una sacudida irregular, la aplastante pisada de un enorme motor diésel, después comenzó a aumentar el ruido y de repente explotó como si fuera agua, como si junto a ellos, muy cerca, pasara un río profundo, un río caudaloso que anegara un valle,

trillando, pulverizando.

—¿Dónde es *eso*? —preguntó él con placer.

—Ahí abajo, en el valle. A menos de quinientos metros de aquí. Por cierto, no es un tren de pasajeros, es de carga. Desde ahora y hasta mañana solo pasan mercancías. Hay un tren larguísimo maravilloso que suelo escuchar a eso de las tres de la mañana.

—Espero que toque el silbato —dijo él, como un niño—. Me encanta ese silbato.

Vanessa le sonrió, con una sonrisa de desamparado afecto, que él no pudo ver en la oscuridad. Y el maquinista sí que tocó el silbato, esa gran bocina americana: iba gimiendo por el valle, a un tiempo lastimera y jubilosa. La armónica, el claxon, las notas apretadas de nuevo...

Cuando se iban acercando a la casa, el crujido de los pasos de dos oscuras figuras de adultos, acompañadas por un perro descontrolado y jadeante, avanzó hacia ellos. Las formas se fueron perfilando lentamente: el hombre era orondo, la mujer, delgada; los dos iban envueltos en capas de espeso y brillante nailon, que a Alan en ese momento le parecieron chubasqueros hinchados. Parecía que Vanessa los conocía. Se detuvo, saludó y presentó a su padre. Se intercambiaron palabras corteses; Alan explicó que estaba haciendo una visita de menos de una semana. «¿Una semana? Quédese más, por favor», dijo el hombre, que parecía excesivamente interesado en los pormenores de la visita de Alan. Tanto el hombre como la mujer hablaban con amabilidad y suavidad, pero también mostraban el tono ligeramente condescendiente, comprensivo, de psicólogos, enfermeros y médicos. El perro, sujeto con la correa, resolló y dio un salto.

—¡Cuidate ese brazo, Vanessa! ¡Y que Dios te bendiga! —dijo la mujer mientras reanudaban el paso.

Eran unos vecinos de al lado y su apellido era Dent. Jerry trabajaba en algo de ordenadores.

—Son cristianos evangélicos —dijo Vanessa.

—Por eso el «Dios te bendiga».

—Son bastante integristas, acuden a una iglesia carismática muy animada, es decir, muy loca. Pero no está mal, para como son esos sitios, yo he... Bueno, es muy conocida, tiene un cartel luminoso fuera que dice: «El pan de la vida: recién hecho todos los domingos». Es famosa.

—Qué barbaridad. ¿Aquí cerca?

—En Malta.

—¿Malta?

—Ay, los nombres ya no me sorprenden. Malta está un poco más allá. Es un pueblo cercano.

—Como Troy.

—Exactamente.

20

Cuando volvieron a casa, Josh se estaba riendo y enseñándole algo a Helen en el portátil. Estiró el brazo, acercó a Vanessa —que todavía tenía puesto el abrigo y el gorrito de lana— y la estrechó contra él, de manera que los tres aparecían juntos, mirando lo que fuera que miraran. Alan no se movió del sitio. No es que fuera hostil a la tecnología. Lo que le desagradaba era la primacía de la *pantalla*, la ubicuidad de esos taimados iconos, los santos fluorescentes que, como vigilantes luminosos, te observaban desde cualquier pared. La pantalla había sustituido a la ventana. La abolición de la privacidad se conjugaba con su reforzamiento: todos mimaban la relacioncita con su aparatito. La afirmación no era suya, sino de Vanessa, y la cita no era del todo literal: ella había escrito que «la tecnología puede acabar con la abolición de la privacidad, al tiempo que promete la privatización de la privacidad», una frase que al principio él no había entendido, que le tuvieron que explicar, y que después, por supuesto, consideró absolutamente genial. (Sobre el congreso escribieron en el *Boston Globe*, en una reseña que citaba esa gran afirmación de Van. De repente comprendió que ese debía de ser el congreso en el que Vanessa y Josh se habían conocido.)

Alan se quedó mirando a los tres: unos niños, en realidad. Lo primero que tenía que hacer era acercarse a Helen y a Vanessa después del absurdo rifirrafe por el cuenco, pero le daba vergüenza hacerlo delante de Josh. De todas maneras, parecía que las hermanas habían hecho un poco las paces.

—Hemos conocido a los vecinos —decidió decir—. Van a una iglesia de Malta. —A nadie pareció importarle ni sorprenderle, seguían mirando la pantalla, así que añadió—: Más vale acudir a una iglesia maltesa que a la *Segunda* Iglesia Baptista del pueblo.

—Oye, esa gracia ya la has hecho antes —dijo Helen sin levantar la vista—. Descalificado.

—Y nadie la apreció lo suficiente —dijo Alan—. Así que la vuelvo a repetir.

—En realidad, la Segunda Iglesia Baptista de Houston es la segunda más numerosa de Estados Unidos —aclaró Josh—. Es raro, ¿verdad? Es gigantesca.

—¿Cómo sabe este chico estas cosas? —preguntó Alan.

—Vanessa ha ido a esa iglesia de Malta —dijo Josh.

A Van se le notó un tanto incómoda, y Alan pensó que, al margen de cuáles fueran las intenciones de Josh, era un poco cruel ponerla en evidencia de esa manera. Él debía *resistirse* a la tentación de acudir en auxilio de su hija mayor. Podía cuidarse sola. Intentaría actuar como había dicho ese papa, el progresista de la década de 1960: obsérvalo todo, corrige un poco.

Vanessa explicó, con voz suave, que, como vecina y «como filósofa, si eso no es demasiado pedante», tenía curiosidad por saber a qué clase de iglesia iban los Dent, y por «ver lo

enloquecida y como de ciencia-ficción que era». La congregación le pareció muy amable, sorprendentemente progresista, el sermón bastante inteligente y no solo vio a uno, sino a dos de sus alumnos de Skidmore. «Es importante no tener prejuicios», añadió.

—No te irás de repente a volver religiosa, ¿verdad? —preguntó Helen. Envolvió la palabra «religiosa» en varias capas de desdén.

—Bueno, lo religioso no es más que lo que otros consideran sagrado —afirmó Vanessa—. Para ti la música es una especie de religión.

—Supongo que tienes razón —dijo Helen, y minimizó lo que parecía una cesión chapoteando en el bolso en busca de la BlackBerry, que después sacó y miró frunciendo el ceño. Quizá estuviera pensando qué decir: cerró los ojos y extendió su largo cuello. Por alguna razón que no podía explicar del todo, Alan pensó que tenía pinta de madre—. En realidad, puede que abandone *mi* iglesia actual —dijo Helen—. Adiós, Sony.

—Vaya, eso sí que es una noticia —dijo Vanessa, mirando con ingenuidad a Alan.

Según explicó, después de varios éxitos, irse de Sony era lo que tenía que hacer en este momento de su carrera: no quería viajar tanto. Si se marchaba ahora, todavía tendría tiempo para labrarse otra carrera en el mismo sector. La verdad es que la vida en una gran empresa no le iba, dijo, con una mueca poco convincente.

En ese momento, Vanessa veía a Helen como siempre la había visto desde que eran adolescentes: intimidante, con aplomo, solo cercana cuando se la presionaba. Incluso ahora, siendo madre, llevaba consigo el glamur de su historial erótico, tan agitado y extenso, y tan distinto —¡hasta que llegó Josh!— de los deslucidos e intermitentes experimentos de Vanessa. Todos esos rumores que decían que Helen se había insinuado a productores, guitarristas, cantantes famosos. El tío de pelo negro de Crash Test Dummies... Josh había equilibrado la balanza, gracias a Dios. Helen ostentaba la notable autoridad de la otredad, que el padre de ambas tenía en abundancia. La «autoridad de la otredad» era la expresión que acababa de formularse en su cabeza al mirar lo teatral que se ponía su hermana para demostrar su autoridad. Al igual que papá, Helen tenía la capacidad de abstraerse del mundo, de las distracciones y los embrollos, y de *fundirse* absolutamente con el trabajo que hacía, de entregarse por completo a esa labor, sin importarle nada más. De autoridad paterna tradicional, Alan tenía poca. No solía perder los papeles, no era irracional ni físicamente imponente. *Nunca* amedrentaba. Su autoridad emanaba de su capacidad para apartarse de ellas y de ser otra persona, alguien que no era padre. Era el poder de desterrar, de dictar una mayestática anulación, de reprobar: una facultad del rey, en este caso, y de la reina, en el caso de Helen. En su trabajo, ambos demostraban que podían hacer algo, solo una cosa, y hacerla a la perfección, y ella tenía la sensación de que esta singular destreza constituía un oprobio para su propia falta de éxito mundano. ¿Acaso carecía de constancia, de ambición, de pura y simple energía? ¿Había tenido alguna vez verdadera energía filosófica? Quizá brevemente, mientras escribía su tesis. Quizá entonces, durante unos dos años, en Princeton, solo le preocupara la filosofía, quizá en esos dos años fuera una especie de atleta del pensamiento, con carácter, resuelta, en posesión de gran resistencia física y mental. *La pureza de corazón es querer una sola cosa*, nunca había leído ese libro de Kierkegaard (si habías leído un libro de Kierkegaard, los habías leído todos, y ya tuvo suficiente con *La enfermedad mortal*), pero el título se mofaba de ella desde los estantes. Ella no solo quería una cosa. No tenía pureza de corazón. Ahora mismo no había nada que deseara intensamente, salvo continuar poseyendo a Josh. En cualquier caso, la filosofía no era —no podía ser nunca— *una sola cosa*. Ni tampoco la

música o la creación de una empresa. Entonces, ¿cuál era esa *otredad* que ambos tenían? ¿Acaso no era más que la capacidad de desear un triunfo único y arrasador, en lugar de conformarse con varias cesiones cotidianas, las mismas que formaban la vida tal como ella la entendía?

Vanessa se levantó para ir a preparar café. Recordaba una aburrida tarde que había pasado en la oficina de su padre. Era demasiado pequeña para comprender lo que ocurría, pero le impresionó lo absolutamente transformado que estaba Alan en el trabajo: era como si se hubiera puesto una capa mágica. Hablaba un idioma casi extranjero, un sistema cerrado, coherente, y lo hablaba con enérgica fluidez. Esperaba que un subalterno entretuviera a su hija de nueve años; en dos ocasiones levantó la vista del escritorio y la miró, como si no estuviera allí: sin frialdad, pero con una eficiente falta de atención. Se imaginó que Helen, tan parecida a su padre en tantas cosas, se comportaba de forma similar cuando estaba en Sony.

Fue Josh el que activó a Helen:

—Cualquiera que sepa sobre tecnología puede ver que quienes dirigen la industria musical se han quedado *mu*y desfasados. ¿No es así? Digamos que, en diez años, ya no habrá tiendas de discos y los CD estarán tan pasados como los discos de 78 rpm.

—Puede que la cosa no vaya tan rápido —dijo Helen, echándose hacia delante al hablar, más interesada, con la BlackBerry olvidada en la mano izquierda—, pero ese es el futuro, es cierto. Básicamente. Se abandonarán los estudios, también la radio, y el foco estará en el ordenador, el teléfono y la pantalla.

—El vídeo sí que mató a la estrella de la radio —dijo Josh con entusiasmo.

—En mi cabeza y en mi coche —cantó Helen, con la mano sobre la boca.

—Es una canción muy conocida, papá —explicó Helen. La mirada todavía le brillaba—. La cuestión es que el estudio ya no es relevante, o no lo será; no será la unidad de potencia, no de la misma manera. Los músicos tendrán más poder.

—Porque, más adelante, es probable que graben, produzcan y vendan todo ellos mismos —añadió Josh—. Serán los dueños de la marca.

—Así es. Y es justo que así sea: durante décadas los estudios se han limitado a fastidiar a sus músicos, imponiéndoles contratos draconianos, y equivocándose con frecuencia en su promoción. Malcolm McLaren con los Sex Pistols. ¿Y qué me dices de Motown?: la mayoría de los músicos no sacaban prácticamente nada de su trabajo. Tuvieron que demandar a Berry Gordy para poder cobrar derechos, pero él sacó un dineral de la discográfica. ¿Sabes por qué apenas se escuchan platillos en las canciones clásicas de Motown?

—No, pero tú me lo vas a decir —contestó Josh sonriendo. De forma bastante insinuante, pensó Alan, de repente inquieto.

—Porque muchas de las grabaciones se hicieron en cuartos de estar y sótanos de casas corrientes de Detroit. Los micrófonos no eran lo suficientemente buenos: de haber habido platillos, no se habría oído otra cosa. La verdad es que yo tengo una idea bastante utópica del asunto. Nunca he sido productora, en la empresa empecé de contable, porque era licenciada en económicas y *supuestamente sabía de dinero*, y me convertí en «ejecutiva», que a saber qué quiere decir. Creo que estamos a punto de llegar a un momento en el que alguien como yo, a quien se solía considerar, en el mejor de los casos, una jefa, y en el peor, una enemiga, podría ser una aliada de nuevos músicos realmente buenos. Quiero liberarlos para que saquen lo mejor de sí. Retomar el modelo de Motown, pero sin explotación. Una revolución.

—Sí que parece una utopía —apuntó Vanessa, que había entrado en el cuarto con la cafetera.

Quería que su voz sonara lo más neutra posible.

—Tiene que ser utópico, porque yo dirigiría una empresa que también funcionaría, al menos al principio, como una fundación filantrópica.

—Pero no podría ser benéfica, tendrás que hacer negocio, ¿no? —preguntó Alan.

—Ah, por cierto, papá quizá participe —anunció Helen exultante.

—¿Ah, sí? —preguntó Vanessa.

Alan se encogió de hombros, abrió las manos en el aire. Durante un segundo, con las dos mirándolo expectantes, se vio con cuarenta años y ellas de niñas, preguntándole solamente si iba a salir a empujar el columpio que había colgado de la enorme haya rojo oscuro. Mamá ya estaba harta de hacerlo. Solamente eso, y sí que podía.

—Sí, quizá lo haga —contestó.

—¿Y *qué* vas a hacer? —preguntó Vanessa.

Alan contestó que no estaba seguro, pero que quizá fuera de utilidad su experiencia en crear desde cero y gestionar una empresa razonablemente rentable.

Por alguna razón, una afirmación que le habría resultado fácil hacer en un contexto conocido, aquí, en esta casa de Saratoga Springs, con otra generación, quizá otras dos generaciones, observándolo, le causó incomodidad. Añadió que tenía algunas reglas empresariales que le habían funcionado bien durante años. Quizá algún día las pusiera en un libro. Josh le preguntó cuáles eran y de nuevo Alan se sintió extrañamente retraído.

—Bueno, ¿sabes cuál es la verdadera razón de que venciéramos a los alemanes en la Segunda Guerra Mundial?

—Un momento, ¿ese plural...? Era solo una *broma* —dijo Josh.

—Porque nuestras líneas de abastecimiento eran mejores que las tuyas. Es innegable. Los británicos eran más eficientes que los hipereficientes alemanes... Y lo mismo se puede decir de la vida civil. Siempre dependes de los proveedores, de principio a fin de la cadena de producción. Organiza bien el abastecimiento, búscate a gente en la que confíes de verdad y tendrás la mitad del trabajo hecho.

—Curioso —dijo Josh, dándose la vuelta.

—En la familia, papá es famoso por sus «reglas» —dijo Vanessa alegremente. Le encantaba estar con su familia. En realidad, no quería más—. Algunas tienen sentido, otras son enormemente misteriosas. ¿Quién quiere café?

—¿En qué sentido misteriosas? —preguntó Alan, haciéndose el ofendido y sonriendo a Vanessa.

—Por ejemplo, esa de que siempre hay que entrar marcha atrás por la rampa de acceso, porque el viaje de ida es más importante que el de vuelta. Yo creo que esa regla se puede considerar prácticamente un elemento *metafísico* del mundo empresarial.

A todos les hizo gracia y Alan se dio cuenta de que era la primera vez que oía a Josh reírse: el muchacho parecía tragar aire al mismo tiempo que lo exhalaba.

—Antes también decías —añadió Helen— que lo único útil que un padre o una madre pueden hacer por sus hijos es darles clases de natación para que no mueran ahogados. —Se hizo un súbito silencio en la sala, así lo sintió Alan, y Helen lo llenó de inmediato—. Y tomabas el pelo a Van, cuando era una vegetariana radical, diciéndole que cuando te comes un pollo asado es muy difícil no pensar que no se creó expresamente para comerlo.

—Bueno, no estoy seguro de que eso sea exactamente una *regla* —dijo Alan.

Vanessa, sirviendo café, añadió algunas más:

—Papá *siempre* daba por hecho que quienes tenían bidé en el cuarto de baño eran de gustos sexuales «rarillos». Y, por mucho que admirara a Nelson Mandela, había que reconocer un hecho lamentable —Van subrayó la palabra «hecho»—: la calidad del vino blanco sudafricano había empeorado desde el fin del *apartheid*. Además, estaba extrañamente orgulloso de no haber tenido nunca hipo.

—¿Nunca ha tenido hipo? —preguntó Josh.

—Que yo sepa, no.

—Es un éxito raro, mola —añadió Josh.

—Sabes, estoy de acuerdo contigo —dijo Alan, sin saber muy bien hasta dónde alcanzaba el sarcasmo de Josh.

21

Alan estaba solo, sentado en el vestíbulo del hotel. Su vaso estaba descomponiendo lentamente la servilleta de papel en la que reposaba. De nuevo, el jazz de Dixieland desfilaba con buen gusto por el aire. Alan se encontraba hundido en un trasnochado sofá de terciopelo rojo. Cerró los ojos. Helen se había ido a acostar; era tardísimo para llamar a Candace: hoy no había hablado con ella. Se sentía incómodo, en cueros, vulnerable. Durante la cena —Helen y él habían cenado juntos en el hotel, para dejar que Van y Josh pudieran estar solos en casa— él había dado opiniones sobre Josh que no tenía intención de revelar. Helen había salido en defensa del joven, su descaro juvenil le había parecido estimulante. Demasiado estimulante... Hoy los había visto a los dos, cómo cantaban esa cancioncilla, como amantes que comparten un cigarrillo; había visto ese destello en los ojos de Helen. Y, como padre, lo ponían en la difícil situación de tener que juzgar, desde la perspectiva posiblemente excitada de Josh, la relativa sensualidad de sus hijas: sí, desde ese punto de vista, estaba claro que ganaba Helen. Tenía un cuerpo y sabía como utilizarlo. Por supuesto, la reacción de Alan solo tenía que ver con un levísimo coqueteo entre dos adultos. Pero lo incomodaba. No por lo que revelaba de Helen —se estaba divirtiendo, era una turista social, había venido para dos días, probablemente no fuera consciente—, sino por lo que revelaba sobre Josh y sobre el cuidado —esa *era* la palabra adecuada— y la atención que dedicaba a Vanessa. Había estado a punto de advertir a Helen de que no debía favorecer demasiado a Josh, pero comprendió que era esencial no decir nada de nada a ninguna de sus hijas sobre ese asunto. Van no había asistido a gran parte del coqueteo; se había ido a la cocina a preparar café y fumarse un cigarrillo en el patio de atrás. Y si se lo mencionaba a Helen, puede que pusiera todavía más atención.

Josh era cariñoso, encantador, guapo. Pero ¿de dónde había sacado el muchacho esa confianza ligeramente cargante? Durante la cena, Helen lo había achacado todo a que era joven y entusiasta. Dijo que era «un poco friki tecnológico». (Aunque también «bastante mono».) Van había dicho: «antagonismo estilo judío». Quizá eso tuviera algo que ver. En ocasiones a Alan le gustaba entregarse a la fantasía de que el Antiguo Testamento no hablaba de los judíos, sino de los británicos. Imaginémoslo solo un segundo: la Biblia entera relata la historia de... ¡los británicos! Imaginémoslo lo bien que nos *sentiríamos*, imaginémoslo las profundas, invisibles reservas de confianza que emanan de la conciencia de saber que la pequeña historia del origen de tu nación es uno de los mitos religiosos fundacionales del mundo... Mucho mejor aún que estar en el mismo grupo que Shakespeare, Newton y Darwin. Quizá fuera eso: antagonismo estilo judío. ¿O quizá antagonismo estilo americano? Hoy había aprendido un par de cosas. Los americanos en realidad pronunciaban *news* como *nooze*.^[5] Y parece que la palabra «adelante», se utiliza, por

ejemplo, como en esta frase: «Entonces, siguiendo adelante, ¿qué debería decir el senador Obama sobre la raza para neutralizar la cuestión durante la campaña electoral?» (Josh pronunciaba «dugante»). ¿Te imaginas a un inglés hablando así?... A mí me parece que en lugar de ir hacia delante van hacia atrás. Una cosa que unía a Josh y a Helen, ahora lo veía claro, era una vena ligeramente utópica: creían que las cosas estaban cambiando o estaban a punto de cambiar, a mejor. Tenían planes y proyectos. Los dos pensaban que había bastantes posibilidades de que el senador Obama llegara a presidente. Mejor para ellos. Van parecía ajena a ese entusiasmo, no solo porque ahora los dos estuvieran cantándose cancioncillas tontas y hablando del futuro de la música, sino porque todo lo que Van realmente apreciaba y respetaba, todo lo que estudiaba y ponía en práctica, estaba anclado en el pasado.

¿Y yo qué? Junto a Josh se sentía viejo, nostálgico y pedagógico. No quería dar lecciones trilladas a alumnos jóvenes. ¿Por qué, justo antes de irse de casa de Van, se había lanzado a esa perorata contra los ordenadores? Josh estaba diciendo no sé qué sobre que la música no tardaría no solo en tocarse, sino en componerse en un ordenador. Irritado por sus certidumbres, Alan dijo algo así como que quizá todo eso fuera cierto, pero que nunca sería posible ponerse delante del ordenador, tararear unas notas de una melodía y pedirle que la identificara.

—Eso no es del todo cierto —contestó Josh—, el reconocimiento de voz ya nos está acercando a eso. Mirad, podríamos hacer la prueba ahora mismo con mi portátil.

E incluso Van parecía comprensiva, ligeramente triste, al intervenir:

—Pero Papá, Josh ha escrito mucho sobre esto: los programas han avanzado una barbaridad.

Parecía que el veredicto, según coincidían esos tres, era que muy pronto podría uno ir al ordenador, canturrear una melodía desfigurada y obtener una identificación: «La quinta de Beethoven, primer compás». Le fastidiaba su propia vulnerabilidad, sobre todo esa expresión comprensiva de Van. Estaba claro que no quería corregir a su viejo en público, pero la historia — más bien el progreso— imponía esa corrección.

Enfrente de él estaba sentada una mujer, en el extremo de la mesa baja de cristal; no sabía cuánto tiempo llevaba allí. No le acababa de mirar de frente, quizá para mitigar lo incómodo de la situación.

—¿Le importa que me sienta aquí? —preguntó—. Ya han puesto las sillas encima de las mesas y acaban de cerrar la barra.

—En absoluto —contestó él demasiado rápido, con el conciliador tono inglés—. De todos modos, no me voy a quedar mucho.

—Vaya, ya he vuelto a cagarla. ¡Qué habré dicho!

La mujer esbozó una sonrisa y Alan comprendió que llevaba unas copas encima y que era probable que le ocurriera a menudo. Calculó que sería unos cinco años más joven que él. La fecha de su tinte negro ya había vencido: un congelado arroyo blanco, el cargo de demora, podría decirse, le recorría la raya del pelo. Parecía un tanto molida, con la desnutrada adiposidad de los bebedores. Pero a su edad prácticamente todo el mundo parecía molido: acababas teniendo cierto aprecio a *cualquiera* que tuviera tu edad, del mismo modo que en su día habías tenido aprecio a cualquier compañero del equipo de fútbol o del regimiento. Si él la veía molida, ¿cómo demonios lo vería ella?

—¿De dónde es usted? —le preguntó.

—De Inglaterra. He venido a visitar a mi hija.

—Sí, ya me parecía a mí, tiene usted un acentazo. Como el de los Beatles.

—Oh, no, ese es de Liverpool, de más al sur... de todas formas, gracias.

—He estado en Inglaterra —dijo ella—. En Londres. También en Cornualles. *Fue un asco...* llovía todo el rato. Espero que no le importe que lo diga...

—Así es. Lluve mucho. Es un asco. ¿Fue hace poco?

Se imaginó que no, que últimamente su vida era beber, dormir la mona y dar tumbos por el pueblo. Le parecía bastante atractiva, en parte porque la tenía enfrente y le hablaba, pero no solo por eso: en su forma de moverse había cierta grandeza, un prestigio venido a menos que lo intrigaba. Le gustaba su deje americano, su voz grave, y sus ojos, que parecían hinchados.

—Fui allí de niña, unas cuantas veces. Dos en barco, una en avión. No, dos en avión... Bueno, da igual. Dos en barco y dos en avión, creo... Aquí no se puede fumar, ¿no? ¿Cree usted que alguien nos lo va a impedir? Ese dictadorcillo del bar sí: se acaba de inventar *una absurda ley estatal* que dice que no puede servir a nadie más de tres copas en una hora.

La mujer estaba levantando la voz y Alan estaba deseando irse a la cama y dejarla a merced de la persuasiva fuerza del dictadorcillo, pero no quería parecer grosero, así que le preguntó por qué había ido con tanta frecuencia a Inglaterra de niña. Ella le contestó que se había criado en Nueva York, rodeada de dinero y privilegios: niñera, cocinera, chófer húngaro. Un pisazo en Park Avenue. Y un padre inglés. Mi madre, dijo, era de los Trask. Le sonó a secta religiosa o quizá a sinecura política. ¿De los Trask? La mujer explicó que era un apellido y que los antepasados decimonónicos de su madre habían comprado una extensa hacienda en la periferia de Saratoga Springs. En la década de 1890 habían levantado una casa enorme en ese terreno, con la intención de que se pareciera a una famosa casa solariega inglesa, había olvidado cual.

—Se llama Yaddo. ¿La conoce?

No la conocía, pero la verdad es que solo llevaba dos días en el pueblo. El nombre, dijo ella, procedía de una hija de los Trask, que se lo había inventado para que rimara con «sombreado». Le encantaba la sombra que daban los arces. En la década de 1920, los Trask habían donado la casa a los artistas innovadores de Estados Unidos, estipulando que debía utilizarse como retiro de escritores, al que se fuera a crear. No estaba abierta al público, por eso Alan no había podido visitarla.

—A menos que su hija sea escritora.

¿Qué les parecía a los herederos de los Trask, preguntó Alan, que su residencia ancestral se donara a perpetuidad a un puñado de artistas gorriones?

—Cariño —contestó ella, haciendo una pausa teatral para agotar su copa de vino, ya vacía—, esa es la cuestión. No había herederos directos, es una historia la mar de triste: los Trask perdieron a sus cuatro hijos cuando eran niños. A los cuatro. La mayoría por difteria.

Alan también pensaba que era tristísimo: lo peor de lo peor, pensó, la generación en sentido inverso, los padres enterrando a sus hijos, Karl Marx intentando arrojarse a la tumba para acompañar a su pequeño.

—Yo sé algo de eso —dijo ella—. De historias la mar de tristes.

Ella lo miró y, por simple educación, era obligado que él le preguntara algo más. Pero estaba cansado y se le hacía cuesta arriba soportar otra efusión de diez minutos. Además, ¿caso no tenía él sus propias tristezas? De manera que se quedó mirando su copa y, afortunadamente, ella perdió el hilo oscuro de su triste historia y también se quedó callada. Aprovechando la coyuntura, Alan

se disculpó, le dijo que había disfrutado de la conversación y se levantó.

—No es *usted* el único que se tiene que ir —dijo ella, mostrando rápidamente su incomodidad—. ¿No le había dicho yo hace dos minutos que no tenía mucho tiempo?

—Muy bien —contestó él rindiéndose caballerosamente ante la inventiva de su interlocutora—. Muy bien.

Al volver a su cuarto se quedó ante la ventana gélida. Afuera se apreciaba la claridad, la sequedad, el tiempo ártico: el exceso de sal en la calle principal mostraba una capa reseca y gris, como la de un hueso en un desierto, con las compactas paredes de hielo lanzando destellos azulados bajo las farolas. Observó a la mujer abandonar el hotel, pararse a encender un cigarrillo, y vio cómo se le caía, lo cogía y después se marchaba lentamente Broadway arriba, con demasiada lentitud para el frío que hacía.

Cuando iba hacia el baño, pasó junto al portátil blanco que estaba cerrado sobre la mesa. Ya no estaba en su bolsa, pero no había ido más allá. Sí, debería conectarse y ver si le había escrito Eric Ball. Y también otros dos colegas. Lo peor de todo: los tres años de migraña que llevaba con el Centro de Arte y Café de Dobson; esta semana o la próxima tenía que haber alguna novedad a ese respecto. No iba a abrir la caja mágica y permitir que todos los demonios se esparcieran por el cuarto. Eso podía esperar hasta la mañana.

22

Se despertó con nieve, con una pertinaz nevada. Broadway estaba totalmente vacía, el asfalto cuarteado de la noche pasada reaparecía con un blanco renovado. Caía con rapidez, con la agresividad pasiva de la nieve, sigilosa pero incesante, empeñada en sus blancos fines, en una suave monotonía que acaba por completo con el tiempo, la resistencia, la actividad. Alan se entregó a la silenciosa vacuidad, a la negación pura que era como una terrible muerte ideal. Los hijos de los Trask, Dios mío. Su propio padre había muerto en un día de nieve como este. En su última semana, *da* se había quedado prácticamente ciego, así que Alan tenía que acercarse mucho su cara a la de él cuando estaba en la cama del hospital.

—¿Qué ves ahora, *da*? —le preguntaba, y su cansado padre contestaba, con voz pastosa:

—Veo una *cara amable*.

Fueron sus últimas palabras coherentes, y fueron más intensas, desde luego más emotivas, que ninguna de las que había dicho cuando la cabeza y el cuerpo le funcionaban como es debido... Pero la risa de Josh *no* era amable, no era amable, al menos para Alan. Déjalo, déjalo. Había cosas importantes que hacer, de nada serviría ponerse nervioso con lo de Josh y Vanessa. Él tenía que ser de ayuda, en un sentido práctico, tenía que ser *útil*, de la forma que pudiera. Y lo mejor era poner sus propios asuntos en orden: primero hablar de todo con Candace, después abrir el maldito portátil, comunicarse con Eric y hablar del proyecto Dobson, pagar algunas facturas...

Pagar facturas: había sido un error abrir una oficina en Mánchester. Allí no había movimiento, o ninguno que él pudiera permitirse. Había llegado demasiado tarde, estaba instalado en un páramo sin futuro. Como Alex Ferguson al contratar al futbolista Rio Ferdinand por tantísima pasta —un desastre sin paliativos, hasta la última libra— y descubrir que hacía tiempo que Ferdinand ya no estaba en su mejor momento. La oficina de Mánchester era cara y solo para atenderla hacían falta dos empleados de Newcastle, que se pasaban el día mano sobre mano, mirando su correo electrónico personal y organizando salidas a clubes hasta las tantas. El precio de la última página web había sido absurdamente caro. Alan había dado por hecho que un trabajo prácticamente invisible iría acompañado de un precio prácticamente invisible e intentó no evidenciar su asombro cuando Eric le dijo lo que al final le debían al mormón y a su empresa de diseño de Salt Lake City.

Más gravoso que estas minucias fue el derrumbe de los precios inmobiliarios en las cuatro ciudades del norte donde Querry Holdings tenía sus principales inmuebles. Necesitaban vender urgentemente el edificio Seddon, en Sunderland, de doble uso residencial y comercial, del que, en cualquier caso, nunca se había llegado a ocupar la mitad. Lo necesitaban para pagar otras facturas, entre ellas los intereses del importante préstamo de Lloyds, solicitado para engrasar las ruedas

del proyecto Dobson en Newcastle: una situación endemoniada en la que Alan había jurado que nunca se metería. Pero nadie tenía interés en el Seddon, ni siquiera cuando a finales del año pasado bajaron el precio en un treinta por ciento, algo que daba ganas de vomitar. ¡Toma precios dinámicos! Y lo mismo ocurría con dos inmuebles que tenían a la venta en York, una ciudad que durante años no había dejado de ser un mercado fiable. La empresa era pequeña —diez empleados, él incluido— y nunca había estado sobrada de liquidez. Había prosperado apostando por la astucia y los costes bajos. La empresa *era él y como él*: un cuerpo eficiente, fuerte pero enjuto, que mantenía una proporción razonable entre energía consumida y energía producida.

Se había criado en una época y un lugar de concejales corruptos, de ilegalidades y delitos, de caseros brutalmente amorales, y con la amenaza de la violencia cerniéndose siempre como una prohibición paterna. *Get Carter* era una fantasía domesticada: en el Newcastle de verdad, ese Michael Caine de piel lechosa y acento popular londinense no habría durado ni un día. En la lengua llevaba grabado que era forastero. En ese pub de Newcastle que aparecía al principio de la película —Alan lo conocía bien—, Caine habría tenido que esperar mucho más de cinco insultantes minutos a que le sirvieran un vaso alto de cerveza. ¿Quizá «eternamente»? ¿Qué te parecería «eternamente»? A Alan no le interesaba nada ese mundo, no le interesaba hacer negocios si eso implicaba causar daño, así que pasó de largo, sin duda otra de las razones de que no estuviera en la primera línea, ni siquiera en la segunda o la tercera, de los agentes inmobiliarios del noreste. Pues muy bien: estaba orgulloso de que en treinta años su empresa solo hubiera solicitado dos órdenes de desahucio... Dos. Había *puesto* mucho empeño, mucha voluntad, mucha ansia en alcanzar el éxito... pero no a cualquier precio. *Veo una cara amable*. ¿Se podía prosperar como hombre de negocios siendo amable? En estos días escuchaba con demasiada frecuencia a su difunto padre decirle: «Si te fijas en cualquier hombre que haya amasado una gran fortuna, tendrás delante a un bribón de campeonato». En líneas generales, pensaba que *da* tenía razón, lo cual quizá explicara por qué, con sesenta y ocho años, no era ni un bribón (o eso pensaba él) ni (lamentablemente) el poseedor de una gran fortuna. En cualquier caso, una cosa era no anhelar grandes riquezas y otra estar dilapidando las reservas relativamente cuantiosas que había ido reuniendo a lo largo de los años. Una cosa era no ser un capitalista próspero, pero sin escrúpulos, y otra ser un capitalista *fracasado*, cuya sangría de dinero manaba de heridas causadas por él mismo. De lo que le pasaba, *él tenía la culpa*, eso era lo doloroso. Le había seducido la idea de la expansión —más bien, él se había seducido solo—: más empleados, otra oficina, más inmuebles, en parte porque todos los demás también se estaban expandiendo y tenía la sensación de que, en comparación, eras un fracasado si no tenía tu propio abrevadero en la cochiguera.

En lugar de abrir el aparato milagroso llamaría a Eric Ball. En Newcastle sería justo la hora de la sobremesa del domingo. Una de dos, o Eric estaba montando en bici (era un fanático del ciclismo, con el equipo completo: bici ultraligera de fabricación china, modelo de casco entre clásico y de moto, mono naranja y amarillo de elastano, cuya parte inferior daba un poco de pena si pensabas en los castigados genitales de Eric, y que a Alan siempre le recordaba a los bailarines de ballet y su misteriosa y abultada entrepierna), o viendo deportes en la tele o a punto de ponerse a verlos. Al igual que a un académico le gustaba leerse las más tediosas notas a pie de página, a Eric le encantaba ver cualquier deporte televisado, por aburrido que fuera.

Se encontró con su contestador y no pudo evitar sonreír al escuchar ese conocido acento de Yorkshire, plano, nasal, pedante —«Has estado *a punto* de conectar con Eric Ball»—, y estaba

empezando a dejarle un mensaje cuando Eric descolgó.

—No reconocía el número. ¿Cómo estás?

—Entonces, *sí* que he llegado a conectar con Eric Ball. —Una broma repetida hasta la saciedad.

—¡Claro! Teníamos que estar haciendo una subida de dieciséis kilómetros, pero el tiempo... Entonces, ¿no has recibido mi *mail*, ni siquiera el mensaje?

—En Saratoga Springs está nevando. ¡Nevando! No he abierto el portátil. No ha habido tiempo. Aquí todo es trabajoso, no es como el trabajo común, pero sigue siendo trabajoso, ya me entiendes.

—Vaya, vaya, ¿qué quieres primero, las malas noticias o las pésimas?

—¡Dios mío!

—El ayuntamiento se quita de en medio el proyecto Dobson. Retira todas las subvenciones. De manera que se puede decir que está muerto.

—Pero ¿por qué?

—Porque el sindicato de carpinteros ha anunciado que demanda al ayuntamiento para tener derecho a acceder a los contratos.

—¿Los carpinteros? ¿La UCATT? Pero yo creía que los problemas vendrían de los albañiles...

—Los problemas no vienen nunca por donde los esperas, ¿verdad? No pierdas de vista la carcoma... las termitas... en el montón de leña. El gusano de la manzana, qué se yo. La cuestión es que los carpinteros aducen que, tal como está estructurado, el proyecto es público, no privado, así que legalmente tienen derecho a participar en él.

—Lo cual supondría prácticamente multiplicar el coste por dos —dijo Alan, de repente consciente de que el teléfono del hotel no estaba muy limpio, el auricular parecía un poco pegajoso.

—Correcto. Bueno, *eso* y la espantosa estimación de costes que la SGR hizo la semana pasada parece que ha decidido a los mandamases del ayuntamiento a cerrar el grifo para el puto proyecto.

—Pero hemos invertido una *burrada*. ¡Y nos habían dado permiso para tirar abajo un almacén entero!

—Recibimos la confirmación el viernes y estaba intentando localizarte. Alan, estoy preocupado.

El viernes él estaba en el tren con Helen, barajando la «participación» en su nueva empresa.

—¿Los socios están de acuerdo con esto? ¿David y Lee? ¿También se retiran?

—Nosotros nos tenemos que retirar porque *ellos* lo dejan. Fueron ellos los que me lo dijeron. No podemos hacer esto solos, no tenemos liquidez suficiente.

—Eric, tenemos que librarnos del puto Seddon. No me importa lo que cueste, hay que retirar ese edificio de las cuentas. El pago de los intereses del préstamo de Lloyds, solo eso, nos está *paralizando*.

—Bueno, hasta ahora no hemos tenido suerte, ¿verdad? Pero me pondré con ello, mañana temprano. Estoy en ello, ¿de acuerdo? Nos libraremos del Seddon.

—Es una mala noticia, realmente pésima.

Algunos proyectos estaban malditos, como las casas embrujadas o los coches escacharrados.

Y los que estaban malditos siempre eran aquellos cuya finalización siempre te podías imaginar de forma más vívida. El edificio se alzaba ante él, terminado, reluciente, funcional, solo se necesitaba a Harrison Ford y a cien hombres *amish* con sus anchos pantalones para tenerlo levantado en un día... Así era el proyecto Dobson. Él *sabía* que podía funcionar, sabía la buena pinta que podía tener, pero nadie más lo veía. Por eso Alan había invertido tanto en él.

Cuando se paró a pensarlo, una especie de vértigo o de náusea le hizo sentarse a plomo en un lado de la cama. De manera que era importante no pensar en ello. Déjalo, déjalo.

Curiosamente, un minuto o dos después se sintió casi liberado. Seguía en la cama. «Intentando localizarte», le había dicho Eric. Era casi *estimulante* estar desconectado. Perdería bastante dinero, mucho dinero, pero *solo era dinero*, lo que Cathy, imitando a su padre, director de colegio, llamaba «asqueroso lucro», con su acento más pijo, no del norte. ¿Qué pasaría si no volvía a hablar con Eric mientras estuviera aquí en Estados Unidos? ¿Si no abría el ordenador en toda la semana? ¿Qué pasaría si le daba, sin más, la espalda al asunto, a todo ese problema, y se centraba en otra cosa? El nuevo proyecto de Helen, por ejemplo; podría dedicarle, digamos, los últimos diez o quince años de su vida. No le iba a legar la empresa Querry a nadie, no era un negocio familiar: a ninguna de sus hijas le interesaba. No cabía ninguna duda: ellas tenían su propia vida. Pero cuando pensó en legar la empresa, o en no hacerlo, volvió a sentir vértigos y náuseas... la muerte; lo ocurrido en el muro de Adriano... No. No iba a pensar en *eso*. Desde el principio supo que probablemente la empresa no le sobreviviera. Pero era lo suficientemente tradicional como para querer dejar dinero y propiedades a quienes sí le sobrevivieran. Debía asegurar el futuro de Helen y Vanessa, y ahora también el de Candace, y lo que le resultaba aterrador era pensar en decepcionarlas, en dejarles poco o nada, o lo que era peor: dejarles deudas y complicaciones insuperables.

En estos tiempos, siempre oía hablar de «reducir la propia huella»: Vanessa lo había dicho al hablar de Josh y en las noticias todo el mundo hablaba de «minimizar la huella de carbono». La expresión le desagradaba. Como cualquier persona cuerda no quería reducir su huella, quería aumentarla. Su apellido no sobreviviría, pero al menos todos tendrían una antigua casa familiar a la que podrían regresar y algo de dinero en el banco. El terror a que todo pudiera derrumbarse, a que él pudiera morir de repente, de forma prematura, antes de haber solucionado las cosas, antes de que su *propia madre* muriera... era un gran peso. Una de sus posesiones más queridas era el folleto de la Gran Exposición británica que se había traído de Londres en 1951. Estaba en casa, en un cajón de su escritorio. Lleno de orgullosos anuncios de antiguas empresas británicas que, o ya no existían, o las habían comprado corporaciones extranjeras mayores, o las habían dividido misteriosos grupos de capital riesgo: Crompton Bulbs, Manfield Shoes y HMV Records. Dunlop Rubber. Pilkington Glass. (Las ventanas de su Audi las había fabricado Pilkington, lo cual le complacía. Pero ahora la empresa era de propiedad japonesa.) Los coches: Triumph, Morris, MG, Riley, Rover, Jaguar. El anuncio de la cerveza Bass and Worthington rezaba, con palabras que en el colegio toda su clase memorizó patrióticamente, años antes de poder beber una pinta de Bass: «Es natural que quien planta árboles a lo largo de una avenida no espere disfrutarlos en toda su grandeza: los planta para Inglaterra. También nosotros debemos conservar esta tradición de las cosas bien hechas, para que los hijos de nuestros hijos estén en deuda con nosotros».

Nunca olvidaría el momento en el que su padre le pidió un préstamo de cien libras. Alan tenía veintisiete años y acababa de ganar por primera vez una cantidad de dinero respetable. Esa inversión de la autoridad le pareció un estruendoso pecado original: ¡qué mal!, ¡qué mal! Por

supuesto, le prestó a su padre el dinero, y, de haberlo tenido, le habría prestado, a escondidas, diez veces más. Pero le daba vergüenza que a su padre le diera vergüenza; le horrorizó ver cómo lo *pedía*.

23

Una hora después desayunaba con Helen. Seguía nevando; en el hotel se apreciaba la atmósfera de leve excitación, de entusiasmo, que produce una crisis no amenazadora: ayuda de emergencia para consentidos. El personal entraba y salía ruidosamente del vestíbulo, las grandes botas chirriando en el piso de madera. En los pliegues de sus prendas de nailon llevaban prendidas largas franjas blancas de nieve, como rayas fluorescentes. De cuando en cuando, las luces parecían debilitarse y parpadear; Alan pensó que quizá se lo estuviera imaginando. Pero no, dijo Helen. Las infraestructuras estadounidenses eran «una mierda, en términos comparados». «El país se ha convertido —dijo—, en la tierra del remiendo: dondequiera que mires hay cuadrillas remendando carreteras, remendando puentes, remendando alcantarillas, techos, tendidos telefónicos.»

—Quizá eso cambie si el año próximo eligen a un presidente demócrata. O quizá no.

Helen tenía un aspecto extrañamente luminoso. Con movimientos pausados, controlados, hacía de madre. Sirvió el café a Alan con la pesada tetera del hotel y después le puso leche con una diminuta jarrita de acero inoxidable con un dibujo de la ratoncita Hunca Munca. Le pidió al camarero que le trajera a Alan zumo de naranja. Como de costumbre, estaba sentada muy recta. Le sonrió con jovialidad. Era un insólito despliegue de vigor, incluso para Helen.

—Tengo una idea, he estado pensando —dijo. Él inclinó la cabeza. En su agradable taza blanca el café olía a mañana y a decisión implacable. Y a discreción y a mantener el pico bien cerrado—. He estado pensando en cómo deberíamos reunirnos todos este verano, quizá no en Northumberland, quizá en algún lugar de Francia o Italia. Celebrar una reunión familiar que incluya a Tom y a los gemelos, a Josh y a Van. Hay un hotel encantador en la costa de Sorrento, rodeado de limoneros, al que fuimos Tom y yo de luna de miel. Podríamos pasar una temporada todos juntos. Candace y Van tendrían la oportunidad de conocer a los gemelos, y Josh conocería a todo el mundo y se sentiría parte de la familia.

—No es barato —dijo Alan, comprobando su propia mezquindad, que le desagradaba.

—Bueno, no hay que razonar sobre la necesidad[6]. Más bien, no hay que razonar sobre la acción —añadió Helen, con enérgica condescendencia—. Si empezamos a contar el dinero, nunca haremos nada. Desde luego, yo no estaría pensando en irme de Sony, por ejemplo.

—Ah, de eso tenemos que hablar —dijo Alan preventivamente, porque ahora no quería hablar de ello.

—Si un hotel no sirve, siempre podríamos vernos en Northumberland, pero podríamos estar más contentos en un sitio que no nos recordara mucho a mamá.

—No, no, es una buena idea. En realidad, el conjunto de la familia nunca ha hecho nada parecido, desde que Cathy, desde que mamá... Eso suponiendo que todos nos lleváramos bien.

—Está claro que Van y Josh no se lo podrían permitir, así que tú y yo tendríamos que pagar la factura —afirmó Helen con seguridad.

Siempre había sido así. Bajaba las escaleras desde su dormitorio y anunciaba, con los ojos brillantes, que en sueños se le había ocurrido un servicio de entrega por correo para poder revender sus zapatos usados. O que ella y Vanessa irían casa por casa a cortar el césped a los vecinos. Darían clases de guitarra (Helen) y de piano (Van) para principiantes. Sin embargo, Cathy ya tenía claro, con mentalidad de clase media, que era impropio ir vendiéndose por el pueblo, pero a Alan le divertía y las apoyaba, en parte porque sabía que cada nueva empresa fracasaría igual que la anterior.

—Todos nos llevaremos bien porque haremos un esfuerzo para llevarnos bien. Quizá Van y Josh deban pasar todo el verano en Inglaterra para acostumbrarse al lugar. Van lleva tanto tiempo lejos que le parecerá otro país, y Josh nunca ha estado. ¿Y por qué no puede Van empezar a buscar un trabajo en el Reino Unido? Es decir, no está *condenada* a pasarse el resto de su vida en Saratoga Springs, ¿no te parece? ¿Por qué no va a enseñar filosofía en el Reino Unido?

—Pues no se me ocurre ninguna razón que lo impida —contestó Alan.

—Sí: Josh. Pero Van tiene que pensar primero en ella, y es una locura que, por culpa de Josh, se asilvestre, vegete en la campiña neoyorquina. Mira, ¡me preocupa tanto el asunto que me estoy poniendo poética! Si dedican congresos enteros a su obra, bien podría dar clase, quién sabe, en Oxford, Cambridge o Londres. Desde luego es bastante buena, ¿no te parece?

Desde su silla, Helen se iba inclinando hacia delante, y sus hombros, anchos y ligeramente musculados, tan vigorosos y palpables como sus planes, iban llenando el espacio que tenía ante él. Era una postura que Alan conocía de sobra: Cathy se inclinaba igual. A veces las similitudes eran como un horrible plagio, una escandalosa indolencia de los genes familiares.

—¿Y Josh?

—Oh, papá, no estoy segura...

—¿No estás segura de qué? —contestó él. Dejó con cuidado su taza de té en la mesa.

—Tiene mirada de culpabilidad.

—Vamos, Helen. Eso es bastante absurdo, ¿no te parece?

—No sé yo si... me pregunto si Josh tiene realmente intención de quedarse, si quieres que te diga realmente lo que pienso.

Alan comprendió entonces que probablemente la inquieta planificación de Helen, su chispeante impaciencia, sus ideas sobre vacaciones familiares y trabajos mágicos e improbables en Oxford y Cambridge surgieran de una nueva inquietud sobre el futuro de su hermana. Helen veía algo que él no veía. ¿Quizá le pareciera evidente *precisamente* porque Josh había estado coqueteando con ella? Helen *veía* las cosas así, con mucha más claridad, de manera más concluyente que él.

—Pues sí me gustaría saberlo —dijo Alan, mirando con gravedad a su hija.

—Es solo una sensación que tuve ayer. Y algo que Josh me dijo tampoco me dio buena espina.

—¿Qué dijo?

—No, no, que no cunda el pánico, era una nadería, así que no le des mucha importancia. Quizá yo esté viendo cosas que no son. Dijo que quería vivir y trabajar en Nueva York.

—Bueno, ¿y cuál es el problema?

—La ciudad de Nueva York, papá, no el estado. Solo hablaba de él mismo. Hablaba de «él»,

no de «nosotros». «Cuando *esté* en Nueva York.»

—Eso es una nadería —dijo Alan con falso alivio.

—Quizá. Pero yo tuve dos novios, Stephen y Roly, ¿te acuerdas de ellos?, en sus planes siempre parecían prescindir de mí, y ya sabes dónde acabaron esas relaciones.

—¡Tú tienes mucha más experiencia que Van con esas cosas!

—Bueno —contestó ella, volviendo a su brusquedad anterior—, yo hago cosas y Van las piensa. Aunque yo también piense, ya lo sabes.

—Ya lo sé.

Se habían quedado solos desayunando, y su mesa era la última consentida en medio de una preparada perfección. El encargado de la barra ya había llegado y ponía a punto los utensilios para la comida. La nevada había amainado, ya casi no caían copos: revoloteaban unos pocos y frágiles rezagados. Alan empujó hacia atrás su silla, preparándose para marcharse.

—Papá, antes de que te vayas: lo de dejar Sony... Ayer dijiste que podrías colaborar en mi nuevo proyecto. ¿Era en serio o lo decías por ser amable?

—¿No podrían ser las dos cosas?

—Sabes que no me estoy tirando un farol, ¿verdad? Se está produciendo una revolución. El libro que te enseñé en el tren... los autores dicen que muy pronto la música será como el agua, que discurrirá libremente por tubos, redes y cañerías, directa a las casas. Será una realidad más. Como abrir el grifo. Pagarás una tarifa plana por el derecho a abrirlo. Así de fácil. Pero las compañías discográficas todavía quieren que compres agua en botellitas caras: Perrier, Evian. ¡Imagínate lo que sería intentar llenar el baño con botellitas de Evian! Eso es lo que siguen imaginándose las grandes empresas discográficas. Pero no es el futuro. El futuro es el grifo, no la botellita de Evian. Esa es la tesis del libro.

—Supongo que eso tiene sentido. Aunque la música no sea tan esencial como el agua, por supuesto. ¿Las cañerías qué son? ¿Internet?

Cuanto más entusiasmo ponía ella, más tranquilo estaba él.

—Mayormente sí: comunicación digital de todo tipo, *streaming* y servicios compartidos. ¿Viste ayer que Josh se acaloró mucho? —Alan pensó: «Cuando los dos os acalorasteis»—. La razón es que —continuó Helen— él sabe de esto, es su mundo. Ve que se avecina un gran cambio. Todos lo ven. Y yo quiero estar lista. ¿Sabes lo que dijo David Bowie en 2002? ¡En 2002! Escribió un artículo diciendo que la transformación absoluta de todo lo que la gente pensaba sobre la música era algo inminente, y que nada podría evitarlo. Ya *entonces* pronosticó que el *copyright* no existiría diez años después.

—En realidad, esto último parece un quebradero de cabeza, desde tu punto de vista.

—¡No importa si parece un quebradero de cabeza o un orgasmo, es lo que va a ocurrir! —Los dos sabían que en realidad no había tenido intención de decir «orgasmo». Alan bajó la vista hacia las manos—. Y sí, me parece estimulante —añadió.

—Está claro. —Los dos sonrieron.

—Entonces es una oportunidad. Deberías entenderlo. Tú siempre decías que se te daba bien buscar oportunidades.

—¿Decía eso?

—Todo el rato. Pues eso es lo que hará falta, la capacidad de buscar oportunidades. En los

primeros años tendremos que andarnos con tiento, porque al principio quizá los beneficios sean escasos.

—¿Tendremos?

—Pero si somos pacientes, tenemos visión de futuro y tenemos siempre presente que *el negocio de los discos no es el de la música*, entonces creo que podremos crear algo realmente estimulante, que podrá convertirse en una gran fábrica para toda una nueva generación de brillantes músicos británicos. —Su mirada resplandecía, su mentón se levantaba: era la chica de doce años que el día de Navidad, aferrada a la Yamaha acústica para niños, mientras la bola de papel de regalo aplastada se abría sobre la moqueta, proclamaba con apasionada confianza: «¡Al llegar el verano la tocaré como es debido!»—. Seríamos —continuó Helen impaciente— tú y yo, y cualquiera que logremos que se comprometa con el proyecto. Necesitaré por lo menos tres o cuatro grandes inversores. Tengo algunas acciones que puedo vender, pero eso no bastará en absoluto. Tom se lo toma con cautela y precaución, así que más bien es un obstáculo que tendré que esquivar.

—Te prometo que no seré un obstáculo que tengas que esquivar. No me parece un destino nada apetecible.

—Papá, la cuestión es que... —comenzó a decir—. Mira, ¿quieres un poco más de café? ¿Te parece si pido una cafetera nueva? —Levantó una imperiosa mano para llamar al camarero—. La cuestión es esta. Ya sé que en el tren dije que no necesitaba ayuda económica. Es bastante cierto.

—Pero ¿no del todo? —preguntó él.

—No del todo —reconoció Helen. Tenía todavía el brazo levantado.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que una media verdad es también una media mentira, dependiendo de si ves el vaso medio lleno o medio vacío.

—Ya entiendo. Bueno, eso creo.

—Por supuesto que necesito dinero —dijo Helen— pero solo se me *ocurriría* pedirte si me aseguraras que quieres participar en el asunto. Si no es así, no lo quiero; tienes total libertad para marcharte. No importa. Y por supuesto no sería una *ayuda*, sino un préstamo, una inversión, una propuesta de negocio.

—Helen, querida, ¡cariño! Hay muchas cosas que ponderar. Déjame pensarlo. Déjame *pensarlo*. —Se lo repitió a sí mismo con más insistencia de la que quería.

—Lamento habértelo pedido.

—No, no, deja de decir eso.

—¿Que deje de disculparme o que deje de pedirte? —Helen estaba desanimada, ruborizada, firme, de un modo que él conocía bien.

—Me gustaría ayudarte. Es una oportunidad. Pero justo en este momento...

—Por Dios, no te estoy pidiendo que pongas ahora mismo la chequera sobre la mesa.

—El problema es que... en este momento —continuó Alan, con la sensación de estar intentando subir por la calle principal del pueblo, caminando directo hacia la ventisca—, las cosas están un poco en el aire en la empresa. El proyecto Dobson, seguramente me hayas oído hablar de él hace años, acaba de irse al garete, así que hay que devolver un importante préstamo. Los beneficios han caído. Tenemos muy poco colchón. Y ahora mismo no disponemos de efectivo.

Helen recordaría esta última frase: «Ahora mismo no disponemos de efectivo».

—Pero supongo que eso es previsible en tu actividad —y, sin embargo, comprendió que apenas sabía cuál era realmente esa actividad—, que las cosas salen bien o mal, que suben y bajan. ¿No? No me puedes estar diciendo que tu empresa no tiene dinero. Es *ridículo*. No es verdad.

—No es asunto tuyo si tengo mucho o poco dinero —le espetó.

—Estupendo, y tampoco es asunto tuyo qué hago yo en los próximos veinte años de mi vida. Ya no me volverás a oír hablar del asunto.

—Lo siento, Helen, no te lo tomes a mal. Te ruego que me escuches: más que ser ricos, tenemos una posición desahogada. Ya lo sabes. Así que necesitamos actuar con cautela. Dame un poco de tiempo, nada más. —Él parecía un deudor y ella su acreedora. Así que reformuló la frase con más calma—. Te prometo que volveremos a tener esta conversación, dentro de unas semanas, sin rencor, pero desde luego no *en público*, ¿te parece?

—No, no me parece. —Se levantó de la mesa.

—Vamos, Helen.

—No pasa nada, papá —dijo de forma más amable, solemne, incluso teatral—. *Te absuelvo*. —Le tocó la cabeza al pasar detrás de él y salió del comedor.

24

Su padre nunca había entendido su música, así que nunca la había entendido verdaderamente a ella. Esa fue la conclusión que sacó Helen mientras subía a su habitación. Papá no entendía, Van nunca había entendido como es debido. En realidad, Tom tampoco. Entonces, ¿quién? Julian Vereker, su primer novio, el encantador Jules, el batería objetor de Jensen y los Interceptors, que en realidad, y esto era bastante gracioso, había abandonado su banda porque, según decía, «¡Estoy harto de ser siempre el encargado de acabar las canciones!». Era un batería infame, pero amaba la música con la misma intensidad que ella. Los dos se tumbaban en el suelo, cogiéndose de la mano, entre los baffles Wharfedale, ostentosamente grandes, de los padres de él. Julian apestaba a una vulgar loción adolescente para después del afeitado... Denim, se llamaba.

Ahora la música era oficialmente su forma de vida, y lo que era mucho más importante: era su alegría secreta. Porque *ella* era realmente la chica —no «Jenny»— de «Rock & Roll», que tenía la sensación de que *no pasaba nada, hasta que una preciosa mañana encendió la radio de una emisora neoyorquina y no se podía creer lo que estaba escuchando*. Cuando tenía doce años, Helen puso la radio y escuchó no a Lou Reed, sino «It's Different for Girls» de Joe Jackson, y ahí empezó todo. No se trataba de la emisora neoyorquina de Jenny, tampoco de «La radio de Mohammed» (preciosa, esa canción), sino de *su propia* radio, que siempre le sonaba dentro.

La música había sido mucho más fiable que los amigos, los padres o los amantes. Nunca la había abandonado, siempre estaba ahí para enseñarle, instruirla, consolarla y estimularla. Las canciones estructuraban su vida. La música era para Helen lo que la filosofía para Van. No solo le gustaban las canciones —eso es lo que sentían las personas corrientes—, sino que las llevaba dentro. Joe Jackson le hablaba porque, con casi trece años, ella estaba empezando a sentir que desde luego las cosas eran distintas para las chicas. Cinco años después, fue ella la que dejó el norte en dirección a la estación de Euston, *con la sensación realmente desagradable de que volverás*, como decía esa gran canción de los Smiths. (Nunca regresó. Y la estación era King's Cross, pero estaba bastante cerca.) En una ocasión le dijo a un novio cruel que *probara a ser un poco más tierno*, porque Otis Redding decía que así debía ser. (Durante años, pensó que el *viejo vestido peludo* que mencionaba Otis Redding era más bien *menudo*.) En el colegio, el gran héroe, el chico guapo y deportista del que todas las chicas se enamoraban —*de raza pura y noble*— en realidad se llamaba, y no es broma, David Watts, ¡tal como lo llamaban los Jam! Su primer beso fue durante una fiesta (barras de incienso y bombillas rojas) mientras The Human League martilleaba con «No me deseas»: música barata en baffles baratos, pero el beso fue real. (Helen deseaba, claro que sí.) Mucho antes de tener un orgasmo ya se había hecho una idea; no, más que una idea, tenía la sensación justo en la entrepierna, de cómo podría ser ese acontecimiento, el

clímax cósmico, el *polvo* estelar que hacía gritar a Clare Torry, a la que pagaron una miseria, en «The Great Gig in the Sky». Cuando pasó por una fase de rebeldía política, «The Eton Rifles», «Cortez the Killer» y «Won't Get Fooled Again» le dieron palabras, le prestaron energía y estímulo: *Ven a conocer al nuevo jefe, que es igual que el anterior*. (Y los Sex Pistols, con su asombrosa agresividad y sus divertidas voces, tan gritonas como las de los Dalek.) «No Surprises» de Radiohead y «You'll See Glimpses» de Ian Dury —la mejor canción y la más triste de todas— siempre le recordaban a Van y a su precaria felicidad. (¡Van, Van!) Y cuando su madre estaba agonizando Helen no paraba de llorar escuchando la hermosa «Wallflower» de Peter Gabriel, con su esperanzador colofón: *Y yo haré lo que pueda*. (Por supuesto, ella no pudo hacer nada.)

¿Y para divertirse y bailar?: Martha and the Muffins, «Echo Beach». Bailó al ritmo de esa canción en la universidad, a las cuatro de la mañana, durante la fiesta posterior al concierto de final de semestre, cuando su propia banda (Erección Irónica), bastante zarrapastrosa, había tocado junto a otro grupo de Cambridge, más conocido (El presidente Reagan no es inteligente). O aún mejor: la primera vez que escuchó a Tammi Terrell y a Marvin Gaye cantar «Ain't Nothin' Like the Real Thing».

Desde luego, lo auténtico no tiene comparación, lo auténtico era el rock, y ella lo había vivido.

¿Lo había entendido papá alguna vez? ¿Aunque fuera en parte? En cierta ocasión le dijo que le gustaba «You'll See Glimpses». Una gran concesión. Y desde luego dio a entender, más de una vez, que le atraía «la morena de Abba». Claro, qué sorpresa.

¿Por qué era secreto? ¿Por qué la alegría era *secreta*? Porque el rock & roll, tal como ella lo entendía, quiere destruir la estúpida comodidad del mundo: *Buscar y destruir*. Esa era la ironía atroz y bastante poco graciosa de ser ejecutiva de una empresa discográfica... La música rock, el rock & roll que a ella le gustaba, quería derribar la torre Sony. (Evidentemente, esto no se lo podría confesar *nunca* a nadie, pero esta fe suya explicaba que cada vez se aburriera más en compañía de Dave Matthews Band. ¿*Dónde está el ajo*? Era la pregunta trascendental de Frank Zappa. Aplicable a todo, pensaba Helen.) El mundo siempre le había dicho a Helen que «dejara a un lado las chiquilladas». Sus colegios caros la habían preparado para trabajar, para domar el eros, la habían preparado para llevar el uniforme adecuado, rendir tributo al pragmatismo, al éxito y a su propio desarrollo económico. Todo lo que existía era para *utilizarlo*. La «vida» se concebía como algo absolutamente pragmático; el trabajo, la sinrazón burocrática, los desplazamientos cotidianos, la prisa y la fatiga incesantes, los fines de semana imperfectos, un poco de sueño: eso era «el mundo».

Y ahí es donde ella había acabado: en la economía, la elección «sensata» en la universidad; los días que se pasaba en una oficina. Pero la vida también era algo más. Era una pérdida interminable: mamá. Resultaba que, al final, crecer era algo parecido al *ave atque vale* de los romanos, una apertura y un cierre al mismo tiempo, una bienvenida que en realidad era un prolongado adiós. Nada servía de ayuda ante el sufrimiento, no había protección posible. Dos cosas ralentizaban este movimiento constante, esta penosa caravana de la muerte, dos elementos juveniles se alzaban contra ella: los niños y el rock & roll. Y, en realidad, eran la misma cosa. «Deja a un lado las chiquilladas», decía el mundo, y «ven y únete a los adultos razonables». Pero el rock abría ese espacio apenas tolerado para la chiquillada, la negativa y la resistencia, la antiilustración, la irresponsabilidad juvenil, y la revuelta y el embelesado trance. Chiquilladas, en

realidad.

Porque al mirar a tus hijos piensas: «Así éramos antes y así deberíamos volver a ser».

Los más grandes músicos fueron niños, siguieron siendo como niños, irresponsables, curiosamente inocentes. Murieron jóvenes, se sacrificaron, jugaron con su salud y su cuerpo, para que los demás pudiéramos seguir viviendo el largo y razonable sueño burgués que es nuestra vida, ocupándonos tediosamente de nuestras cuentas corrientes y dividendos, de nuestros fondos de pensión, cenas, cortes de pelo y visitas periódicas al dentista. El rock se opone a todo eso. Es el *sueño de la razón*.

25

A Vanessa le sorprendió ver a su padre: llegó casi una hora antes de la comida. Ella le preguntó dónde estaba Helen.

—No sé si va a venir. Se está poniendo muy irracional.

—¿Y eso? ¿Es culpa mía? Entra. Hace un frío que pela.

Alan dio su versión de la disputa. Por supuesto, la impaciencia de Helen era tan apabullante como siempre —toda la familia sabía cómo se ponía— y, bueno, cuando Alan señaló que necesitaba tiempo para pensar en el dinero «Helen explotó. Simplemente explotó».

En contra de lo esperado, Vanessa se puso de parte de Helen:

—Pero papá, ayer dijiste que podías ayudarla. —Y al ver cómo se tensaba la cara de Alan, porque Vanessa sabía perfectamente lo que este ocultaba, había intuido lo que había realmente detrás de la discusión, se corrigió y añadió—: Dijiste que podrías participar de alguna manera...

—Ayuda, ayuda —masculló Alan de manera ofensiva mientras se quitaba el abrigo y los gélidos zapatos.

—Helen tiene mucho temperamento. Lo quiere *casi todo* y su decepción siempre es proporcional, ¿verdad?

Lo miró con comprensión y esperanza, como siempre, intentando siempre poner paz, incluso en los períodos en que ella era la verdadera causa del conflicto.

—¿Quieres una taza de té? —preguntó casi tímidamente mientras los dos iban hacia la cocina—. ¿Una tacita de té?

—Me encantaría... Por Dios —añadió, sentándose a la mesa de pino y mirando hacia fuera—, no sé cómo puedes soportar estos inviernos.

Lo que muy de mañana, cuando todavía nevaba, era un fresco blanco e inconsistente, ahora era una compacta y blanca monotonía. Eran las once de la mañana, pero bien podían ser las cuatro de la tarde.

—Antes de venir a vivir aquí, solo entendía teóricamente lo que se decía de alguien mayor o enfermo, *que no sobreviviría otro invierno*. Eso es lo que pasa aquí: el invierno es siempre una especie de prueba de supervivencia. Y se diría que tu cuerpo, cuando llega la primavera, sabe que ha vuelto a revivir. Que ha logrado superar por los pelos otro capítulo. *Sientes* verdaderamente que se afloja.

A Alan le inquietaba estar hablando de la muerte y de sobrevivir por los pelos, aunque Van no lo había dicho en tono lúgubre.

—Creo que anoche conocí a uno de los «personajes» locales. Una mujer en el bar del hotel,

deseando contarme que formaba parte de los Trask, lo cual me temo que no significaba nada. Hola, ¿qué tal? —dijo, mientras Josh aparecía en el umbral. Se dio cuenta de que no había dicho el nombre de pila del joven.

—Claro, la conocemos muy bien —dijo Vanessa—. Es todo un personaje en el pueblo, ¿verdad, cariño?

—Lleva una petaca para sobrellevar las horas de sequía. Por cierto, ¡hola, Alan! —Josh jugueteaba con la máquina de café, y Alan se preguntó si acababa de levantarse.

Era difícil asegurarlo cuando la ropa de calle y la de dormir se vuelven prácticamente indistinguibles, un hábito grisáceo sin solución de continuidad. Hoy Josh llevaba unos pantalones de deporte oscuros y otra camiseta gris con un mensaje en rojo chillón: «GEORGE BUSH E HIJO, CARNICEROS. CASA FUNDADA EN 1989». A su pesar —a pesar de Josh— a Alan le gustaba la camiseta.

—Pobrecilla, no hay muchas pruebas de que sea de los Trask. Parece que tiene esa fantasía. Le permite contarle a todo el mundo su triste historia —dijo Vanessa.

A Alan le daba pena la mujer; para él «*lady* Trask».

—Me gusta la camiseta —dijo.

—Gracias. ¡Me parece que es muy comedida! Estoy deseando ver cómo termina esta dinastía. *Asnos* del mal... Me alegro de que su chico también se vaya pronto.

—¿Mi chico?

—Blair, podrido hasta el tuétano —dijo Josh—. Quizá eso sea mucho decir. Pero deslucido sí que está, a pesar de ese piquito de oro que antes tenía.

Alan pensó: «Sigue siendo mejor que *tu chico*: ese vaquero homicida, imbécil, maleducado y bravucón».

—Por supuesto, no es tan malo como Bush —dijo Josh, adivinando de manera inquietante los pensamientos de Alan—. Por otra parte, el pecado de Blair es mayor porque también lo es su inteligencia. Bastaba con que se hubiera negado a unirse, como hizo Chirac. *Je refuse!* Y, al contrario que Chirac, habría quedado como un gran primer ministro, aunque no fuera del todo así.

—Estoy totalmente de acuerdo —dijo Alan. Conversar con Josh era inexplicablemente pesado. En realidad, no conversaba: esperaba. La conversación era una emboscada—. Por desgracia, no tengo mucha fe en que las cosas mejoren —añadió Alan, reafirmando—. El sucesor de Blair ofrecerá más de lo mismo, y después es probable que los laboristas pierdan las siguientes elecciones, gracias a Blair y a Irak, y la situación será todavía peor cuando lleguen los conservadores.

—En el Reino Unido no atisbamos ningún Barack Obama en el horizonte —dijo Vanessa—. A Alan le gustó esa primera persona del plural.

—Yo solo sé lo que leo en los periódicos. Espero que gane. Pero ¿podrá el senador Obama hacer todo lo que promete? ¿De verdad creéis los dos en Obama? —preguntó Alan—. No sé yo si va a poder mantener la autoridad que necesita, siendo negro, además.

—¡Papá! Esto es América, no el norte de Inglaterra —dijo Vanessa, sonriendo con cierta inseguridad—. Tápatelo los oídos, Josh.

—Es lo que defienden quienes se preguntan si América está *preparada* para tener un presidente negro —dijo Josh sin pensárselo—. Y la respuesta es: no, no estamos preparados. En absoluto. Y por eso mismo necesitamos un presidente negro. Creo que podría cambiar el país.

—Yo no estoy «defendiendo» nada, solo reproduzco lo que se oye decir —se quejó Alan, intentando ocultar su dolida irritación.

—O por qué necesitamos a una presidenta —añadió Vanessa—. Tenemos que convertir el presente que tenemos a la vista en un presente que esté a mano. *Yo creo* que ahora mismo Obama no está a mano.

—Pero ¿qué dices? Estás loca —dijo Josh sonriendo.

—Heidegger. Lo estoy leyendo en el grupo de lectura de filosofía alemana. ¿Te acuerdas?, es esta noche. Le estoy poniendo mucho empeño, pero me parece que no lo estoy «captando». Es un filósofo muy difícil, papá. Famoso por su hermetismo. Si quieres te puedo dar los términos originales en alemán.

—*Nein, nein!* Que el viejo nazi no entre en esta casa —contestó Josh, acercando la cabeza de Vanessa a su pecho y besándole la coronilla.

—Papá, he invitado a unos pocos miembros del grupo a pasarse por casa esta noche, para que os conozcan a ti y a Helen. No se quedarán mucho. Tienen mucho interés en conoceros.

Alan intentó mostrarse positivo. En el tren, Helen había dicho que solo podría soportar la estancia en Saratoga Springs si Vanessa no les imponía «a académicos aburridos y pedantes vestidos de Mr. Bean». Alan tenía la sensación de que, más que como Mr. Bean, irían vestidos como Josh. Quizá se presentaran con camisetas personalizadas, cada una con distintas y llamativas sentencias filosóficas. Lo que tampoco evitaría que también fueran aburridos y pedantes. Era típico de Vanessa —tan poco práctica, en realidad— no tener en cuenta que quizá él y Helen no quisieran pasar tiempo con sus colegas universitarios, en casi ninguna circunstancia. Alan tenía la sensación de que el día iba a ser largo.

26

Al final, el grupo de lectura de filosofía alemana tenía un aspecto bastante normal. Había tres; dos llegaron juntos a la casa, muy poco después de las seis de la tarde. Alan sintió alivio al enterarse de que solo venían a tomar algo. Amy Isaacson y Gary Mulhall eran colegas de Van en Skidmore, en Filosofía y Lengua inglesa respectivamente. Eran más o menos de la edad de Vanessa, un año o dos arriba o abajo; los dos estadounidenses, una de Maryland y el otro del Medio Oeste: agradables, abiertos, con vaqueros y jerséis. A Alan le cayeron bien los dos, lo suficiente para que, un tanto relajado con la primera copa, tuviera que refrenarse y no revelar ciertas intimidades familiares. Había estado a punto de preguntarles lo que sabían del brazo roto de Vanessa y cómo la habían visto en los últimos meses. El tercer invitado llegó quince minutos tarde, y parecía fuera de sitio. Era mucho mayor que los otros dos; Alan le echó cerca de ochenta. Puso nerviosa a Vanessa: su hija abrió la puerta, lanzó una exclamación e inmediatamente llamó a Josh para que fuera a ayudarla; le ofreció champán al invitado cuando todavía estaba intentando colgar su amplio y anticuado abrigo de lana. Iba de etiqueta, con chaqueta, pañuelo carmesí en el bolsillo del pecho, y sus modales eran circunspectos. En su acento americano quizá hubiera restos de una vida anterior en Europa: recalcaba la «t» y salpicaba de diéresis las vocales más débiles. Era evidente que había sido guapo; seguía teniendo muy buena planta, con una cabeza prominente tan extraordinariamente calva que era imposible imaginársela contaminada por el cabello.

Alan estaba en desventaja porque no se había enterado del nombre de pila del invitado, y solo escuchó algo como «doctor Kunis». Este explicó que no era un colega de Vanessa, «simplemente un integrante civil del grupo de lectura». Estaba jubilado, había tenido «una consulta privada en el pueblo durante veinticinco años». Entonces ¿el doctor Kunis era uno de esos animales míticos, un médico de familia humanista e intelectual?

Alan no se había enterado del nombre de pila de Kunis porque se distrajo con Helen, que se presentó en la casa un minuto o dos después del médico. Bueno, aquí estaba por fin, después de haberse pasado casi todo el día, eso suponía él, echando chispas en el hotel.

Helen no había estado del todo sola, porque Van y Josh habían salido por la tarde para verla en el Alexandria. Van fue a animar a su hermana; hizo como que era solidaridad entre hermanas, pensó Helen después, aunque en realidad era porque el miedo de Van al enfrentamiento exigía que cualquier discusión, incluso las que no la afectaban directamente, tuviera que neutralizarse de inmediato, con una angustiada extracción de promesas y acuerdos. En el vestíbulo del hotel, donde se habían tomado un café, mientras la ropa de Josh y de Van chorreaba agua grisácea sobre la moqueta, Helen declaró que ya había perdonado a su padre: «Lo he absuelto —repitió—, de todas formas nunca esperé ninguna ayuda de él. Era como para hacer una prueba. Así que, Van, no tienes

por qué ponerte tan *nerviosa* con el asunto.» Les habló de las tribulaciones financieras de Alan; ninguna de las hermanas le había oído decir nada al respecto en la vida. Vanessa señaló que su padre parecía «profundamente cansado». El problema general, añadió, no es que diera poquísimo, sino que daba demasiado.

—¿Y por qué lo dejó vuestra madre entonces? Si no es una grosería preguntarlo —inquirió Josh.

—Depende de a quien se lo preguntes —respondió Van—. Ya sabes que tengo debilidad por ver las dos caras de la moneda.

—Entonces supongo que tú solo ves una, Helen...

—Ahora mismo diría que una y media. Me pasé muchos años estériles echándole la culpa a nuestra madre. Y al horrible Patrick Needham. Quizá al hacerme mayor aprecié en qué sentidos debía de ser difícil convivir con papá.

—¿En cuáles? —preguntó Josh.

—Yo lo diría de la siguiente manera —contestó Helen—. Durante toda nuestra infancia, Van y yo tuvimos numerosas mascotas: dos spaniel (macho y hembra), dos Jack Russell (también macho y hembra), un gato (macho), tres canarios (dos hembras y un macho, o eso nos dijeron) y un par de conejos blancos (los dos machos, me parece). A papá le alteraban esos animales, se quejaba de ellos, e incluso le obsesionaban, los cuidaba día y noche, y también los desatendía... muy a su manera. Y, *sin excepción*, a todos se refería como si fueran hembras, fuera cual fuera su sexo. Todo el rato. ¿Responde eso a tu pregunta?

—Qué retorcido —dijo Josh con admiración.

—Y no es justo ni por asomo —añadió Vanessa, que a pesar de todo tuvo que reírse—. Aunque Helen tiene razón con lo de los animales. «Es macho, papá, no hembra», siempre teníamos que corregirle. Mamá siempre decía en broma que en otra vida le gustaría ser uno de los perros de papá. Pensaba que se les trataba de lujo.

—Da mucho, se guarda mucho, controla mucho —dijo Helen, con su impresionante confianza en sí misma—. Son rasgos que estoy reproduciendo fielmente en mi propia vida como madre...

—Todo eso ocurrió hace mucho tiempo —apuntó Vanessa.

No necesitaba añadir: «Y, además, al final mamá nos dejó por otras razones».

En la reunión, Helen echó una rápida ojeada a los invitados que había en el pequeño salón y decidió que se pasaría la velada hablando con Josh y Vanessa. Le había emocionado la caminata bajo la nieve que se habían dado hasta el hotel. Había sido divertido pasar la tarde con Van, junto a Josh, ese compañero joven, impaciente y ¡ligeramente insinuante! Josh le habló a Helen de sus padres, de sus hermanos y de Chicago. Helen se quedó con la impresión de que estaba ante una excelente cabeza mal aprovechada; en cierto momento tuvo que refrenarse y no preguntarle si quería trabajar para ella en su nueva empresa. La verdad es que las dos hermanas aún podían dejarse llevar por las cadencias de antaño y el recuerdo fácil: ese día en el que mamá, con las niñas en la parte trasera del coche, metió el viejo Volvo 240 en una zanja, de donde la sacaron los dos enormes caballos de tiro del granjero, un recuerdo absolutamente mágico, imborrable para las dos pequeñas; la tarde en la que papá separó a dos que se peleaban a la puerta del pub del pueblo y uno de ellos le llamó «puto soplapollas», a lo que su padre contestó de forma un tanto remilgada que tuviera cuidado con lo que decía delante de sus hijas pequeñas; y ese insulso colega de mamá, el maestro llamado señor Boggis, que iniciaba todos los cursos diciéndoles a sus pequeños alumnos que se llamaba Rodney Boggis y que tenían «exactamente dos minutos para reírse de él»,

y que después...[7] Le contaron todo esto a Josh, que disfrutó viendo contentas a las hermanas. Las dos solo recordaron historias divertidas o curiosas, y lo hicieron en tono jovial, como si su madre siguiera viva y viviera exactamente donde ahora Candace Lee ocupaba el espacio de su infancia.

Helen sabía que su padre no le quitaba ojo; había seguido sus movimientos al entrar en la casa, aunque hacía como si estuviera hablando con un viejo de aspecto ilustre y cráneo calvísimo. No estaba enfadada con él, pero sí decepcionada. Y decidida a no demostrarlo. Pero no iba a evitar gastarle una bromita, que se le ocurrió en cuanto se enteró por su hermana de que el doctor Kunis, jubilado desde hacía varios años, había sido en su día médico de Van.

—¿Solo tu médico? —preguntó Helen sonriendo.

—Oh, ya sé lo que insinúas, lo cual pone de manifiesto que nunca has ido a terapia. Si el doctor Kunis fuera mi psicólogo, aunque ya no lo fuera, *nunca* se presentaría a una reunión privada en mi casa. Puede que a los psicólogos les *gustara* conocer a los familiares de sus pacientes, pero no está permitido. Nunca se hace.

Las hermanas se quedaron mirando a esos dos señores mayores con tan buen aspecto, que parecían estar descubriendo todo tipo de gustos en común.

La oportunidad de Helen llegó más pronto de lo que pensaba. Pocos minutos después estaba en la cocina hablando con Josh cuando entró Alan a buscar, o eso dijo, más hielo. Josh captó su indirecta, murmuró algo sobre la necesidad de bajar la música y se escabulló. Alan enredaba con el cuenco de hielo.

—Mira —dijo. En voz muy baja—. Tu nuevo proyecto me parece apasionante. Pero no había necesidad de que en el desayuno salieras disparada como alma que lleva el diablo con todo su azufre a cuestras.

—No salí disparada. Ya no había nada de que hablar.

—Hay mucho de que hablar, pero no ahí, en público, en el hotel, y tampoco aquí en medio. Cuando volvamos a Inglaterra, cuando volvamos... ¿por qué no te pasas por casa un fin de semana y te traes a Tom y a los gemelos? Entonces podríamos hablar como es debido del tema. De verdad quiero ayudarte. De la forma que pueda.

—Papá, no importa. Gran parte de mi vida me las he arreglado prácticamente *sola*. No necesito ninguna *ayuda*. Gracias de todos modos.

—Pues esta mañana estabas bastante dispuesta a pedir...

—Cierta asistencia, cierto tipo... de asistencia. De eso hablamos en el desayuno.

—¿Prácticamente sola? ¿Sabes que estás siendo hiriente, que te estás poniendo absolutamente intratable y que, sobre todo... *no estás ayudando* en absoluto?

No era su intención utilizar esa última expresión que a los dos les resultó cómica. Pero como estaban presos de su discusión no podían sonreír, así que se hundieron en un silencio infantil, tozudo.

Helen fue la primera en ceder.

—No quiero estropearle a nadie la última noche que pasamos juntos y le prometí a Van que no lo haría. Así que no lo haré. Papá, siento haber dicho que me las he arreglado sola... No es cierto. No es cierto, para nada... Parece que te llevas estupendamente con ese tipo de aspecto tan distinguido.

—Es un viejo encantador —contestó Alan, como si entre ellos hubiera treinta años de

diferencia—. Tenía interés en saber de mis ancestros ingleses, creo que le decepcionó que casi no tenga edad suficiente para recordar la guerra. Yo diría que sabe escuchar. Mejor que mi médico de familia, desde luego.

Helen no pudo contenerse.

—He hecho todo lo posible por conseguir que Van admitiera que el doctor Kunis era en realidad su psicólogo y el que le receta fármacos, algo que me parece bastante evidente. Eso explicaría que tenga tanto interés *en ti*.

Helen miró a su padre y se regocijó internamente al ver cómo se quedaba blanco del susto. «Pobre papá», pensó, que aborrecía cualquier tipo de vigilancia.

—Por supuesto, quizá me equivoque, es solo una fuerte intuición.

—Por Dios, Helen, ¿por qué no me lo ha advertido Van? ¡Por supuesto! Eso explica por qué se pone nerviosa al tenerlo cerca. Ya me ha estado manipulando como el puñetero Uri Geller: mi infancia, mis padres, lo que hacían. Hasta le he dicho que me divorcié. Y todo sobre Candace. Pero ¡qué demonios!

—Evítalo y ya está —dijo Helen.

—Oh, desde luego, no lo dudes. Lo curioso es que parece un hombre agradable, un tipo excelente.

—Según he oído, muchos psicólogos lo son.

Alan escrutó a su hija con desconfianza. Ella lo vio entrar en el salón con un cuenco de hielo, tratando de esquivar al doctor Kunis. Pero el salón era demasiado pequeño; no había escapatoria.

27

Le llegaba el olor del cigarrillo de Van, en el mismo porche trasero, así que abrió la puerta mosquitera y se encontró en medio de un frío nítido.

—Ya sé que debería estar dentro —dijo Vanessa.

—Es mi fiesta, ¿y si quiero ponerme huraña, me pongo?[8]

—Vale, parece que no tengo tu fortaleza —añadió Vanessa.

—No te estoy juzgando. Si fuera tú, yo creo que me escaquearía de la reunión.

—Ya sé que, para tu nivel, un par de académicos y un médico tienen bastante poco caché.

—¡Era una broma, era una broma!

—Lo siento, estoy supertensa. ¿Por qué lo estoy? Ojalá este cigarrillo llevara algo más fuerte

. —Tiró la ceniza en el oscuro jardín—. Como *las dosnos* estamos escaqueando de mi reunión, una debe de tener razón.

—Gracias por venir al hotel esta tarde —dijo Helen—. Josh me cae muy bien. Es afable, es inteligente, es...

—¿Endemoniadamente guapo?

—¿Angélicamente? Demasiado joven para serlo endemoniadamente; qué suerte tiene.

—He caído con todo el equipo, Helen —afirmó, abiertamente orgullosa—. Lo quiero.

—Y está claro por qué.

Durante un segundo sintió una envidia mezquina y estuvo a punto de añadir: «Es probable que todo el pueblo sepa que estás enamorada».

—Solo discutimos por mi costumbre de fumar... Creo que quiero volver a Inglaterra con él.

—Esta mañana le dije a papá que debías dar clase en Oxford o Londres, o en algún sitio así, no por aquí.

—¡Quiero presumir de él allí!

—¿Y él quiere ir? Me parece bastante americano.

—Hace dos meses te habría dicho que no. *Ahora* creo que sí.

Haciéndose una idea de lo que había ocurrido en los últimos dos meses, de repente a Helen le dio mucha pena su hermana, se quedó sin habla.

—¿Ya os habéis reconciliado papá y tú? —preguntó Van—. Os he visto en la cocina, por la ventana. Se os veía terriblemente serios. Ya sabes que al final entrará en razón. Simplemente está considerando tu propuesta como un negocio. Dejarte un poquito con la duda.

—La verdad es que tampoco lo necesito.

—En cierto modo hay que arrastrarlo, aunque sea a regañadientes, hacia el futuro, y apartarlo

de sus propios proyectos. Josh y yo lo hablábamos anoche. Tú eres una utópica. Siempre moviéndote, inquieta... Por el contrario, yo me siento muy enraizada aquí. Vieja, enganchada a mis viejos libros.

—Bueno, a ti te encantan tus libros. Son tus mejores amigos. Aunque tienes muchísimos... ¿Quizá tres mil?

—Por ahí deben de andar.

—Papá y yo sabemos que no nos vamos a poner de acuerdo. Pero le he gastado una bromita, no pude evitarlo. Le insinué que ese médico tan simpático es en realidad tu psicólogo.

—Así que *eso* es lo que andabas tramando...

—Ahora mismo, papá está haciendo todo lo posible por esquivarlo.

—Ay, Dios mío, papá sabe tan poco de protocolo psicológico como tú. Eso sería *imposible*. —Pero Vanessa sonreía y le brillaban los ojos. Siempre le había admirado el descaro de su hermana—. Sería como invitar a cenar al juez que tiene que dictar una delicada sentencia sobre ti.

—Bueno, pero no me lo estropees contándole la verdad al oído —dijo Helen.

—*Eres* retorcida, como dijo Josh...

28

En el salón, Alan trituraba un cubito de hielo en su whisky, de espaldas a los demás, cuando lo pillaron por sorpresa. Josh estaba justo detrás de él, casi hablándole al oído.

—Por cierto, Alan, siento que anoche pareciera que la teníamos tomada con usted. Si le sirve de consuelo, y volviendo a nuestra conversación, yo pienso que hay un montón de cosas que los ordenadores no pueden hacer, y que quizá nunca puedan hacer. Es cierto, Deep Blue derrotó a Kaspárov en 1997. ¿Y qué? Un ordenador puede almacenar más datos sobre posibles jugadas de ajedrez de las que nunca podrá almacenar un ser humano. Pero los ordenadores no pueden derrotar a los seres humanos en el póquer o el go. Así que *no es el fin del mundo conocido*. Al menos, *no por ahora*.

A su manera, Josh intentaba ser amable. «Pero ¿por qué necesito yo un “consuelo”? ¿Se cree que soy tan débil? ¿Me comporto como si pensara que ha llegado el fin del mundo?» Una vez que Josh se marchó, Alan se encontró en medio del salón de Van, con el cerebro acelerado como el de un ordenador: en concreto, librando la guerra de independencia de Estados Unidos una vez más. La batalla de Saratoga, pero esta vez el general Burgoyne triunfaba, no era derrotado, y utilizaba armas muy diferentes. Este joven americano, que solo miraba al futuro, no al pasado, que parecía capaz de descartar todo lo que había generado a Alan, y todo lo que Alan había generado... Bueno, habría que ver cómo se las arreglaría realmente en el mundo contemporáneo, sin la contribución británica. La gravedad —¡Newton!—, la electricidad —¡Faraday!—, la circulación de la sangre —¡Harvey!—, la evolución —¡Darwin!—, la antisepsia —¡Lister!—, la penicilina —¡Fleming!—, la máquina de vapor —¡Trevithick!—, la turbina de vapor (a la que él tenía un especial aprecio, porque su padre había trabajado con una) —¡Parsons!—, el átomo —¡Rutherford!—, el motor a reacción —¡Whittle!—, el ordenador —¡Turing!—, el ADN —¡Crick! ¿O era Watson?—. Ante la duda, el inglés. La modernidad *es* británica. O más bien fue. Sin nada de eso. Sin el país que sin inmutarse desdeñaba, Josh sería un cavernícola enfermo e inmóvil.

El doctor Kunis se acercó a Alan, y titubeó. Pero era demasiado tarde, porque Alan lo miraba fijamente, con una mirada bastante inquietante, pensó Kunis.

—Estas reuniones me producen exactamente el mismo efecto —dijo con gran simpatía.

—Oh, a mí me gustan. Lo digo en serio —espetó Alan.

—Pues no lo parece.

—¿Por qué no lo parece? —preguntó Alan, con absoluta indiferencia.

Esperaba que Kunis dijera algo así como: «Parece usted un niño perdido, que está reviviendo el miedo infantil a que lo abandone su madre» y sintió alivio cuando el distinguido invitado dijo:

—Se le veía un tanto molesto, como si esta noche no hubiera tomado la bebida que quería.

—Pues la verdad es que ha sido así.

Le dijo al doctor Kunis que tenía que ir arriba un minuto: «La naturaleza me llama». Y abandonó rápidamente el salón, pasó por delante del aseo que había detrás de la cocina y subió aceleradamente las ruidosas escaleras pintadas color crema, que no tenían moqueta. Una vez más, Kunis lo había estropeado todo al preguntarle a Alan por su infancia en Durham. Por el amor de Dios, no se iba a quedar plantado en casa de Van y dejar que le pusiera de los nervios el propio psicólogo de su hija. No tenía ganas de hacer pis, pero actuó como si las tuviera, entró sigilosamente en el cuarto de baño que había junto al dormitorio de Van y Josh, echó el cerrojo y se puso inútilmente ante el retrete. No había estado en ese cuarto. Era sencillo. Y no estaba especialmente limpio: así les ocurría a las parejas cuyas elevadas ocupaciones situaban la suciedad por debajo de su foco de atención. El lavabo, su mueble y el retrete eran de lo más barato: el grifo era uno de esos de levantar y apretar, rematado por una corona de plástico estriada, de tres al cuarto, pero a prueba de bombas: las juntas duraban toda la vida. Los largos y negros cabellos de Van se veían por el suelo, en el lavabo y atiborraban su ancho cepillo de pelo, con las cerdas hacia arriba; pensó en las ovejas que, en Inglaterra, dejaban sus nubes de lana blanca en las cercas de alambre de espino. La parte inferior del retrete estaba salpicada de desvaídas manchas amarillentas. El pis seco de Josh. Y Alan se imaginó que Van, a la carrera y con descuido, dedicaría de vez en cuando un par de minutos a ponerse de rodillas con lejía y un paño, porque, aunque esas cosas no le importaban mucho, la cosa se estaba poniendo un poco *repugnante* y Josh nunca hacía *nada* en casa (de eso Alan estaba absolutamente seguro) y cuando se imaginó este agobiante panorama doméstico sintió que lo invadía la pena. ¡Van! De repente recordó el consejo de Candace y se agachó para mirar debajo del lavabo. No había nada. La endeble portezuela se cerró con un chasquido barato. ¿Y encima del lavabo? Abrió un armario que seguro que era de IKEA. Utensilios masculinos a la derecha: espuma de afeitar, cuchillas, desodorante. ¿Femeninos a la izquierda? Había un tubo de pastillas, de un plástico naranja opaco desconocido, con una especie de rosca blanca a modo de tapón, con la etiqueta «CVS». Eso era todo. «Vanessa Querry. Bupropion (Wellbutrin). 0,5 mg.» El bote estaba medio lleno. Intentó retener el nombre —seguro de que al final confundiría la «p» con la «b»— y tiró de la cadena. Tragaba con lentitud, sin mucho apetito; se preguntó cómo podría realizar su función cuando tuviera que trasladar las voluminosas cagadas de Josh.

Abajo, los invitados comenzaban a marcharse. El doctor Kunis ya estaba en el vestíbulo. El aire era espeso, oloroso, como invisiblemente salpicado de alcohol. Alan lamentaba no haber hablado más con los colegas de Vanessa. ¿Quizá los viera en los próximos días? No a Gary Mulhall, que tenía un vuelo al día siguiente —si el tiempo lo permitía— a Austin, Tejas, para presentar una ponencia en un congreso de dos días. Amy Isaacson dijo que estaría «por el campus», pero lo dijo de tal manera que dejó muy claro —sin grosería, como percibió Alan admirado— que tendría poco tiempo para el añoso padre de la profesora Querry. Por el contrario, el doctor Kunis disponía de tantas horas como cualquier jubilado de avanzada edad: le encantaría ver de nuevo a Alan, vivía solo a tres manzanas, Vanessa sabía bien dónde. Alan intentó quitarle la idea de la cabeza, con un estilo parecido al de Amy Isaacson, pero solo consiguió dar una impresión rara, incluso un poco hostil.

Una vez cerrada la puerta —los fantasmas del difunto aire polar se les pegaron en el atiborrado vestíbulo— Vanessa se volvió hacia su padre y dijo con dulzura:

—Papá, entonces, ¿no te ha caído bien Theo Kunis?

—Bueno, Vanessa, creo que tengo derecho a que no me psicoanalice el psicólogo de mi propia hija. Seguro que tengo la culpa de muchas cosas, pero no de todo.

—¡Otra vez! Papá, no es psicólogo ni psicoanalista, nunca lo ha sido, aunque sé que ha leído mucho a Freud. Fue médico en el pueblo durante más de veinte años. Mi médico de familia, y también de Amy. Ya jubilado. Esa es la única relación. Esa y el grupo de lectura.

—¿De verdad? ¿En serio? —Se sintió idiota—. Entonces, ¿por qué dijo Helen que era tu psicólogo?

—Yo no *he dicho* que lo fuera —afirmó Helen—. No lo sabía. Pero lo *sospechaba*. —Sonreía ligeramente, mostrando los dientes.

—Me parece que estabas intentando tomarme el pelo, Helen. Y no me gusta que me engañen de esa manera.

Durante el resto de la velada, hasta que por fin consiguió que Josh los llevara de vuelta al hotel, Vanessa disfrutó haciendo de madre —de mamá— con su padre y su hermana, tan belicosos. Si no llegaban a un acuerdo de paz, tendría que imponérselo.

29

Para Vanessa —que se sentó un rato en el sofá, fumando un cigarrillo mientras esperaba que Josh regresara del Alexandria—, su hermana y su padre estaban condenados a pelearse. Los dos eran personas orgullosas, impulsivas, que se consideraban en gran medida modestas y racionales. Cuando era más joven, a veces envidiaba a Helen por las broncas que tenía con sus padres. Cuando papá y Helen discutían, mantenían una conversación entre iguales, por lo menos se atenían a cierto contrato emocional, eran dos temperamentos seguros de sí mismos que habían decidido que lo que se jugaban no era en modo alguno un juego; que la vida era acción y no solo reflexión; que una posición podía ganarse, no solo intelectualmente, sino emocionalmente. Vanessa odiaba la confrontación, en parte porque no podía creerse que pudiera volver a caerle bien a alguien que hubiera tenido una fuerte discusión con ella.

Además, ¿no solían llegar las discusiones un poco a destiempo? Eran como el trueno, en pos del golpe de furia que supone un relámpago; homenajes ruidosos a una energía que ya se ha disipado. Y otro problema era que a ella le resultaba facilísimo distanciarse del asunto en cuestión y comprender que era —*sub specie aeternitatis*— una nadería. ¿Acaso ese distanciamiento era en realidad un «problema»? ¿Era lo que a veces se denomina un «distanciamiento fatal»? ¿Le impedía vivir debidamente? En absoluto, ya que vivía muchas cosas con pasión, algunas con más pasión que su hermana menor. Por ejemplo, ¿no había echado siempre a mamá más de menos que Helen, con más intensidad? Quizá porque había estado sola mucho tiempo, sin pareja ni hijos que la confortaran ni distrajeran. En su soledad, Vanessa había añorado desesperadamente a su madre. Un día tras otro se despertaba después de haberla visto en sueños dichosos, y esas visiones la obligaban a revivir la mácula que había supuesto su muerte. Una pregunta sencilla, llorosa e infantil le llenaba el ser; una pregunta que sabía que era tan antifilosófica como la más filosófica que se podía plantear: «¿Adónde ha ido?». Era asombroso, inconmensurable, que se hubiera desvanecido sin más. La mujer que al entrar en un cuarto lo *impregnaba* con su olor; con su hermosa y particular fragancia. En Northumberland había una tumba y un cuerpo —bueno, un amasijo de huesos— que ella podía visitar. Pero ¿adónde había ido el alma de su madre? Quería creer en la otra vida del alma de su madre, gustosamente se habría comunicado con su presencia mediante algún método budista. Estaba el recuerdo, que lo era todo, por supuesto; estaba Helen, que en ciertos momentos tanto se parecía a su madre y que incluso *olía* igual que ella. Y estaba la tumba del norte de Inglaterra con su hundida, solada, terrenal materia. Pero no había nada más. Ningún alma. Ni siquiera en la iglesia de Malta, donde sus vecinos hablaban tan fácilmente de «vencer a la muerte». Su madre había desaparecido. ¡Pobre mamá! ¿Por qué debía estar ella bajo tierra cuando papá estaba estupendamente? Con

Candace.

No podía soportar esos pensamientos, pero tampoco podía evitarlos. Este era su verdadero «problema», no el distanciamiento, sino lo contrario. En los últimos años, Vanessa había llegado a la conclusión de que las virtudes que se necesitaban para ser filósofa académica tenían por desgracia muy poco que ver con cómo vivía ella su vida. La filosofía exigía pensar sin descanso, examinar y reexaminar, hasta detenerse. Ese punto, esa interrupción del debate, era más formal que real, más intelectual que metafísico. En cualquier caso, era útil. Llegabas al límite de un determinado argumento, al final del hilo elegido: el ensayo tenía que terminar, la ponencia se presentaba por fin en público, las clases del curso finalizaban. El filósofo profesional solía apuntar hacia áreas más indómitas y profundas del pensamiento, a complejidades inacabadas y quizá inacabables, pero estas escapaban a los límites formales de la ponencia, el ensayo, el libro. Ella había decidido hacerse filósofa después de leer —no *mientras* lo leía— el ensayo de Thomas Nagel sobre «El absurdo». Todavía guardaba las notas que había tomado: Oxford, 1986. Nada mejor que ese ensayo como ejemplo de examen decidido, que sabe dónde detener el examen de las cosas. Nagel sabía pensar, y cuándo dejar de pensar.

Su ensayo apelaba a Vanessa porque se expresaba con calma (es decir, filosóficamente) sobre la falta de sentido metafísico. Nagel describía una serie de círculos concéntricos: es natural, reconocía, alejarse del objeto de la propia vida y dudar de su sentido; es natural preguntarse: ¿por qué hago lo que hago? ¿Cuáles son el significado y el designio de la vida? Y es natural plantearse que quizá *carezca* por completo de propósito y de designio. Y fuera de ese círculo hay otro círculo de duda todavía mayor: de igual manera, también podemos alejarnos del conjunto de la historia humana, de todo el progreso científico, de la sociedad o la política, o del propio globo terráqueo, y preguntarnos: y entonces, ¿qué? ¿Qué significa toda esta prosaica e insignificante lucha? ¿Cuál es su designio y su propósito? Y también es posible plantearse que quizá *carezca* de propósito o de designio. Según Nagel, todo, visto desde el ojo de la eternidad, puede «ponerse en cuestión» y, al hacer eso, nos situamos al borde del Absurdo, miramos fijamente al abismo. Vanessa recordaba que había leído ese ensayo con veinte años, subrayando frenéticamente esas afirmaciones frías, cortantes, admirando el curso penetrante, regular del pensamiento, y asintiendo con pasión. Pero después Nagel asumía el papel de filósofo académico, finalizaba su argumentación y terminaba su breve texto, que estaba claro que planteaba un debate con Camus firmemente reprimido. Nagel concluía que no debíamos preocuparnos mucho por el Absurdo, porque si para el ojo de la eternidad nada importa, entonces para ese mismo ojo tampoco debe importar el Absurdo: «y podemos afrontar nuestra absurda vida más con ironía que con heroísmo o desesperación».

Y la joven Vanessa se incorporó —estaba leyendo el texto en la cama, en medio del frescor de su cuarto en New College—, totalmente en desacuerdo, y sintió que quería discrepar sobre el papel con Thomas Nagel, y que ese deseo de discrepar sobre el papel, no en persona sino sobre el papel, era una pulsión filosófica. Lógicamente, Nagel era impecable; si nada importa, entonces verdaderamente nada importa en absoluto, incluyendo la desesperación que nos causa que nada importe. Pero, en cualquier caso, ¿cómo se podían haber desbrozado con tanta pericia las premisas de la elocuente argumentación que Camus hacía en *El mito de Sísifo*, un libro que ella adoraba, y después darles de lado, sin más, con tranquilidad? Porque, si nada importa, entonces la filosofía tampoco importa. El profesor titular de la Universidad de Nueva York le decía al apasionado francés, no asegurado (un personaje heroico, pero, como dijo despectivamente Sartre,

no muy buen filósofo), un hombre que había vivido la Segunda Guerra Mundial y la guerra de independencia de Argelia, que trastornarse demasiado con el Absurdo era un poco... *absurdo*. Mejor ser irónico, consciente de uno mismo y fríamente analítico que apasionado o desesperado.

Ahora comprendía que probablemente su pequeña batalla por conciliar la filosofía analítica y la filosofía de la Europa continental podía remontarse a ese momento, en la cama de su colegio de Oxford... Sartre tenía razón: Camus no era un gran filósofo. Pero Vanessa admiraba a Camus por su falta de complejidad filosófica. Ahora tenía la sensación de que Nagel defendía la filosofía académica, con todas sus virtudes y defectos, y que Camus representaba la *vida*, con sus mayores virtudes y defectos. Era fácil seguir funcionando y percibiendo un buen sueldo si uno actuaba según lo dicho por Nagel. Pero más difícil era seguir funcionando si se vivía según lo dicho por Camus, y quizá esa fuera la razón de que ella no hubiera progresado en el mundo académico. En la vida, estaba claro que era peligroso pasarse demasiado tiempo reflexionando *sobre* la vida. Si uno sabía *pensar y también cómo dejar de hacerlo*, cómo abrir y cerrar el círculo del pensamiento, uno progresaba en la vida, y en la parte de la vida conocida como filosofía académica. Pero ¿qué ocurría si los círculos de cada uno no dejaban de multiplicarse? ¿Si resultaba difícil dejar de pensar en la inutilidad, dejar de pensar en el absurdo metafísico, dejar de pensar en la brevedad y la falta de sentido de las cosas? ¿Si la desesperación —una desesperación terrible, terrible— no dejaba de estar presente, precisamente porque uno no podía, al contrario que Nagel, ponerla «en cuestión»?

Josh: Josh había interrumpido la soledad de Vanessa, su exceso de reflexión, su desastrosa sensación de que, en realidad, no había nada por lo que mereciera la pena vivir. (*Te tragas el universo como una pastilla, pero después lo orinas, sale de ti, junto con todas las demás cosas importantes.*) Quería muchísimo a Josh. Lo quería por... ¿por dónde podía empezar? Por tener cuerpo... Empecemos por ahí. Quizá fuera una forma frívola de plantearlo, pero es que sus demás novios, tal como eran (¡los dos que había habido!), en comparación habían sido prácticamente etéreos: realmente avergonzados de tener cuerpo. A Josh le gustaba el suyo y lo utilizaba de forma insistente. A ella le encantaba esa insistencia, la presencia de su necesidad, que no tardaba en atizar la suya. Le encantaban sus brazos fuertes, le gustaba sentir la presión de su engreída polla contra su pierna, le encantaba cómo cerraba los ojos y fruncía el ceño, como si estuviera concentrado, cuando estaba a punto de correrse. Cuando ella estaba con Josh, todo —todo *esto*— se detenía. Y ahora aborrecía despertarse y descubrir que él ya se había levantado; entonces todo —todo *esto*— se activaba de nuevo.

Todo se había «reactivado» hacía tres meses. Peor que en las peores épocas de su vida. Una noche, durante la cena, no hizo más que sugerir que ella y Josh se trasladaran durante un tiempo, en algún momento futuro, sin precisar, a Inglaterra: ya estaba harta de Skidmore, dijo que estaba cansada de ver quince jactanciosas banderas americanas en diversos edificios de Broadway. Y Josh puso una cara espantosa de recelo e incomodidad, y ella comprendió, *comprendió* sin más... algo terrible. Que nunca se trasladaría a Inglaterra con ella.

Lo podría soportar. Vale, vivirían en Saratoga Springs, o en Nueva York o Chicago. Donde él quisiera. Lo que no podría soportar, lo que le resultaba insoportable pensar, pero no podía dejar de pensar, era el vacío que se había abierto cuando Josh puso era cara recelosa, sonriente, débil, reservada: la idea de que él no podía plantearse la idea de ir a Inglaterra, no porque no pudiera imaginarse vivir en ese país, sino porque no podía imaginarse vivir en otro sitio con ella en el

futuro. En realidad, Josh era un niño. Vivía siempre en el presente, con muy pocas cosas: un cajón con camisetas y ropa interior, y un ordenador portátil. A ella le encantaba esa despreocupación. También era moralmente admirable: *pensad en los lirios del campo*. Pocas veces miraba hacia delante, apenas «pensaba en el mañana», y en el momento en que ella le preguntó, él se apartó de ella, con una debilidad absurda y sonriente en su hermoso rostro.

La angustia fue indescriptible. No podía dormir. Por la noche, Josh yacía junto a ella, extinto, como el cadáver de su relación. Por la mañana, ella tampoco podía levantarse de la cama. Apenas podía arrastrarse penosamente de una clase a otra. Así que Josh la abandonó, en realidad la dejó por imposible, se fue a Chicago a visitar a sus padres, y Vanessa canceló el billete para ir a Northumberland en Navidad, y seguía sin poder dormir, pero tampoco podía levantarse, y el doctor Lasky le recetó Wellbutrin, que no le hizo nada. Quería que su padre y su hermana vinieran a rescatarla, pero le daba demasiada vergüenza contarles qué iba mal; quería que su madre estuviera viva, quería que mamá la visitara en la cama (Lucozade y uvas), como hacía cuando la pequeña Vanny se ponía mala. Se tumbaba en esa cama, inmovilizada, absolutamente intimidada por el día. Solo la perspectiva de ducharse, de tener que hacerse el desayuno o de telefonar a Josh a Chicago le parecían tareas imponentes. Comenzó a dolerle el brazo derecho, prácticamente no podía levantarlo, era una especie de parálisis, y una mañana fue al baño, se miró en el espejo y tuvo mucho miedo de llegar a dañárselo. Apenas una hora después se cayó por las escaleras y se rompió ese mismo brazo, y entonces el Wellbutrin comenzó por fin a funcionar.

Como solía ocurrir con las heridas físicas, el accidente lo cambió todo. Los vecinos, los cristianos evangélicos que vivían al lado, la oyeron gritar, le apañaron un cabestrillo y se la llevaron a urgencias. Van telefoneó a Josh, que regresó inmediatamente de Chicago, mostrándose solícito, atento. Arrepentido. Confeccionó una tarjeta plegable, con una fotografía de los dos, tomada muy al principio de su relación por Amy Isaacson; dentro, Josh escribió, con dulzura y torpeza: «Inglaterra, el Reino Unido, Europa, el mundo, el universo. Donde tú quieras». De repente, Josh era otro. Tenía interés en ella, le contaba cosas de sus padres e insistía en que lo acompañara a Chicago durante las vacaciones de Navidad para conocerlos.

El día de Navidad, en Chicago, tomaron comida china para llevar (ni pavo, ni coles de Bruselas desmelenadas por la cocción). Parece que a los padres de Josh les cayó bien Vanessa y ella no pudo evitar que ellos le cayeran bien. Para empezar, eran intelectuales. Le encantó el piso, amplio y cómodo, hasta los topes de libros, y sus magníficas vistas de la cambiante extensión del lago Michigan. Y era una casa feliz. Esas cosas se apreciaban con bastante rapidez, de las casas emanaban las cualidades como un olor. En consecuencia, la escenografía constituyó un buen anuncio de la madre de Josh, que era psiquiatra de familia. A Vanessa le gustó que el hogar fuera un matriarcado. Josh y su padre cedían ante Wendy Rich, eran delicados y solícitos. Por su parte, ella se mostraba tranquila y serena. La buena planta de Josh procedía de su madre: a Vanessa le pareció que era guapa, de rostro alargado y elegante. Al principio se mostró recelosa con Wendy, temiendo que la terapeuta profesional siempre estuviera activada, diagnosticando y analizando. Cuando Wendy se la quedó mirando, Vanessa apartó rápidamente la mirada, para proteger su alma. ¿Cuánto le habría contado Josh a su madre? ¿A qué pensaría que se debía la escayola de su brazo derecho? Pero Wendy Rich tenía mucho más interés en los niños que en los adultos. Lo que le fascinaba era el desarrollo infantil. Dijo que, en su opinión, a los diez años «estaba todo hecho», ¿o era a los doce? A Wendy le impresionó la profesión de Vanessa y quiso debatir con ella sobre los filósofos que había leído en Columbia a finales de la década de 1960: Marcuse, Arendt,

Sartre. Vanessa hizo lo que pudo, pero sintió que no había estado a la altura.

El padre de Josh, Adam Rich, tenía varias de las peculiaridades de su hijo: hablaba rápido, con un poco de frenillo, y se pegaba con el mismo ahínco a datos crípticos. Pero Adam era más mundano que Josh, con más interés en el éxito y los productos de calidad. Disfrutaba con sus muchos «artilugios» y alardeó de ellos ante Vanessa: la máquina de Nespresso («los 200 dólares mejor gastados de mi vida»), el exprimidor de acero inoxidable o el extraño artefacto cuya función era extraer un corcho de vino en tres segundos. A veces Adam le recordaba a Vanessa a su propio padre. Pensó que los dos se caerían bien. Después llegó a la conclusión de que Adam Rich podría intimidar a Alan Querry, que no se dejaba intimidar fácilmente, salvo precisamente por los puntos fuertes de Adam: la soltura intelectual y una especie de confianza en uno mismo que en Estados Unidos era judía, pero que en Inglaterra habría sido aristocrática.

Lo que más le gustaba era cómo se hablaban Adam y Wendy. Al contrario que sus propios padres (tal como ella lo recordaba), estos habían aprendido a tomarse el pelo sin discutir. El gran tesoro de Adam —su mejor artilugio— era un barquito que guardaba en el Club Náutico de la calle 31. Wendy se quejó ante Vanessa de que su marido nunca sacaba el barco de paseo.

—Si sumáramos todas las veces que lo ha utilizado y las dividiéramos por lo que cuesta mantenerlo, saldría una cifra deprimente.

—Sí —dijo Adam con cordialidad—, pero si dividiera por el coste todas las veces en las que *pienso* en él, la cifra saldría mucho más halagüeña.

Fue durante su tercer día en Chicago cuando Vanessa comprendió que quería formar parte de esta familia intelectual pero mundana, y vivir en su casa para siempre. En una mesa supletoria vio uno de los libros de psicología de Wendy, que tenía un título absurdo: *El género como asamblea blanda* («es más o menos nuevo y, la verdad, muy bueno», dijo Wendy). El título se convirtió en una de esas cosillas tontas de las que uno se ríe en grupo. Josh lo metía en sus frases —«cuando mis hermanos están en casa, el género de la asamblea se pone más bien duro», y cosas así—, y cuando, a la mesa, en algún momento comenzaron a reírse una vez más de la ridiculez de *El género como asamblea blanda*, Van cayó en la cuenta de que no estaba del todo desesperada. Rodeada por esa gente cariñosa, animada también por la sensación de estar haciendo novillos —por el hecho de que las Navidades estuvieran fuera de la casa, pero no dentro—, le pareció que su tristeza se disipaba ligeramente. Ese había sido el regalo que le había hecho Josh: con una Navidad judía, le había regalado a su propia familia.

E hizo más. Después del viaje a Chicago, volvieron a Saratoga Springs y hablaron del futuro y de cómo podría ser la vida en Inglaterra, y después él mandó un mensaje electrónico a Helen y le sugirió que, si iba a viajar pronto a Nueva York, debía ir al norte del estado y levantarle el ánimo a su hermana. Helen, por supuesto, después habló con papá, así que Josh fue directamente responsable —¡para bien o para mal!— de la visita de papá a su casa en Saratoga Springs.

Pero la desesperación nunca se desterró; su recuerdo y, por tanto, la perspectiva de sufrirla siempre acechaban. Solían venirle a la cabeza con frecuencia unas vacaciones que pasó en Cornualles y la extraña, horrible sensación de que el estremecimiento azul del mar siempre estaba cerca. En los corredores flanqueados por altos setos, en las veredas encajonadas, se sentía muy próxima el mar, y que la tierra continuaba hasta que se topaba con el precipicio. En todos los campos, en todos los caminos, eras consciente de la infinita e imponente agitación del mar, que no veías, aunque estuviera al final de todo. Mágico y un poco aterrador, así lo recordaba. Pero la imagen de terror era diferente, incluso humillante, para una profesora de filosofía de cuarenta años

que daba clases con regularidad sobre «Aristóteles y la prosperidad humana». Porque la desesperación era como el mar. Batía sin cesar, sin que se viera, siempre presente: el profundo enemigo de la prosperidad humana, carcomiendo sus fronteras. Por ahora, había apartado esa tristeza «pero no dejes de tomarte el Wellbutrin», le dijo el doctor Lasky). Más feliz que desde hacía mucho tiempo, tenía cierta razón para esperar que la absurda, reservada sonrisa de Josh hubiera sido más una muestra de ignorancia y de temor que de un deliberado fatalismo. Ahora parecía tan distinto.

30

A la mañana siguiente, Alan se levantó temprano en el hotel para llamar a Candace, que dio información especializada sobre Wellbutrin: un antidepresivo que se solía recetar para tratar la ansiedad, el insomnio, los cambios de humor y cosas así.

—Pero *¿por qué* está deprimida? —gritó Alan con frustración infantil.

—¿De verdad te sirve de algo tomártelo así, cariño?

¿Es posible que estuviera tomando otro medicamento, más potente?, preguntó Candy. Pensaba que lo más probable es que a Vanessa le hubieran recetado por lo menos dos medicamentos. «Si fuera *tu* hija —pensó Alan—, no querrías confirmar la existencia de un segundo medicamento; tendrías que apartar la atención del asunto; tu atención se convertiría en cenizas.» Sin embargo, lo que le dijo Alan —y era cierto— es que tenía la sensación de que llevaba «siglos» fuera de casa. Lo que lo volvía frágil, a pesar de la buena cara que ponía ante el mundo, era la nieve que lo encerraba en este gélido reino blanco, o la intensidad de sus emociones. Aquí el tiempo parecía avanzar con dificultad, con pesadas botas de nieve. Candy le contó noticias y cotilleos de casa, para animarlo: su vecino, el baronet (una palabra que le parecía conmovedoramente difícil de pronunciar), se iba a construir una piscina cubierta, por la terrible artritis de lady Compton: nadar podría aliviarla. A Alan le encantaban esas historias, lo normal es que lo tranquilizaran. Ahora mismo, la vida del baronet le parecía ideal, una existencia perfecta e irreflexivamente inglesa. Pero ya no tenía tiempo de escuchar más, también tenía que hablar con su madre. Y *mam* también tenía sus historias: una relacionada con una señora de la residencia, que llevaba años dedicada a un tapiz sagrado para su iglesia y, cuando por fin lo había terminado, había descubierto que la diócesis iba a cerrar y desacralizar ese pequeño templo, lo cual, como cabía esperar, no tuvo ningún efecto tranquilizador para Alan. *Mam* quería saberlo todo sobre Josh. ¿Era tan guapo como parecía en la fotografía que Van le había enviado? ¿Era «un joven simpático»? ¿No podría Vanessa casarse con él y trasladarse a su país? Van era mayor, pero no tanto como para no poder tener por lo menos *un* hijo. Hoy en día, «en los periódicos», las cuarentonas tenían hijos todo el rato. Su madre no tenía ni la menor idea de cómo era la vida de Vanessa en Saratoga, pero seguía siendo como el señor Bridger de *Un trabajo en Italia*, planeando operaciones en ese país desde su celda en Inglaterra, pensó Alan aburrido al colgar el teléfono. Sin embargo, cuando escuchó la voz de su madre, tuvo ganas de sentarse junto a ella, acompañándola junto al antiguo butacón de cretona en el que estaba sentada. Hacía mucho, mucho tiempo, cuando ella subía las escaleras para darle las buenas noches, él le preguntaba: «¿Has traído el punto?». Y cuando respondía que sí, él se alegraba, porque significaba que *mam* se quedaría a contarle un cuento.

Desayunaron todos juntos en casa de Vanessa. Helen, que se marchaba una hora después a Nueva York, y después a Londres, estaba briosa, con la espalda erguida, casi incómodamente vital. Elogiaba a su hermana mayor por éxitos bastante nimios:

—Fabuloso este café, Van, ¡muchísimas gracias! ¿De dónde es esta mermelada? Local, claro. *Qué bien* que la hayas descubierto.

Alan sabía lo que pasaba: estaba expiando lo deseosa que estaba de marcharse. Van estaba apagada, ansiosa, en otro mundo, encorvada. Iba a dar la primera clase del semestre, a las doce, sobre ética y acción, y no se sentía preparada; se había llevado un libro a la mesa. Hizo una bromita sobre las clases que tenía que dar «a los afortunados jóvenes del Club Industrial para Muchachas Lucy Skidmore Scribner» (que, mira por dónde, era el nombre original del centro).

Alan se había olvidado de que Vanessa, como todo el mundo, tendría que ir a ganarse la vida. Y Josh, de pie cerca de la tostadora, se balanceaba ligeramente sobre las almohadillas de los pies y estornudaba. Tenía cierta alergia matinal. Y una nueva camiseta: «Bomberos de Chilmark. Manténgase a 300 pies de distancia». Alan estaba encantado de acatar esa orden.

—¿Cuántas tienes? —preguntó apuntando al pecho de Josh.

—Oh, casi no ha visto ninguna —contestó Josh con buen humor.

El coche de Helen llegó pronto, por supuesto, un gigantesco Chevy Suburban negro, amenazante y funerario, con un grueso tubo de escape que gorgoteaba como el de un barco. Un chófer latino, elegantemente vestido y pequeño junto a su reluciente lancha negra, mantenía abierta la puerta trasera. Dentro, asientos de cuero color crema, y las rejillas de ventilación del salpicadero arrojando aire caliente sin parar. La abundancia estadounidense que a Helen le encantaba. Había pagado a un chófer para salvar las tres horas y media que la separaban de Nueva York. Los adioses fueron breves e intensos. Alan abrazó a Helen calurosamente y le besó agradecido el cuello, parecido al de Cathy, e inhalando su aroma, también como el de Cathy: quería que supiera, mediante ese gesto, que no le guardaba rencor. En su profesión había dos tipos de constructores: los gritones, los grandes avasalladores; y los pacientes, los tranquilos. Los que capeaban el temporal. Sabía a qué tipo pertenecía él. Helen prometió llamar cuando llegara a Londres. Ella y Vanessa se dieron un largo abrazo y pareció que Helen susurraba algo al oído de su hermana. Con su mortuario perfil, el Chevy fue rechinando al bajar la rampa de acceso, las luces de frenos destellaron y el coche desapareció.

Cuando volvieron a sentarse en la cocina los invadió una especie de incomodidad, la incomodidad de la desnudez, de la revelación: ahora estaban al descubierto. Sin Helen, ¿qué demonios se iban a decir los unos a los otros? La salvación: había terminado el fin de semana, era lunes por la mañana y hora de trabajar. Josh dijo que tenía que ir al pueblo a escanear algo y a imprimir otra cosa en color. Vanessa no tardaría en marcharse al campus, donde se iba a reunir con alumnos, y después tenía su clase del mediodía. ¿Tenía interés su padre en comer después de la clase? ¿En casa? ¿Qué iba a hacer hasta entonces? Alan pensó que se quedaría en casa un rato, se tomaría alguna otra taza de café y leería el *New York Times*. Y después, como Van y Josh iban a estar ocupados en los días siguientes, quizá pensara en alquilar un coche. Quería conducir un poco, explorar los alrededores: el famoso «*upstate* de Nueva York». Así se mantendría ocupado. Vanessa dijo que debía utilizar su coche, el Toyota. De todas maneras, lo del brazo le impedía conducirlo. No se lo había dicho a nadie, pero Alan estaba deseando conducir un imponente cochazo estadounidense con ese repiqueteo del motor V8, pero aceptó la generosa —y económica— oferta de Van. Levantándose, Josh dijo que caminaría con ella hasta la universidad. Van

comenzó a recoger la mesa.

—Ya lo hago yo —dijo Alan—, ahora mismo tengo todo el tiempo del mundo. Vete a preparar la clase.

Le gustó escucharla correr en el piso de arriba, los suspiros de exasperación, los portazos en la puerta del cuarto de baño. Como antes, cuando las niñas se preparaban para ir al cole...

31

Estaba solo, leyendo el *New York Times* —le gustaban sus necrologías: en Estados Unidos te contaban realmente *de qué* había muerto el personaje, no te despachaban con ese eufemismo tan inglés de «después de una larga enfermedad» (que, por su propia experiencia, sabía que tampoco es que fuera un eufemismo)— y cuando sonó el timbre estaba pensando en marcharse. Desde luego no era Josh, ya de vuelta del pueblo y temporalmente encerrado. Ante la gélida puerta había un absoluto desconocido: un tipo de mediana edad de aspecto insulso, cuyo rasgo más llamativo es que no llevaba prenda de abrigo.

—Soy Jerry Dent, nos conocimos la tarde del sábado, pero ya era de noche. Vivimos aquí al lado. El perro...

—Sí, sí. Soy Alan. Me temo que Vanessa está trabajando. Vuelve a la hora de comer.

—En realidad me gustaría hablar brevemente con usted, si tiene un momento. ¿Le importa?

Se mostraba solícito, contundente, afable, todo a la vez. Alan conocía ese estilo: el del párroco local. Con cautela, pero indefenso, pensó que tenía que invitar al hombre a entrar en la cocina. Calculó que él era más alto que Jerry, y más fuerte, a pesar de la diferencia de edad. Si hubiera necesidad... Jerry tenía menos espaldas que un castor, con cierta tripita. Cristianismo sin músculo. Alan le agradeció que hubiera ayudado a Vanessa cuando se cayó por las escaleras.

—Me dijo que usted y su esposa le habían hecho un cabestrillo, ¡con una toalla!, y que la llevaron en coche al hospital. Fue todo un detalle. La verdad es que, donde yo vivo, no tengo vecinos así.

—Era lo mínimo que podíamos hacer. Estaba... bueno, estaba en un estado lamentable cuando nos la encontramos. No solo físicamente. A decir verdad, de eso es de lo que quería hablarle: he visto que Josh y Vanessa se marcharon esta mañana, que usted estaba solo, así que he venido... Diane y yo estamos muy preocupados por Vanessa. Me da la sensación —Jerry miró a su alrededor, de manera teatral— de que esta casa no está en comunión consigo misma. Me produce una auténtica sensación de tristeza, de tristeza *espiritual*.

—Bueno —dijo Alan, extrañamente emocionado—, a lo largo de los años la pobre Vanessa ha tenido que librar sus batallas. Como su hermana. Como todos: muertes, divorcios e impuestos.

Jerry no cedía.

—Pero ¿quién la va a sacar de esas batallas? ¿Quién la va a salvar? —preguntó.

—¿Y eso qué quiere decir? Ya sé que solo voy a estar aquí más o menos una semana, pero estoy intentando ser útil.

—No confíe en príncipes, en el hombre mortal...

—¿Cómo dice?

—No le estoy reprochando nada. ¿*Qué* la va a salvar? Vanessa vino a nuestra iglesia de Malta, ¿sabe usted? Dijo que solo había ido para «observar», pero no se comportó como un observador neutral.

—¿Ah, no? ¿Y qué hizo? —Alan estaba intrigado.

—Durante uno de los testimonios, se arrodilló y comenzó a llorar. Estábamos sentados justo a su lado. Pensamos que llevaba mucho sufrimiento dentro, y también pecados. En realidad, lloró porque los pecados estaban saliendo de ella.

—Sufrimiento sí, pero no pecado —dijo Alan tajante—. Pecado no.

Jerry sonrió.

—Está usted muy seguro de la ausencia de pecado. Me alegro por usted. Los cristianos no pueden estar tan seguros.

—No estoy seguro de *mi* falta de pecado, solo de la de ella. —Alan también quería decir: «¿Por qué no la deja en paz de una vez?»—. Y, hasta donde yo sé —continuó—, Vanessa no es cristiana. Por ahora.

—Quizá no, pero volvió otra vez a la iglesia y se pasó gran parte del servicio rezando. Rezando con devoción. Con los ojos muy cerrados. Rezándole a alguien o a algo. La cuestión es que necesita algo que la saque del sufrimiento. Y seguro que no serán las sustancias laicas.

—¿Sustancias?

Jerry parecía inquieto.

—Cuando la llevamos al hospital tuvo que decirle a la enfermera de recepción si era alérgica a algo y si estaba tomando algún medicamento con receta en ese momento. Diane estaba junto a ella y vio que Vanessa escribía el nombre de dos antidepresivos distintos...

—Eso es asunto *suyo*, *debe* ser asunto *suyo*. ¿Está claro?

—Claro, clarísimo. Igual que el café de la Marina, como decía mi padre. De acuerdo, mire: yo no he venido aquí a discutir ni a enfadarle a usted. Simplemente estamos preocupados por nuestra vecina. Siento mucho si le he dado malas noticias... Pero yo tengo una responsabilidad, como cristiano... Alan, ¿le importaría... le importaría si rezamos juntos? A mí me gustaría.

Le importaba, y mucho, pero no quería parecer intransigente; después de todo, Van tendría que vivir muy cerca de estos meapilas, prácticamente estaría sentada en el mismo banco de iglesia que ellos, mucho tiempo después de que él se hubiera marchado. Jerry, de forma totalmente inesperada, agarró la mano de Alan y bajó la cabeza. Fue como tener que bendecir de nuevo la mesa antes de comer, cuando, de niño, lo que te pedía el cuerpo era soltar una risita o dar patadas en las espinillas a tu mejor amigo por debajo de la mesa. Como un niño dócil, estupefacto ante lo que estaba haciendo —y súbitamente consciente de que tenía ganas de hacer pis—, Alan cerró los ojos. Jerry tenía la mano seca. Sus carnes flojas se centraron y sacudieron ligeramente. Su voz pareció adoptar una gravedad vibrante, como la de un imitador de Elvis: un bajo de casino.

—Señor Jesucristo, te pedimos tu bendición para esta casa y para todos los que en ella viven y se alojan. Te presentamos a tu sierva Vanessa y a este siervo, Alan, para que los bendigas y protejas, y que así tornes el conflicto en concordia, y la tierra seca en terreno fértil. Para que así puedas *sanar* a Vanessa, señor. Sobre todo, te rogamos señor que el don de la serenidad descienda sobre esta casa, conscientes del ejemplo de tu supremo sacrificio, seguros en la conciencia de que la mayor de las serenidades solo puede venir de ti, nuestro salvador, Jesucristo. Amén.

—Amén —dijo Alan con energía. Para ser una oración, había sido rápida: se temía que fuera mucho peor. Jerry lo miró con sorprendido optimismo, como si la guapa de la fiesta hubiera aceptado sorprendentemente bailar con él. «Pescadores de hombres, pescadores de hombres», pensó Alan.

Cuando se marchó Jerry, Alan, sintiéndose un poco aturdido, decidió que debía irse inmediatamente de la casa. No podía soportar encontrarse a Josh. Era maravilloso, aterrador, no tenía planes: el día se extendía ante él como una pradera nevada. Tenía la ligera idea de que conduciría un rato, para echar un vistazo al terreno. Era bonito lo que se veía fuera —un interminable cielo azul, reflejando el blanco del suelo—, pero hacía demasiado frío para caminar. Así que con un solo clic del mando se metió en el Prius de Van, y sonrió al ver cuatro libros académicos de la biblioteca desparramados en el asiento trasero. En realidad, el Toyota Prius era un aparato inmundo: ya sabía que era híbrido, pero ¿también tenía que parecer anfibio? Faros horribles, como los de la mayoría de los vehículos modernos. Cuando él era pequeño, los coches tenían rostro humano; boca amplia y ojos redondos muy separados entre sí. El antiguo Rover P5B tenía un inquietante parecido a Harold Wilson, lo cual quizá explicara que el primer ministro siempre hubiera usado uno. Así que la muy boba fumaba en el coche: al principio, el aire espeso, encerrado, era casi irrespirable. Como los antiguos vagones para fumadores de los trenes o el piso superior de los autobuses de dos niveles. El cenicero y la consola estaban salpicados de ceniza de tabaco gris, y el primero estaba lleno de colillas retorcidas; rodando por debajo del asiento del copiloto, había dos botellas de agua vacías; el tejido de los asientos tenía un par de desgarrones, y en el de atrás se había derramado algo. Apretujada en el bolsillo de la puerta del conductor, una caja de pañuelos desinfectantes servía como quimérica enmienda de todo eso.

Pasó por Broadway, delante del fabuloso Alexandria, de los magníficos edificios, y poco a poco abandonó el pueblo. Sería mejor salirse de la carretera principal, meterse en el campo y transitar por vías secundarias. Donde está la vida. «Qué putada, aquí van por la *derecha* —se dijo—. *Links fahren. Tenez la gauche*, no eso es en Dover, al *volver* desde Francia.» Un poco nervioso, se puso detrás de una fila de coches. Justo delante había otro Prius, granate metalizado, por detrás lleno de adhesivos, como la mochila de un estudiante: «Por lo menos, la guerra contra el calentamiento global va bien. El Arrebatamiento no es una estrategia de salida. W significa Guerra. Ya estoy en contra de la siguiente guerra».[9] Era agotador, como las camisetas de Josh, aunque ahora él estuviera sonriendo.

Cuando el Prius tatuado giró a la izquierda y se salió de la vía principal, él hizo lo mismo, reduciendo la velocidad para adaptarse a una carretera más estrecha. Pasaba junto a campos invernales desnudos y terrenos de cultivo, o eso parecía: un granero que parecía una iglesia, silos plateados alzándose erguidos como misiles. Un *quad* con remolque. La carretera no tenía arcén; un peatón insensato tendría que apañárselas en la cuneta cubierta de hierba. Pero el campo nunca dejaba de ser urbano: un enorme instituto de secundaria aparecía y desaparecía («¡Aúpa, Knights!»); gasolineras y una especie de centro de veteranos de guerra («Lunes: pollo para cenar»); una baqueteada camioneta Ford a la venta, 140.000 kilómetros, aparcada en medio de un extenso, despejado y nevado patio delantero, como uno de esos brutales poemas modernos deliberadamente rodeados de amplios márgenes; un motel poco prometedor —diminutas casitas de madera, que recordaban ligeramente a cubículos para ganado—, que podría haber cerrado en 1957, pero que seguía anunciando sus habitaciones libres; una casucha cuyo cartel colgante ofrecía ayuda de frikis de los ordenadores a problemas informáticos («Basta con conectar», se

llamaba el negocio). Durante kilómetros y kilómetros, eso parecía, persistía el arruinado paisaje empresarial, o más bien subsistía, pensó Alan, porque estaba bastante claro, desde luego más claro que el café de la Marina, que la vida fuera de Saratoga era enormemente difícil, ardua, de una austera pobreza, que en cierto modo le recordaba al noreste de Inglaterra y a su infancia: a cómo él y sus padres lo utilizaban todo hasta la extinción, a cómo él y *mam* iban andando a todas partes (por esas calles de Newcastle llenas de humo). Antes de trasladarse a Durham —y de prosperar— *mam* hacía creer a los vecinos ricos del final de la calle, los de la gran casa de la esquina, que en casa por lo menos cenaban carne tres veces a la semana. El antiguo olor a repollo hervido, como de ropa sucia: hasta la fecha seguía negándose a comer repollo, se negaba a comprarlo. Y sin embargo le gustaba lo que veía por aquí. Era singular, todo tenía perfiles marcados, la conmoción que producía la diferencia tenía un sabor propio y fuerte a peltre.

Quería llegar hasta Troy, para ver a qué se refería Helen, pero se volvió porque se le había ocurrido algo: acercarse al campus y asistir a una clase de Vanessa, que empezaba más o menos dentro de cuarenta minutos. Dio la vuelta, aceleró, hasta donde se lo permitía un Prius, y volvió al pueblo en media hora.

32

El campus de Skidmore producía la misma agradable sensación boscosa que el conjunto de Saratoga, como si los estudiantes fueran a la universidad a estudiar silvicultura: esos maravillosos árboles, desarraigados en medio de la elevada nieve: gruesos arces, altos y desnudos álamos (nada parecía más abandonado que un álamo en invierno), los espigados y plateados abedules, con su desmenuzada corteza, que parecía herida. Demasiados aparcamientos, el acuciante pecado estadounidense; pero ahora él utilizó uno, que le señaló un amable estudiante (había tenido que reprimirse y no preguntar: «¿No vas tú también a la clase de la profesora Querry?»), y entró en un edificio de ladrillo de aspecto insulso con ventanas muy retranqueadas. En lo alto de la funcional escalera, después de cruzar varias puertas anodinas, se encontró por fin en el departamento de Filosofía. Bueno, ¿qué esperaba?, ¿el Partenón?, ¿Trinity College, Cambridge? Era diminuto, solo un poco más grande que la oficina de correos de su pueblo. En lo que parecía la recepción o un puesto de avanzada burocrático, preguntó dónde tenía lugar la clase de mediodía de la profesora Querry.

—¿Se refiere a «Introducción a la ética: acción y reflexión»? ¿Está usted en el programa de oyentes? —Alan contestó que sí—. Entonces pase esa puerta, siga el pasillo y gire a la derecha. Busque por allí el aula Ballston.

Estaba nervioso como un crío, los brazos le temblaban al recorrer el pasillo; un estudiante le dio un empujón al pasar. El joven iba al mismo lugar, a un aula que parecía el interior de una iglesia, de largas mesas semicirculares y bancos corridos. Con una rápida mirada, Alan buscó un asiento discreto. Arriba, en la última fila, cerca de la única persona de edad de la sala, que seguramente sí estuviera en el programa de oyentes. Era, ah... el doctor Kunis... estiloso y élfico con su gorro de lana verde. Un elegante elfo verde. Por supuesto. Alan se desesperó durante un instante, después recordó que el doctor Kunis no era en realidad psicólogo y que él se había mostrado inexplicablemente cortante con ese hombre en los últimos minutos de su encuentro anterior. Con afecto agarró la mano extendida e hizo como que cumplía un compromiso contraído hacía tiempo: asistir a una clase de su hija. Que entró en ese momento y bajó las escaleras con unos papeles en la mano. Con instinto de escolar, Alan pensó en ponerse de pie (seguramente el viejales de Kunis entendería ese impulso); intentó controlar su vergonzosa inquietud, su rodilla temblona. Temió perturbar la presentación de su hija, que su presencia la desconcertara, enfadara u ofendiera. Que de alguna manera se pusiera en ridículo ante sus alumnos. (¡Qué pocos había! ¿Por qué tan pocos? No tenía sentido.) Vanessa bajó la vista hacia sus notas, hizo una o dos marcas con el bolígrafo y levantó la vista por primera vez. Curiosamente, vio a su padre en la última fila de la pequeña aula, posó la vista en él, le lanzó una mirada y sonrió, con una felicidad

y una confianza transparentes. No estaba intimidada, ni incómoda, ni enfadada; simplemente estaba encantada de que él se hubiera molestado en ir, encantada como pocas veces lo están los adultos o pocas veces admiten que lo están.

De pie y sosegada ante su público, habló con suave autoridad, entrecerrando un poco los ojos para concentrarse, como era habitual en ella, y explicó que esta era la primera clase del semestre, que sería introductoria y que esperaba que a los alumnos no les distrajera demasiado su escayola color verde pino:

—Una trifulca que tuve hace poco con las escaleras, y parece que la ganaron. No es el color que yo habría elegido si hubiera estado sobria (esto es una *broma*), pero aquellos que tengan interés en indagar en la filosofía del color, y en fascinantes cuestiones filosóficas como si existe realmente la propiedad «verde» al margen de nuestra percepción, todavía tienen tiempo de apuntarse a la asignatura sobre David Hume de la profesora Isaacson, que os recomiendo encarecidamente. Eso siempre que comprendáis que es imposible que sea tan buena como *esta* asignatura.

Continuó: su clase se centraría en la historia de la ética, prácticamente desde los grandes hasta ahora, desde Aristóteles hasta Adam Phillips, haciendo especial hincapié en la filosofía en cuanto acción y en cuanto reflexión. Al final del semestre habría una conferencia especial del psicoterapeuta británico Adam Phillips, de asistencia obligatoria. «Sí, así es como podremos pagarle toda la pasta», bromeó.

—*¿Para qué os prepara la especialidad en filosofía? ¿Para la vida!* Algunos reconoceréis la cita: está en la página web de nuestro departamento. ¿Es cierto eso? ¿Nos prepara la filosofía para la vida? Bueno, se podría decir que, si la filosofía significa algo, significa una disciplina, en los dos sentidos de la palabra, que es a un tiempo abstracta y práctica, teórica y concreta, intelectual y moral, afectiva y efectiva, una forma de pensar que, en teoría, debería proporcionar un *modus vivendi* que conjugara la *reflexión* sobre la vida y la *vivencia* de la vida.

Remitió a los estudiantes a unas palabras que aparecían en los papeles que había distribuido, y que había tomado de una de las lecturas obligatorias de la asignatura, de Bernard Williams: «La única empresa importante es la vida, y tenemos que vivir después de reflexionar; además (aunque la distinción entre teoría y práctica nos anime a olvidarlo) también tenemos que vivir mientras reflexionamos». La única empresa importante, recordó al público, *no* es la filosofía:

—Quizá Williams sugiera que, si fuera necesario, podríamos pasarnos sin la filosofía. Porque la *única* empresa importante es la vida. No podemos pasarnos sin ella. Sin embargo, para vivir como es debido, plenamente, también debemos reflexionar sobre la vida, pensar en la vida. Lo cual es una definición de filosofar: de manera que volvemos al punto de partida. *Pensar sobre la vida y vivir la vida*. ¿Cuál es la diferencia? ¿Hay una diferencia? ¿Podemos elegir? En una ocasión, otra sabia filósofa, profesora mía en Princeton, que tenía tres hijos (siempre iba corriendo de un lado a otro, siempre llegaba tarde, superatareada y agobiada), me dijo que, si quieres tener mucho tiempo y libertad *para pensar* en la vida, no tengas hijos. No hace falta decir que casi ninguno de los grandes filósofos los tuvo. Sin embargo, según decía mi sabia amiga, si realmente quieres *estar* vivo, debes tener hijos y disfrutarlos. Lo cual te convertirá en un mejor filósofo, o eso decía ella. Por cierto, Williams tuvo tres hijos. Su «muy elocuente fragmento» — señaló Vanessa— será una especie de lema del conjunto del semestre.

El nerviosismo de Alan había desaparecido con rapidez, como si se hubiera tomado una aspirina: su impresionante hija controlaba fácilmente a su reducido público, sacando a colación

citas, nombres y fechas, con una autoridad que a él le parecía mágica; se detenía de vez en cuando para hacer una gracia, y en cierto momento se giró para escribir en la pizarra «Imperativo categórico». «La famosa ley de Kant surgirá con frecuencia y, siempre que surja —dijo— me referiré a ella como IC: no es una serie televisiva de investigación forense.» (Algunas risas entre los alumnos más aplicados.) Arrullado, cansado, orgulloso (Van era distinta ante los estudiantes, y qué atractiva estaba también con su elegante «ropa docente»), le entró sueño y tuvo que recurrir a su antiguo truco al volante —darse un fuerte pellizco en el lóbulo de la oreja derecha con las uñas— para mantenerse despierto. Ahora su hija estaba hablando de Aristóteles y de la *eudaimonía*, «que a veces se traduce por *felicidad* o *bienestar*, pero que quizá sea mejor expresar como *prosperidad humana*». Aristóteles, Sócrates, Kant, Adam Smith, Nietzsche, Freud, Simone Weil, Bernard Williams, Peter Singer... La cabeza de Alan se fue apartando del tema, pero no del tema Vanessa. Aunque tu hija solo fuera brevemente una niña, nunca te acostumbrabas del todo a no volver a verla en ese estado: ahí estaba —qué raro— esa impresionante adulta. En realidad, ¿no era la condición de adulto algo fantástico y frágil? Y era insoportable que esta mujer segura de sí misma, fascinante, inteligente, con autoridad, fuera la misma que la que había descrito Jerry Dent: una niña que vuelve a estar triste, que llora como una niña en la iglesia, con el sufrimiento «saliendo de ella», tendida al pie de las escaleras, «en un estado lamentable». Si describiera a esa persona, a esa adulta malograda ante los estudiantes, ninguno le creería. El doctor Kunis no le creería. Alan quería a Vanessa con toda su alma y le horrorizaba pensar que en algún momento la hubiera querido porque la compadecía. Vanessa siempre lo tendría todo. La primera hija especial. Fue brillante y afortunada desde el momento en que salió al mundo: la comadrona nigeriana, con la sangre del parto aún en sus manos negras, levantó a la diminuta y sonrosada Vanessa, después la colocó en el seno de Cathy y dijo, con un acento deliciosamente marcado, unas palabras que él nunca olvidó: «Es una niña, una niña con mucha *suerte*: para ella solo lo *mejor*. Solo lo *mejor*».

33

Esa noche, la cena fue inesperadamente bien. Alan se había saltado la comida con Vanessa — después de la clase estaba ocupada con los alumnos y sugirió una comida rápida, con el doctor Kunis, en el bar del campus, una idea atroz, muy propia de Van— y él se había montado de nuevo en el Toyota para hacer un poco de turismo. Por la noche dio cuenta de sus «descubrimientos». En torno a la mesa de pino, Josh y Vanessa le tomaron afablemente el pelo. Quizá porque el tema era Estados Unidos y no Inglaterra, él se mostró despreocupado y cordial, tan orgulloso de su ignorancia como de su conocimiento recién adquirido. Para el día siguiente quedaría la noticia de la «intervención» de Jerry.

Alan había comido en el Scooby Don't, una cafetería baratucha del pueblo que había elegido por su prometedora cutrez, por la misma razón que eliges el segundo vino más barato del menú. En Scooby Don't tomó algo llamado «hamburguesa hipócrita» (vegetariana con queso y panceta), una de las cosas más deliciosas que había comido en mucho tiempo.

—¿Sí? ¿De verdad? Nunca he comido ahí —dijo Josh.

—El sabor no tiene nada de hipócrita —dijo Alan—. Pero, tengo una pregunta. ¿Qué es exactamente el *queso americano*?

—Bueno, es un queso bastante blando, fundido, normalmente naranja o amarillo, que se... bueno, que se toma en América —contestó Josh.

—El queso americano es... queso americano —dijo riéndose Van.

Alan había vivido otro momento con la palabra «americano». Después de la comida, al salir de la cafetería, estuvo a punto de tropezarse con un perrillo, cuya dueña se había parado a encender un cigarro. No le gustaba el chucho enano que tenía a sus pies, pero había estado a punto de matar al puto bicho, así que lo elogió sin pensárselo.

—¿De qué raza es? —preguntó educadamente.

—¿Raza? —Breve pausa—. Oh, es americano —había contestado la dueña.

—La cuestión es que no supe si bromeaba o no —dijo Alan.

Casi a la vez, Josh y Van le aseguraron que la mujer bromeaba.

—Los americanos *sí* que tienen su sentido del humor, ¿sabes? —añadió Vanessa.

—Ya le voy cogiendo el tranquilo —dijo Alan.

—Hay muchas cosas a las que cogerles el tranquilo —dijo Vanessa— y algunas son bastante raras. Yo sigo sin soportar que haya banderas americanas por todas partes. Supongo que eso indica que soy extranjera.

—Lo que me pone de los nervios —dijo Josh— son esas enormes barras y estrellas ondeando

en el exterior de edificios absolutamente corrientes, como los concesionarios de Toyota y los McDonald's, como si el país estuviera gritando al unísono: «*Esto* es de lo que más orgullosos estamos». Por lo menos en Chicago las cuelgan de edificios modernos de lo más estilosos.

Alan cayó verdaderamente en la cuenta, por primera vez desde el inicio de su visita, del atractivo físico de Josh: sus interesantes, hermosos ojos brillaban; estaba lleno de vigor y de una aguda inteligencia. Su frenillo se evaporaba cuando no estaba nervioso. Además, qué joven parecía al lado de Vanessa: ella hablaba casi como su padre, en tanto que Josh sonaba... bueno, a joven y a americano.

Esta noche Van estaba alegre: la primera clase del semestre había ido bien; papá la había visto en acción. Y Helen se había marchado. La echaba de menos, siempre echaba de menos a su hermana cuando no estaban juntas. Helen estaba tan cerca de ella —esa aterradora afirmación sobre Alá— como su yugular. Pero era terrible reconocer que la ausencia de Helen facilitaba las cosas, simplemente porque su presencia lo ponía todo más difícil. Helen iba a tomar un vuelo nocturno de British Airways en el aeropuerto Kennedy, ahora estaría en el aire, colocando en posición horizontal su asiento de primera clase sobre el Atlántico...

Y Josh estaba amable esta noche, deseoso de dejar una última impresión favorable, quizá porque mañana se iba dos días de viaje a Boston —un encargo importante: entrevistas a un par de expertos en informática del MIT— y ahora no estaba claro si volvería a ver a Alan antes de que se marchara a Londres.

El único momento de inquietud lo produjo el viaje a Boston. Vanessa pensaba que Josh solo estaría fuera un día; estaba claro que se sintió decepcionada al enterarse de que sería una noche más. No solo fue una decepción, pensó Alan, fijándose en ella, sino que casi le dio miedo: un destello de desasosiego, de necesidad, le cruzó las facciones. Interrogó a Josh. ¿Dónde iba a alojarse? ¿Cuándo volvía exactamente? En ningún sitio caro, contestó él a la defensiva, solo el Holiday Inn de Somerville.

—Volveré casi *exactamente* cuarenta y ocho horas después. Ya te lo dije hace dos semanas.

—Entonces, sí *estarás* aquí cuando papá se vaya.

Insistió en que Josh no había mencionado las dos noches, solo una, pero que por supuesto debía tomarse el tiempo que necesitara. El sonido de la autorización se quedó flotando en el aire un segundo, hasta que Vanessa se dio cuenta y se corrigió.

—Ojalá pudiéramos ir contigo —dijo sin darle importancia—, pero yo tengo otra clase mañana y papá otra cita en el Scooby Don't.

34

Alan se despertó alrededor de las tres de la mañana, sin tener ni idea de dónde estaba. Esto mismo le había ocurrido una o dos veces en habitaciones de hotel, pero la situación siempre se había resuelto con rapidez: como una pantalla de ordenador que va del modo «reposo» al de activación. En el sofocante dormitorio del Hotel Alexandria parecía incapaz de evocar su pasado, como si una terrible amnesia nocturna lo hubiera borrado por completo. «¿Dónde estoy?» Encendió la luz, pero el cuarto le parecía totalmente desconocido. «¿Me ha dado un ictus? Muy bien, sé lo que significa un “ictus”, así que no he perdido el lenguaje. Pero ¿de dónde vengo?, ¿quién soy?» Se bajó de la cama y fue a trompicones hasta el escritorio. «Puedo moverme, quizá no haya tenido un ictus. ¿Dónde estoy?» El cuarto le devolvió una mirada penetrante. El miedo iba en aumento, para controlarlo, posó la vista sobre el escritorio y vio un bloc de notas con el membrete impreso del Hotel Alexandria, Saratoga Springs, NY. Sentía moverse esas palabras en la cabeza, lentamente, como muebles enormes. ¡Qué lentitud! Y después, en un instante, todo volvió: «Sí, he venido de Northumberland, estoy en Saratoga Springs para ver a Vanessa, Helen también ha venido. Y, por definición y extensión, soy Alan, hijo de George (fallecido) y Jenny Querry (aún viva), exmarido de Cathy Pearsall (divorciada y fallecida), pareja de Candace Lee, padre de Vanessa y Helen». De repente sintió unas fuertes ganas de vomitar y se pasó un minuto con la cabeza colgando en el lavabo del cuarto de baño. Las náuseas pasaron y después se sentó en el frío retrete —había dejado la tapa levantada— y lloró agradecido, avergonzado por el miedo.

Evidentemente, por la mañana, con una seca luz americana tan innegable como la verdad al otro lado de la ventana y el olor de la panceta del hotel colándose por debajo de la puerta del dormitorio, no sintió miedo, solo incomodidad y desconcierto. ¿Había sido algún tipo de ataque? Ahora se sentía en perfecto estado. Lo realmente desagradable del incidente era que le recordaba algo que le había ocurrido hacía un par de años, y que él llamaba «el momento muro de Adriano». Fue a finales de julio. Esa tarde se le había ocurrido de repente ir en coche hasta Housesteads y llevar a Otter a dar un paseo por el muro de Adriano. Corría una brisa suave y ligera, la hierba estaba mullida. A ambos lados de la carretera la cicutaria formaba hileras lechosas. Aparcó el coche y comenzó a caminar con el perro. Había un punto elevado, al que llegó pasados veinte minutos, desde el que se podía ver cómo la gran muralla recorría kilómetros y kilómetros sobre el paisaje ondulante: era una imponente fortificación romana, un logro del imperio, el límite septentrional de Europa, al menos para los romanos. Pero también era algo agradablemente local: sus piedras eran como las de cualquier otro muro de mampostería de la zona, solo que más grandes. El gran muro se prolongaba hasta donde alcanzaba la vista, hundiéndose en la lejanía, hasta el soleado horizonte, donde se difuminaba en medio de una extensa indefinición. Era

hermoso. Pero de repente, con la rapidez de un viento súbito, también le produjo miedo: el muro parecía estirarse hasta la indefinición de la muerte. Solo podía verlo así. Estaba contemplando una franja de vida, la suya, y contemplaba el final de la vida; y allá lejos, en ese horizonte extenso, difuminado por el sol e invisible, estaban la muerte entera y todos los muertos, pasados y futuros: sus abuelos, Cathy, su padre, su madre (demasiado pronto), Van y Helen (a su tiempo, sin duda). ¿Y él mismo? A su tiempo, sin duda. Sintió mareo y se sentó en la hierba húmeda. Donde terminaba el muro, *allí* estaba la muerte, aguardando. No era, pensó después, una percepción religiosa. Era algo más viejo que la religión: la certidumbre de la extinción, la brevedad de la vida. Allá lejos, donde la luz se diluía en el infinito, allá lejos le esperaba. Durante dos mil años el muro había hecho guardia frente a la futilidad de la empresa humana. No, eso no era del todo cierto, pensó ahora, porque en realidad el muro no reflejaba la futilidad del proyecto humano, sino su longevidad. Se podía construir algo, algo grandioso, que tutelara el tránsito de generaciones de personas por la futilidad de sus nimias existencias. *Las cosas bien hechas, para que los hijos de nuestros hijos estén en deuda con nosotros.*

Nunca olvidaría esa horrible sensación de caída, de caída en la historia, en la larga historia de la muerte. Sin volver a mirar al horizonte, casi tiritando en ese aire cálido y bendito, regresó al coche.

Nunca le habló a nadie del asunto y desde entonces no había vuelto al muro de Adriano.

35

Un tanto agitado por su amnesia nocturna, no le apetecía desayunar solo, así que telefoneó a Vanessa y cogió un taxi para ir a su casa. Quería revivir la función de la mañana anterior (sin Jerry, el misionero evangélico): quería tener la experiencia de sentarse a la mesa de Van, tomarse un café y leer el periódico, mientras ella trajinaba en el piso de arriba como una colegiala, preparándose para el día. Josh se marchaba esa mañana a Boston, así que, con suerte, quizá ya se hubiera ido. Después tenía intención de subirse al Toyota para ir a Troy. Y después quizá a Malta: quería ver la «famosa» iglesia que Van había visitado con los Dent, la que anunciaba sus dotes de tahona dominical.

Lamentablemente, ocurrió lo contrario. Van estaba a punto de salir —una reunión a primera hora con un alumno— y Josh estaba sentado desayunando. Alan le rogó a Van que tuviera cuidado al caminar: ¡el brazo! Hacía un poco más de calor que el día anterior. El sol bañaba la cocina; el cielo volvía a estar azul, «azul americano», tal como él lo llamaba ahora.

Parecía que hoy Josh tenía más ganas de quedarse en la cocina. Estaban solos.

—¿Te vas pronto? —preguntó Alan.

Sí, dentro de media hora recogía su coche de alquiler, contestó Josh. Era una odisea: un taxi tenía que llevarlo hasta la oficina de Hertz, situada a unos tres kilómetros. Hablaron un poco, por hablar, sobre cómo había crecido Saratoga, y Alan se mostró sorprendido con todos los restaurantes y cafés que había en Broadway: debía de haber por lo menos diez. «Algún día —dijo Josh— las calles principales de todas las poblaciones más ricas de Estados Unidos serán un continuo y gigantesco restaurante.»

—Ahora, a nadie le interesa nada más. Solo comer fuera.

Alan asintió y estaba a punto de abrir el *New York Times* cuando Josh le sorprendió sentándose en frente de él junto a la mesa de pino. Sus ojos jóvenes y brillantes miraron con atención el rostro cansado de Alan. Se estaba esforzando por decir algo, retándose a sí mismo.

—Alan, está usted aquí sentado, en América, porque yo le hablé a Helen de los problemas que estaba teniendo Vanessa. Así que la verdad es que está aquí porque yo le pedí que viniera.

—Bueno, Josh, estoy aquí porque Vanessa me importa y quiero ver cómo vive en Saratoga Springs. Contigo —añadió.

Josh hizo un gesto con la mano, como para apartar lo dicho.

—Sí, claro. Quiero decir que, ya que en parte está aquí por lo que yo le dije a Helen sobre Vanessa, tiene derecho a que yo le diga... lo que ha estado pasando.

El joven parecía nervioso, pero él no apartó la mirada.

—Te lo agradecería mucho.

Josh le contó cómo se habían conocido (en el congreso de Boston), que él vivía en Somerville, en un lugar húmedo y pequeño, junto con un compañero de piso —un viejo amigo de la universidad, un tipo que pensaba que le caía bien hasta que se convirtió en un obseso que quería controlarlo todo—, que estuvo realmente encantado de venirse a vivir con Vanessa en Saratoga. Leían libros juntos (por supuesto, Van le había colocado inmediatamente una larguísima lista de lecturas filosóficas «totalmente indefendible») y hablaban, como adolescentes, hasta bien entrada la noche, y se reían con los mismos bodrios televisivos; habían comprado una cama nueva (Alan pensó que esta era una forma discreta que tenía Josh de decirle que mantenían relaciones sexuales, quizá incluso excelentes; durante un incómodo instante se preguntó si Van había tenido muchas antes de Josh).

—Pero la felicidad —dijo Josh— no es algo que le llegue fácilmente a Vanessa. Para algunas personas, quizá para gente como yo, la felicidad es como todas las demás cosas que se dan por hechas: el equilibrio del oído interno, por ejemplo, los golpecitos regulares del corazón o la facilidad para dormir por la noche. Para Vanessa no es lo mismo. Es como si su oído interno careciera de equilibrio. Usted y yo caminamos por la calle y no nos caemos; para ella, caerse es una especie de posición por defecto. *No* caerse es un éxito, algo que tiene que trabajarse. Pero esto ya lo sabe usted; yo no lo sabía. Y si le estoy pareciendo un sabiondo —añadió— no es solo por vivir con Van. Neil, mi hermano menor, tiene estos problemas desde... siempre, me parece a mí.

—Tienes razón respecto a Vanessa —dijo Alan, cerrando los puños—, pero yo no sé por qué es, no sé *por qué*.

—Bueno...

—Vale, vale, *sí lo sé*: igual que sé por qué tengo menos dinero este mes que el anterior: porque gasto demasiado. Pero no sé por qué me he situado en una posición tan vulnerable, la de gastar demasiado y tener menos dinero este mes que el anterior. No sé si me entiendes...

—Alan, en realidad no se trata de vulnerabilidad.

—No quería que sonara a... Mira, Van y Helen las pasaron canutas. Cathy y yo nos divorciamos, y eso fue durísimo para las niñas. Por supuesto que sí. Fue un divorcio a cara de perro, y yo tuve que arreglármelas solo, y como padre no siempre fui tan bueno como pensaba. Van y Helen tomaron partido; supongo que Van me echó la culpa a mí.

—¿Cuándo murió la madre de Van? —preguntó Josh, aunque sabía la respuesta.

—Hace once, no, doce años. En 1995. La muerte de Cathy fue... no hablamos mucho de ello, ya no. Y su padre tiene otra novia. Más joven que él. Todo eso lo entiendo. Pero, en cualquier caso: fíjate en Helen, ¡por Dios! La infelicidad no es para nada inevitable. La verdad es que, a pesar de todo, no se explica. ¿Por qué una hija sí y la otra no?

—Bueno, la infelicidad no es inevitable, pero la felicidad tampoco. Mi hermano tiene muchas menos razones que Vanessa, pero, joder, solo salir de la cama ahora mismo le está costando un triunfo, y se pasa las horas de vigilia fumando marihuana. Si pudiera, yo creo que la fumaría *dormido*. Y nuestra madre es psiquiatra... Así que no sé yo si es útil buscar un *porqué*. Habría que preguntarse *cómo*, *qué* y *si hay algo que hacer*, pero no el *porqué*.

A Alan le escoció que Josh hablara de «muchas menos razones» y le molestó que Van quedara uncida al indolente hermano porrero. Pero le emocionaba la delicadeza de Josh, su atención y su empatía, su inteligencia. Recordó que Van le decía, mientras caminaban bajo el gélido crepúsculo

—qué lejano le parecía ya ese momento—, justo antes de la gloriosa bocina del tren, que Josh era la persona más bondadosa y más íntegra que pudiera conocer. Ese tren, ese tren...

—A Van no le gusta mucho estar sola, ya lo sabe —dijo Josh.

Alan pensó, apesadumbrado: «*Desde que te ha conocido* no le gusta mucho estar sola, porque está enamorada de ti y quiere estar segura de tu amor. Antes de conocerte, pasaba muchas horas sola, encantada; en su dormitorio de Northumberland, tumbada en diagonal en la cama, leyendo esos tochos de filosofía».

—A veces discutimos por esto. Se pone nerviosa cuando llego tarde por tomar una copa o por pasar un día más en Nueva York, o donde sea: ¿la escuchó anoche?... Bueno, todo cambió realmente una noche, durante la cena, hace unos tres meses, cuando me preguntó qué me parecería trasladarme a Inglaterra con ella. Está aburrída de Saratoga. Lo entiendo: yo también lo estoy. Por eso necesito escaparme. Pero no sé qué me parece Inglaterra. ¿Cómo voy a trabajar allí? No conozco a nadie en el Reino Unido. Nuestra familia es una piña, Neil y yo estamos muy unidos. Así que supongo que dudé, y Van, eso creo, pensó que mis dudas equivalían a que no quiero comprometerme con ella. No lo dijo exactamente así, con esas palabras, pero... Alan, *no tiene ni idea* de lo rápido que empezó a desmoronarse. Me dio mucho miedo. Sus ojos, en los peores días los tenía completamente muertos, algo se había muerto ahí detrás. De verdad que hice lo que pude, *insistí* en que fuera al médico, no solo al psicólogo. Y al final me puse en contacto con Helen, por supuesto.

—¿Estaba tan mal la cosa? —preguntó Alan. Quería echarle la culpa a Josh.

—A veces era como si las palabras que decía no fueran suyas. No sé bien cómo describirlo. Estaba vaciada. Como si, al hablar, estuviera superponiendo una especie de irónica voz en *off* sobre su propia vida. Quién sabe cómo se las arregló para seguir dando clase al final del último semestre.

—¿Temiste que pudiera hacerse daño a propósito? ¿Era eso lo que te daba miedo?

—Con razón o sin ella, tenía miedo, sí. Por eso escribí a Helen.

—Pero, una cosa, ¿se tiró ella misma por las escaleras? Aunque lo hubiera hecho, no es un gesto muy suicida, ¿no crees? Es decir... que así *no te suicidas*. ¡No hay escaleras suficientes!

Había levantado la voz, apretaba los puños y la mirada de Josh mostraba una franca solidaridad.

—No creo que intentara suicidarse, Alan. Creo que necesitaba llamar la atención, la mía. Y funcionó. Yo no podía soportar su depresión y me marché: me fui a casa de mis padres en Chicago. No es algo de lo que esté orgulloso. Y entonces Van se cayó y se rompió el brazo, y por supuesto regresé inmediatamente. Luego fuimos los dos a Chicago, y a mis padres les *entusiasmo* Van. Cambiaron la *percepción* que yo tenía de ella.

—¿Cómo no les iba a entusiasmar?

—Y desde nuestro regreso ha estado mejor. Como la noche y el día. Es curioso, casi desde el mismo momento en que me puse en contacto con Helen para que viniera, Van comenzó a sentirse mejor. Es como cuando solo de ir al médico se te curan todos los males. Así que nunca la habré visto *tal como estaba* hace seis semanas.

—Fue todo un detalle que la llevaras a ver a tus padres en Navidad —dijo Alan bajando la voz.

—¿Fue un detalle? —preguntó Josh con voz un tanto dolida.

—¿Qué quieres decir?

Hubo un silencio. Un sucio monovolumen subió por la despejada rampa de acceso blanca.

—Es muy difícil convivir con una *necesidad* tan imperiosa. La verdad... no sé si puedo ser el responsable de su felicidad.

—¿Por qué no? —preguntó Alan, con más desesperación de la deseada.

—Es como si alguien te dijera: «Esta es un ánfora muy valiosa, no debes romperla bajo ningún concepto». Al final se te romperá *precisamenteporque* te advirtieron que no debías romperla. No puedo ser el responsable de su felicidad, precisamente porque llegará un momento en el que seré el responsable de su infelicidad.

Vaya, esa sería una definición del amor, pensó Alan, pero se limitó a murmurar, con un vacío creciente en el estómago:

—Creo que lo entiendo.

Se quedaron en silencio.

—Alan, si Van quiere de verdad regresar a Inglaterra, no creo que yo pueda ir con ella. Ahora mismo, no.

—Bueno, entonces se puede quedar aquí, ¿verdad? Los dos os podéis quedar *aquí*.

Josh no respondió, pero miró a Alan con sus ojos expresivos, culpables; Alan apartó la mirada y se le demudó el rostro, aunque trató de ocultarlo. Lo entendía: aunque Josh no fuera consciente, a Alan lo habían traído de Inglaterra para que cuidara de Vanessa, por si acababa su relación con Josh. De hecho, lo habían traído de Inglaterra para ocuparse de ese final. Alan se calló, y se limitó a mover la cabeza de un lado a otro, mientras dirigía la vista al repleto periódico.

—¿Entiende ahora?, quizá *no fuera* tan buen detalle llevarla a conocer a mis padres —dijo Josh—. Con todo lo que conlleva... —De nuevo habló desde el dolor.

—La intención era buena —insistió Alan, con la tristeza trabándole ligeramente la lengua.

El taxi emitió dos atronadores y rápidos bocinazos.

—Ya te tienes que ir. Ahí está tu taxi.

36

Cuando se marchó el taxi, Alan se quedó de pie ante la ventana fría, mirando al exterior, como si la terapia de blancura pudiera vaciarle la cabeza: la endurecida y compacta rampa de acceso, los blancos tejados nevados de dos casas de tablillas cercanas, que se presentaban como inclinados óleos monocromos... De repente admiraba a Josh: la conversación había cambiado la consideración que le merecía el joven. No debía haberle resultado fácil hablar como había hablado. Josh seguía queriendo a Vanessa. Pero no podía vivir con ella. Tenía miedo, percibía su infelicidad como una amenaza. O no la quería lo *suficiente* y no podía vivir con ella el *tiempo suficiente*. Una de las dos cosas, o un poco de todo: diferentes retazos de la retirada. La retirada era la suma. No sería esta semana ni la siguiente, quizá ni siquiera este mes o el siguiente, pero sí más pronto que tarde, sobre todo si Vanessa estaba decidida a regresar al Reino Unido. Más pronto que tarde, Josh se marcharía. Helen lo había calado bien, aunque quizá no por las razones que había dado. Puede que no fuera justo dar por hecho que Josh le había pedido a Alan que viniera de Northumberland a ocuparse de la ruptura de la relación. En realidad, Josh, ahora lo comprendía, no había pedido nada, no había pedido ayuda de ninguna clase. Pero Alan comprendía cuál era su nueva tarea. Una idea comenzó a gestarse. ¿Tenía valor suficiente para llevarla a cabo? ¿Podría decir lo que había que decir? ¿Podría ser tan valiente como lo había sido Josh?

Quería hablar, ahora mismo no con Candace, sino con Helen. Fue al salón y marcó el número de su móvil en Londres.

—¡Papá! ¿Qué pasa? ¿Va todo bien? ¿Cómo está Van?

—Ha salido, está en clase. Ayer fui a escucharla, de oyente. Estuvo realmente impresionante. Más bien maravillosa.

—¿Y eso te sorprende? Domina la materia de cabo a rabo, por delante y por detrás.

—Así es.

—¿Y Josh? Sé amable con él, no es más que un gran cachorro excitable... ¿Qué pasa entonces?

—Josh acaba de irse un par de días a Boston. Para preparar un artículo largo.

—¿Otra vez? Si quieres que te diga la verdad, *esto* no me gusta nada. Está fuera constantemente. ¿Qué pretende, con esos viajes suyos? Si yo fuera Vanessa, no le quitaría ojo.

—No, no —dijo Alan con tristeza—. Creo que te equivocas. Creo que en realidad es muy fiel.

—Papá, ¿qué ha pasado? —preguntó con recelo.

Alan estuvo a punto de decírselo, pero de repente no pudo.

—Nada, todo va bien...

Helen se estaba distraendo con algo, se notaba.

—Papá, cuando vuelvas, vuelves dentro de dos días, ¿no?, te voy a coger la palabra. Me gustaría llevar pronto un fin de semana a los gemelos a Northumberland.

—Y a Tom también, por supuesto.

—Sí, claro. A Tom, también.

—Lo organizaremos.

—Qué divertido ha sido estar en Saratoga Springs contigo y con Van, aunque tú no siempre lo vieras así.

—Claro que lo veía. Me encantó nuestro viaje en tren...

—A mí también, a mí también. Me tengo que ir, me están llamando.

—Pues vete, vete. Hablamos pronto.

Se montó de nuevo en el despreciado Prius. Se dirigía a Troy, pero en realidad solo quería conducir y conducir, por los campos fríos, suspendidos, donde la nieve lo igualaba todo. Si hacía falta, conduciría durante todo el día. Y al final de su jornada, después de ir y volver de Troy, quizá por arte de magia la consabida realidad fuera distinta.

No podía proteger a sus hijas, no podía ayudarlas. Helen era una superviviente, por supuesto. Helen, la fuerte, podía cuidarse sola. Pero ¿Vanessa? En el aula se había mostrado tan segura de sí misma, tan tranquila, sacando todas sus citas y referencias. Alan estaba orgulloso de ella, como si hubiera ganado el primer premio en el colegio. ¿Hasta qué punto esa confianza en sí misma y esa felicidad dependían ahora de Josh? ¿Caería rápidamente sin él, como cuando a una estatua se le retira el pedestal? ¿Y después qué? ¿Hasta dónde podría caer? Josh había intentado abandonarla —ahora Alan estaba seguro— y Van había caído a plomo. Por alguna razón pensó en las formas tan diferentes de dormir que tenían de pequeñas sus hijas, y se preguntó si se mantenía esa diferencia. Helen se acostaba como si estuviera furiosa, normalmente de lado, con las rodillas recogidas y los brazos bien apretados en torno al tronco. Respiraba con la boca abierta, frunciendo el ceño. Vanessa dormía tranquila. De espaldas, con rasgos serenos y privados de preocupación. Distante, paciente, en calma. Parecía muy lejos de la vida, como si estuviera en una fotografía victoriana. A Helen no le importaba despertarla, porque seguramente fuera una bendición. Pero Vanessa parecía haber alcanzado una paz que la vigilia haría añicos. Alan ponía la mano en la frente suave de Van y susurraba muy bajito, tanto que era imposible despertarla así: «Van, cariño, es la hora. Hay que levantarse. Siento tener que despertarte...». Lo que él quería es que durante el día alcanzara la paz que parecía haber encontrado de noche.

Estaba pasando junto a una iglesia moderna —un centro social de ladrillo rojo con una torre en forma de sombrero blanco de bruja— y a continuación, solo medio minuto después, pasó junto a otra iglesia, más antigua y mucho más bonita, su dignidad un tanto mancillada por una gran pancarta en la que se leían las siguientes palabras: «1 Cruz + 3 clavos = Perdón». En este estado hay más iglesias que bares. En Inglaterra, cualquier pueblo digno de tal nombre funcionaba con una proporción de dos *pubs* por cada iglesia. Se colocó detrás de un autobús escolar amarillo, cuyo signo de STOP octogonal extendía un brazo mecánico. Las órdenes estadounidenses, a bocajarro; eso le gustaba. Ese expeditivo DEJE PASAR de todas las señales, que en Inglaterra habría sido CEDA EL PASO. Era un DEJE PASAR que se *oía*. Si era necesario pararse, nada era más eficaz que STOP. Los niños estaban subiendo al autobús, con el atuendo escolar habitual en cualquier otro sitio, como paracaidistas o infantes de Marina, aparatosamente acolchados y

encapuchados, cargados con mochilas descomunales, y enormes botellas de agua de plástico colgando de las correas como cantimploras militares para el desierto. Listas para el combate, las pobres criaturas.

Troy estaba a media hora por la interestatal. Comprendió a qué se refería Helen cuando la calificó de «soviética». Las distancias nevadas, los altos edificios y los espacios gélidos, marciales; el gran río, embalsamado por el hielo, y azotado por un puente de severa fealdad. Quizá Kiev o Riazán fueran así. La ciudad tenía una apabullante atmósfera de utilidad malograda: almacenes vacíos, fábricas echadas a perder junto al río, muchas oficinas desocupadas. La gente —¿se les llamaría troyanos?— recorría las calles lo más rápido que podía. Aquí la vida se apretaba con los dientes hasta hacerse sangre, con un frío que arremetía contra cualquier vida ciudadana. Pero había buenas torres de iglesia, bonitos edificios antiguos con azoteas, amplias aceras. Calles elegantes e imperturbables, que parecían no haber cambiado desde la década de 1880. Siguiendo el curso del ventoso río se llegaba a un absoluto baldío: hierbajos, escombros, arenilla en los ojos. Pero qué gran oportunidad para la reurbanización: como mínimo debía de haber más de medio kilómetro de espacio ribereño vacío, esperando la llegada de los hoteles, restaurantes y pisos adecuados. Construid y la gente vendrá. Oh, sí, como su querido Centro de Arte y Café de Dobson. Troy debería hermanarse con Newcastle: los habitantes de una y otra población se entenderían más rápidamente de lo que alguien de Tyneside tardaría en explicarse ante un londinense.

En una callejuela encontró un bar tranquilo, hundido en una penumbra forrada de madera. Pero el panzudo camarero era generoso y muy hablador. Emanaba una alegría indiscriminada y viril. Al ir llegando los parroquianos, se les saludaba y ofrecían las mismas bromas.

—¿Te estás portando bien, Mike?

—No.

—¡Ja, ja!

Le dijo a Alan que se sentara en la barra, blandiendo un mantel individual, un menú, una servilleta de papel y cubiertos; Alan se sintió absolutamente mimado, como si fuera en la primera clase de un avión. Su anfitrión no tardó en descubrir de dónde era y le obsequió con información de su parte.

—Supongo que la expresión «vender carbón a Newcastle» significa que su ciudad tiene mucho que ver con el carbón, ¿verdad?

—Carbón, acero, astilleros. Antes sí. Newcastle fue la primera ciudad del mundo en tener alumbrado público eléctrico. Casi todo eso ha desaparecido. Lo que ahora tenemos es un conjunto de puentes espléndidos. Bueno, también nos quedan las farolas.

—Ja, ja, en el siglo xix esta era la ciudad del acero. Solo por detrás de Pittsburgh. Eso hacíamos: acero. Para todo el país. Cuando se fue el acero, fabricamos camisas, cuellos, botones. No en vano nos llamaban la «ciudad del cuello». Tenemos el Instituto Rensselaer. Seguimos teniendo algo de General Electric. Una empresa enorme. Hablando de farolas, ¿sabe usted que quien fundó General Electric fue Thomas Edison?

—No lo sabía. —Divertido, Alan tuvo la sensación de que estaba ante una réplica americana de sí mismo.

—Sí, *ese* Edison. Pero hay que reconocer que desde los tiempos del gran hombre hemos ido un poco cuesta abajo. La gente se larga, y no vuelve. ¡Y antes esta era una de las poblaciones más ricas de América! El nuevo alcalde tiene un montón de planes, claro, pero, como yo digo, no se

puede reconstruir toda la ciudad con unos pocos artistas traídos de Brooklyn. Es absurdo. *Absurdo.*

Al volver de Troy, la interestatal estaba abarrotada, los coches iban más rápido de lo que él quería, y la sal y la nieve sucia impactaban contra el parabrisas como si Alan fuera pilotando una lancha. Vio una salida hacia Malta y la tomó. «Van, Josh... déjalo, déjalo.» La carretera le pareció agradablemente rural después de la congestionada autopista: campos nevados a ambos lados, un enorme bosque que acababa de aparecer por encima de la colina. Estaba oscureciendo: una raquítica tarde de invierno. En la emisora de radio de Van —supuso que era su opción habitual— sonaban *Las cuatro estaciones*, que a Alan le desagradaban tan cordialmente como al resto del mundo. Para no pensar en la situación que había en Saratoga Springs, intentó escuchar esa música conocida como si fuera la primera vez. Se agachó para subir el volumen, una inclinación mínima, una décima de segundo que dejó de fijarse en la carretera, pero cuando volvió a mirar de nuevo por el parabrisas, un coche aparcado que no había visto comenzaba a salir justo delante de él. Alan tenía la situación bajo control: para pasar, pisó levemente el freno, tocó el claxon y giró bruscamente hacia el centro de la carretera. No venía nadie en sentido contrario; en el asiento trasero del coche que estaba adelantando atisbó un bombo blanco.

No tenía la situación bajo control.

El volante se le escapó entre las manos, y de repente el Prius derrapó, casi con elegancia, sin esfuerzo, hasta quedarse atravesado en la carretera. Pisó los frenos de nuevo; esta vez, presa del pánico, le costó más, y el volante se desquitó y se disparó en dirección contraria. El coche patinaba, patinaba rápidamente, y no pudo hacer absolutamente nada hasta que el derrape terminó. Había tenido tiempo suficiente para darse cuenta de que no iba a morir, para ver que en el carril contrario seguía sin haber coches, para agradecer que tuviera puesto el cinturón de seguridad, que, después de bloquearse, lo ceñía con fuerza. El Prius se detuvo al otro lado de la carretera. Todo el accidente no había durado más que unos pocos segundos. Se había girado por completo: ahora miraba hacia la dirección de la que venía.

Al pensar en ese mareante e impotente resbalón tuvo ganas de vomitar. Vivaldi seguía retozando. Había tenido suerte, el coche estaba intacto.

Un joven con barba y gorra de béisbol salió de su coche, también un Toyota, percibió Alan, y cruzó corriendo la carretera vacía. Alan abrió la puerta.

—Dios mío, ¿está bien? Lo siento, en realidad no iba a salir.

A Alan le temblaban las piernas y le faltaba el aliento.

—No pasa nada. No me ha pasado nada, el coche está bien. En realidad, bajé la cabeza un segundo, para subir esta... puta... música. Quitó a Vivaldi—. Y cuando levanté la vista, usted estaba casi pegado a mí. Ha sido culpa mía.

—Ha debido usted de toparse con un poco de nieve, de hielo o algo así. Alrededor de Malta no echan mucha sal en las carreteras. Mire, el error fue totalmente mío. Por cierto, me llamo Ryan... Su acento, ¿es británico? ¿Hacia dónde va?

Ryan le dijo que también se dirigía a Saratoga Springs. Era músico, de ahí el bombo. Su banda tocaba esta noche y mañana por la noche en el Café Filippo, en una bocacalle de Broadway. Blues, folk, country. Si Alan iba, le daría el mejor asiento del local y le conseguiría copas gratis toda la noche. Era lo mínimo que podía hacer.

37

Regresó lentamente a casa de Vanessa, con cautela, como si se hubiera quemado. Afortunadamente, ella estaba en casa. Alan le contó que había tenido un ligero derrape, nada serio; como inglesa que era, le ofreció una taza de té. Alan se sentía vulnerable, agujereado. Derrotado. Van cuidaría de él. De repente comprendió que no quería pasar otra noche en la habitación de su hotel. De ninguna manera. No era James Bond, ni siquiera un general Burgoyne...

Van le preguntó por Troy.

—Seguro que te recordó a Newcastle.

—Sí, es cierto. Unos parecidos asombrosos. Dios mío, ¿y los alrededores? ¡Cuánto terreno vacío! Ahí esperando. El problema de Troy será la pérdida de población. Por supuesto, eso no tiene nada que ver con Newcastle, que sigue creciendo. —Estaba pensando en alto.

—Ay, papá, eres incorregible... Quizá deberías venirte a vivir aquí. Entonces ¿comiste en Troy? ¿Hoy no has tomado hamburguesa hipócrita?

Se sentaron a la mesa, se tomaron el té y hablaron de todo menos de Josh. De Skidmore y los colegas de Van, de Helen y Tom (Alan no dijo nada sobre los aparentes problemas matrimoniales), y de la nueva carrera de Helen (Van admiraba enormemente la determinación de su hermana) y la vieja casa de Northumberland, que tanto guardaba. Van preguntó por su abuela y Alan le dijo que había ido a visitarla en la residencia, justo antes de iniciar el viaje a Estados Unidos. No mencionó la preocupación que tenía de no poder pagar las cuantiosas mensualidades de su madre ni algo a lo que no dejaba de darle vueltas: si debía pedirle a *mam* que fuera a vivir con él en esa gran casa. Troy, que tanto le recordaba al viejo Newcastle, le había recordado, por eso mismo, a su anciana madre. No mencionaron a Candace. Hablaron de Cathy, pero desde hacía tiempo el acuerdo tácito era que Cathy solo entraba en las conversaciones familiares viva, nunca muerta. Siempre era: «¿Te acuerdas de cuando mamá metió el Volvo en la zanja?», como si fuera posible que volviera a hacerlo de nuevo, o «Tu madre y yo pasábamos con frecuencia temporadas en ese hotel», como si hubieran dejado de hacerlo por decisión propia, no por un divorcio y un fallecimiento. Miró los queridos y conocidos rasgos de Vanessa, que hoy parecían un poco más insulsos y fríos, como si la presencia de Josh hubiera sido una especie de sustancia vigorizante, revitalizante. No, Alan le estaba dando demasiadas vueltas a todo, pensaba demasiado. Van tenía el mismo aspecto, quizá un poco cansada después de las clases del día, el mismo aspecto salvo por las gafas, que se había puesto porque la vista se le había cansado y las nuevas lentillas le molestaban. Las gafas le devolvían a «la antigua Vanessa». Cuánto le gustaban sus ojos azules y miopes, su ceño fruncido o su bizquera de concentración, la lengua que salía ligeramente cuando se ponía seria, su voz templada y su suave y oblicua firmeza. ¡Hasta sus quejas! Qué típico era de

Vanessa gimotear con que echaba de menos a Helen, pero que también se alegraba de que se hubiera ido, porque «Me cuesta meter baza en la conversación cuando está cerca. Ya sabes que Helen se las arregla para ocupar de manera tiránica el espacio que la rodea». Alan había pensado tener *la conversación* esa noche, pero no se sentía preparado, todavía estaba agitado. Esperaría hasta mañana. Por ahora, se entregaría al abrazo profundo de la familiaridad: descansaría.

—Entonces, ¿qué preguntas te han suscitado las aventuras de hoy? Por favor, ¡cuánto se rió Josh contigo anoche!

—No se me ocurre nada... Bueno, sí tengo una pregunta —dijo Alan sonriendo—. Cuando todos esos americanos, a los que normalmente no conoces de nada, te preguntan como dándole verdadera importancia: «¿Cómo estás?», ¿hay que decirles realmente cómo te encuentras?

—La verdad es que no. Lo mejor es contestar preguntando tú, con un poquito más de intensidad: «Bien, ¿y usted?», más o menos en el mismo momento, para que una y otra pregunta se neutralicen.

—Eso me parecía a mí.

—¿Una tortilla y una tostada te parecen bien para cenar hoy?

—Me parecen inmejorables.

Y después, pasada la cena:

—Van, ¿te parecería muy mal que esta noche abandonara el Alexandria y me instalara en tu habitación de invitados? Ya solo me quedan dos noches.

—Por supuesto que no, me encantaría. Estoy sola. ¿Y por qué es eso? ¿Te deprime el hotel? A mí me deprimiría.

—A mí me recuerda a esa antigua expresión «artículos de regalo». De mi infancia: eran ciertas tiendas llenas de objetos absurdos que nadie quería. Anunciaban «artículos de regalo».

—Hasta que no viniste tú, apenas había puesto el pie en ese sitio. Pues vámonos a por tus cosas. Yo también me apunto.

38

A la mañana siguiente no vio a Vanessa; adormilado en la cama, la oyó en la cocina, y después subir y bajar aprisa las escaleras. Esperaba oír la puerta de la calle al cerrarse, pero no la oyó; se despertó de nuevo en medio del silencio. Acababa de soñar con Cathy. Iba conduciendo el antiguo Fiat 500 y Vanessa y Helen, de pequeñas, iban de pie en el asiento trasero, como solían, sacando la cabeza por el amplio techo corredizo. Después la escena cambiaba, como ocurre en los sueños, y Cathy ya no lo acompañaba, y, curiosamente, justo antes de despertarse, él estaba comprando zapatos para sus hijas...

Tenía la sensación de que estaba subiendo la temperatura: chorreaba agua de los gélidos marcos de las ventanas y muy temprano lo había despertado una alfombra de nieve al escurrirse desde el tejado para caer a plomo en algún lugar inferior. Entre las sábanas se estaba calentito. Ah, tenía una palpitante erección. Su viejo amigo matutino: *penis angelicus*.

Van regresó para comer pronto, tomaron sopa y tostada, y Alan tuvo la misma sensación que la noche anterior, la de volver a ser casi un niño, y que Vanessa era su hermana. ¿Qué pasaría si los dos vivieran así durante días y días? Era algo enormemente valioso. ¿Por qué no?

Se sentaron a la mesa con su té. Alan estaba a punto de hablar, pero titubeó; no sabía cómo continuar. Se quedaron en silencio; Vanessa lo miró. Él encontró una oportunidad.

—Por cierto, no te he dicho que me ha ocurrido una cosa rara. El lunes por la mañana, cuando estaba yo solo, se pasó por aquí tu vecino cristiano e intentó rezar conmigo.

—¿Quién? ¿Jerry? ¿Contigo?

—Me cogió de la mano, aquí mismo, ante esta mesa, y los dos inclinamos la cabeza.

—Madre mía —dijo Vanessa—, conmigo nunca ha intentado algo así.

Se levantó, comenzó a llevar platos al fregadero.

—Quizá no, pero creo que su verdadero objetivo eres tú, no yo.

—¿Por qué dices eso?

—Van, fue Jerry el que te encontró al pie de la escalera. Me dijo que estabas en un estado lamentable. Con esas mismas palabras.

—¿Cómo iba a estar? Me acababa de romper el brazo por dos sitios. ¡Estaba tirada en la nieve! Eso es estar *en un estado lamentable*.

—También me contó que habías ido a su iglesia... ¿y que habías llorado en la iglesia? Lo llamó «desesperación espiritual». Eso también es estar *en un estado lamentable*. Tú eres mucho más inteligente que yo, así que debes de estar haciendo como que no entiendes lo que te digo.

—Papá, no te preocupes tanto, ahora estoy mejor que entonces. Mucho más contenta. Ya lo ves

tú. Jerry me encontró en un momento muy malo, desde luego... Pero Helen dijo ayer por la mañana que nunca me había visto tan alegre.

—Cuando eras pequeña, mamá y yo nos preocupábamos mucho por ti. Y ahora me vuelvo a preocupar.

—Demasiado.

—No, no demasiado. No demasiado. ¡Es que te escapaste! ¿Y esos poemas que escribías? Y se nos heló la sangre en las venas cuando decidiste que ibas a regalar todas tus posesiones a tus amigos. Todo, hasta tus queridos libros. ¿Te acuerdas de eso? ¿En Oxford? La universidad nos tuvo que informar del asunto.

—Eso fue hace *mucho* tiempo. No había razón para asustarse tanto. Yo sé de qué teníais miedo. Nunca he tenido esas *tendencias*, papá... Era joven, pensaba que estaba adoptando una actitud «filosófica». Eso era todo, algo muy muy pedante. Ni tan dramático ni tan patológico como tú crees.

—Van, dime la verdad. Tú no te tiraste escaleras abajo, ¿verdad? *Por favor*, no me mientas.

Van se dio la vuelta, con el grifo aún abierto, y se acercó a Alan.

—Fue un accidente, papá. ¿Fue Josh el que te dio la idea de que había intentado hacerme daño?

—Al principio, sí. Estaba asustado.

—No sabía que os hubiera escrito con tanto... alarmismo. Pensaba que se había limitado a proponeros que vinierais a «levantarme el ánimo». Mira, Josh y yo estábamos pasando una mala época, no nos llevábamos nada bien, y después de una discusión sobre un posible traslado a Inglaterra él... se marchó y me dejó sola, y yo me derrumbé un poco. Algunos de mis malos rollos volvieron. Estaba muy deprimida, lo reconozco. Y sí, él se asustó, así que salió corriendo. Sabe que no se portó bien. Pero, después de que me cayera por las escaleras, Josh regresó y me pidió que lo acompañara a Chicago.

—Sus padres te cayeron bien...

—Sí, allí conocí a su familia: ese fue el verdadero punto de inflexión. ¡Me encantaron! Sentí que me aceptaban por completo. Entiendo por qué me llevó a conocerlos, porque todo fue distinto después de la visita a Chicago... Parece como empezar de nuevo. Hace unos días Josh dijo que este verano podría acompañarme a Inglaterra, a echar un vistazo. Una visita de exploración, para ver cómo se encontraría viviendo allí.

—No me habías dicho que estabas pensando en volver para quedarte. Definitivamente, quiero decir. Me lo contó Helen. Ya sabes que me encantaría. De verdad que me encantaría. Por cierto, el grifo sigue abierto.

—Ya veremos... Admiro el centro de aquí, me caen bien mis colegas. Pero durante el pasado año, más o menos, me he dado cuenta de que echo de menos cosas de lo más extrañas de Inglaterra: la doble línea continua, las noticias de las seis de la tarde en la BBC, esos radiadores blancos pequeñísimos que tenemos. Tonterías como... ¡los pájaros ingleses!

—¿Pájaros *ingleses*? ¿Quieres decir que son distintos a los americanos?

—Sí —contestó desafiante—. Pájaros ingleses... Y quizá Europa, de forma más general... Hay una Kantstrasse en pleno centro de Berlín, esas son las cosas que echo de menos, ¿sabes? ¡Una calle con nombre de filósofo! Y aquí no tengo realmente amigos íntimos, a nadie más que a Josh. Por fortuna para él. Aristóteles dice que la amistad es aquello de lo que los seres humanos

menos pueden prescindir.

—¿Y si Josh no se quiere ir contigo a Inglaterra?

—Yo creo que sí quiere. Y si no, nos quedaremos aquí.

—Qué bien. Estupendo. Me alegro. —Hizo una pausa, la sincera, esperanzada certeza de la respuesta le había cortado la respiración, y solo podía insistir débilmente, sin mucho ímpetu. Estratégicamente, ¿iba hacia delante o hacia atrás? *No podía hablar*, no podía decir una palabra sobre lo que Josh había insinuado el día anterior. Eso la haría trizas—. En cualquier caso — reflexionó sin énfasis—, había vida antes de Josh, así que desde luego podría haberla después de él.

—Sí, papá, había vida, pero no siempre fue muy feliz, ¿no te parece?

—En última instancia, estás bien. Lo acabas de decir tú misma.

—No estaba *tan* bien. Para mí no es fácil estar *bien*. —Se sentó junto a él y miró por la ventana. Alan siguió esa mirada por el inmenso baldío blanco. Los ojos de Van brillaban. Alan veía las lentillas, espectrales, que parecían flotar. El aliento de su hija era ligeramente metálico—. A veces pienso que veo demasiado bien, ese es mi problema, veo el esqueleto de la vida, la estructura de todo, ese es mi problema. Pienso demasiado.

—¿De qué estás hablando? —Intentó ocultar su incomodidad.

—Y no *quiero*. Durante este semestre voy a dar a Nietzsche, que dice que debemos aprender a olvidar, que debemos especializarnos en *no* saber. Dice que envidiamos al animal, y que queremos preguntarle: «¿Por qué te limitas a mirarme en lugar de hablarme de tu sencilla felicidad?». Si pudiera, el animal respondería: «Porque yo siempre olvido inmediatamente lo que quería decir». Es sabiduría pagana de la buena, pero yo no he conseguido ponerla en práctica.

—Ah, Van, durante todos estos años, siempre que he intentado hablar de algo en serio me has venido con una lista de lecturas...

—¿Ves esa casa de ahí? La de la derecha. ¿Ves que tiene un porche cubierto? En verano, mi anciano vecino, el profesor Ensor, se sienta ahí. Es un tipo estupendo, cordial y muy alegre, va andando a todas partes con una pequeña mochila de camuflaje y un bastón; tiene noventa años, y sigue viviendo solo. Es de origen belga. Medievalista retirado: dio clase en Skidmore toda la vida. Antes de ser académico era monje, pero se enamoró y dejó los dominicos para casarse. Después perdió la fe, por una razón bastante asombrosa. Fue en la época en la que se anunció la creación del telescopio espacial Hubble y todas las cosas impresionantes que se podían observar con él. De repente cayó en la cuenta de que, si los grandes pensadores que estudia y venera, toda esa gente de la Edad Media, Tomás de Aquino, Duns Escoto, Dante y los demás, supieran de la existencia del nuevo telescopio, todos querrían congregarse a su alrededor y utilizarlo para levantar la vista hacia las esferas celestes, hacia el paraíso: para ver a Dios, a Jesús sentado a la derecha de Dios padre, a todos los ángeles congregados, y no sé a quién más. En su fuero interno podía *ver* a todos esos hombres nerviosos, expectantes, reunidos en torno al telescopio. Todo esto me lo explicó un día. En cuanto Ensor pensó eso, comprendió que ya no creía, comprendió que tendría que decepcionar a todos esos grandes pensadores e informarles de que ahí arriba no hay nada.

—Todo eso es muy interesante, pero volvamos...

—No he terminado, eso no es lo importante de la historia.

—Vale.

—En verano y otoño se sienta en ese porche y lee, y con frecuencia come ahí. Y el pasado mes de septiembre lo vi allí comiendo. Estaba solo, casi siempre está solo, salvo por una hija de mediana edad no muy simpática que a veces lo visita. Su esposa murió hace unos diez años. Así que lo observé tomarse una sopa. Tardó diez minutos y era extrañamente hipnótico. Estaba sentado ante una endeble mesa plegable, encorvado sobre el cuenco. Su mano se movía lenta, paciente, metódicamente, del cuenco a la boca, una y otra vez, iba y venía, llenando las cucharadas con lentitud, hasta que terminó. Después levantó el cuenco, se lo llevó a la boca y apuró lo que quedaba. Fue como un ejercicio de observación. Admiraba esa paciencia conventual (tiene una gran disciplina, una gran entereza) y también me horrorizaba. No se podía apreciar placer alguno en la comida, únicamente la disciplina necesaria para *continuar*. La disciplina de la continuación. Los actos reflejos de la longevidad. Se limitaba a alimentar un cuerpo para que pudiera continuar. ¿Con qué finalidad? Pues, para continuar viviendo solo un poco más, y poder *tomar más sopa*... Me pareció una representación absoluta de la vida: una continuación totalmente carente de sentido, repetitiva. A eso me refiero cuando digo que veo las cosas demasiado bien.

—Pero... tú misma has dicho que ese hombre es muy alegre. Que sigue caminando a todas partes. Así que *no puede ser* una representación absoluta de la vida. —¿Por qué pensaba Van así, de esa forma tan trascendental? Desesperado, Alan intentaba mantener las cosas en un nivel prosaico, concreto—. ¿No podía ser —añadió— la mejor sopa que se había tomado en su vida? Tú no sabes cuánto placer le reportaba. A *mí* me parece algo que sí tiene mucho sentido.

—Deberías ser uno de mis alumnos. Sí, él es alegre: es un modelo perfecto de alegría sana y plena. Ha convertido su vida en algo que tiene todo el sentido que necesita.

—Pero no es un modelo que tú puedas seguir fácilmente.

—No fácilmente. No sin esfuerzo. Eso es lo que significa ser adulto, para mí. Y cuando hay esfuerzo, cuando te concentras *tanto* simplemente para vivir, la cosa no es como para levantarte el ánimo, ¿no te parece? No es exactamente «prosperidad humana», ¿verdad? Papá, cuando caminamos por la carretera dijiste que tú no estabas «boyante por naturaleza». ¿Lo dijiste así? Pero yo no creo que sea así. Me estabas siguiendo la corriente. Yo creo que para ti *sí* que es lo normal. Es innato. ¿Acaso la felicidad es algo que viene de serie, una bendición absolutamente accidental, como tener oído absoluto? Josh tiene ese optimismo saludable, instintivo. Helen, en general, también lo tiene. Yo no. ¿Tú *piensas* en eso alguna vez?

—¿En ser feliz?... La verdad es que no. Pienso en muchas otras cosas, desde luego, demasiadas, pero no en ser o no feliz. La felicidad, ya que me lo preguntas, me parece más bien... un deseo, una energía o una fuerza estabilizadora...

—No tanto un enigma.

—No, un enigma no.

La resistencia de Alan se había convertido en tristeza. Se aclaró la garganta y agarró la mano de su hija.

—Has dicho que el profesor, tu vecino, tiene «entereza». Cariño, la entereza es importante. Tú me has contado una historia, ¿te puedo contar yo otra? Cuando estaba en el colegio, hace muchos siglos, había un bravucón desagradable llamado Welby. Siempre estaba en el patio del colegio buscando a alguien a quien ponerle un ojo morado, buscando pelea. En lugar de pelearnos con él, que es lo que ese cabrón grandullón andaba buscando, los chicos listos, solo éramos tres en ese colegio asqueroso, le tomábamos el pelo cuando nos lo encontrábamos: «Welby, ¿por qué quieres pelearme a puñetazo limpio? ¿Qué tienen de malo las palabras? ¿*No se te da bien decir tacos?*». Y

funcionaba. Éramos inmunes. Se daba la vuelta. A veces lo que me gustaría es que te limitaras a soltarle un taco a la vida en lugar de pelearte con ella.

—Creo que entiendo lo que dices, pero no sé cómo aplicarme el cuento —dijo Vanessa.

—Yo tampoco lo sé muy bien. Ojalá lo supiera. —Probó de nuevo—. Es decir, sé más astuta que la vida, dile adónde se tiene que ir, dile a la vida que se vaya a tomar por saco y hazlo con... rebeldía. Córtales el grifo, al problema, quiero decir. No te *enfrentes* tanto a él. No le permitas crecer tanto. ¿Tiene sentido lo que te digo? A la guerra vas con el ejército que tienes, supongo que a eso me refiero.

—¿Rumsfeld?

—En eso no se equivocaba.

Se sonrieron con dulzura; él seguía sujetándole la mano. La agarró con más fuerza.

—Ya sabes lo importante que eres para mí —dijo.

—Claro que lo sé.

—Mamá te quería mucho...

El pretérito, lo había utilizado sin querer. Hizo un ruidito con la lengua.

—Teníamos una familia —dijo Vanessa, secándose la mejilla—, y era la mejor del mundo, y después dejó de ser esa familia y todo desapareció para siempre.

Siempre le había parecido insoportable que las niñas lloraran. En parte dolido, en parte enfadado, se lo reprochaba; con bastante severidad, pero con verdadera angustia, siempre decía: «No, vamos, basta ya, de verdad que no hay razón para llorar».

—Vamos, papá —le dijo Vanessa—, no pasa nada, todo saldrá bien. Toma un clínex. Y otro para mí.

Se quedaron sentados en silencio durante un rato. Había muchas más cosas que decir, muchas más, pero ahora Alan tenía la sensación de que habría mucho tiempo para decirlas. Si no era hoy, sería mañana.

39

Alan propuso que salieran: cenar en el Café Filippo fue su artera propuesta. A Vanessa nunca se le habría ocurrido, pero claro que sí, ¿por qué no? Su padre le dijo que había conocido a un músico que tocaba allí esta noche.

—En los últimos dos días has conocido a más gente que yo en ocho años —dijo Van; era una broma, pero, a pesar de todo, hizo mella en él.

Durante todo el día la nieve se había ido derritiendo, un amplio deshielo, así que por fin hacía calor suficiente para ir caminando al pueblo. La humedad se palpaba en el aire. Una nieve dura y sucia, profundamente impermeable, allí apretada hasta la primavera, seguía forrando hasta bien alto los muros de las tiendas; pero de sus temblorosos toldos a Alan le caía nieve derretida en el cuello. Grupos de estudiantes ruidosos, desperdigados, amodorrados, iban de un lado a otro por las aceras, entrando y saliendo alegremente de los caldeados cafés.

Pero el Café Filippo estaba tranquilo. Alan lamentó que la banda tuviera un público tan escaso. Quizá su caché fuera fijo y no dependiera del número de asistentes. El lugar era agradable: entarimado de listones anchos, paredes de ladrillo rojo y un mural enternecedoramente tosco que cubría todo un muro, y que parecía mostrar a una colección de músicos de la década de 1960, tocando juntos en una fiesta ideal; solo reconoció a Joan Baez y a Bob Dylan. El mural rendía homenaje al hecho de que Baez y Dylan hubieran tocado en este mismo café, dijo Van, antes de ser famosos. En la parte delantera había montado un escenario, con guitarras ociosas apoyadas en grandes amplificadores, y la batería blanca que había atisbado en el coche de Ryan. Pidieron la cena.

En torno a las diez de la noche, cuando Alan ya acusaba la fatiga y pensaba en irse, los músicos subieron al escenario. Se alegró de que él y Van estuvieran cerca del fondo, en la sombra; nunca había tenido intención de aceptar la invitación de Ryan a copas gratis y un lugar preferente. Ahora el lugar estaba hasta los topes: los enterados no habían venido tan pronto como los que no estaban en la onda. ¿No era *lady* Trask la que estaba en la barra? Van confirmó la identificación. Presentaron a la banda: Ryan a la batería, Wes al bajo (alto, brazos largos y pelo de punta teñido), Cat al banjo (aspecto de chiquilla, con gafas, veinteañera) y Emmy a la guitarra acústica (más mayor, con una larga trenza plateada). Se llamaban The Mystery Tramps, un nombre que a Alan le pareció horroroso. A Van también, pero dijo que seguramente lo hubieran tomado de *Like a Rolling Stone*, lo cual quizá atenuara su fealdad. O la acentuara, susurró Alan, asumiendo el papel que solía interpretar Helen.

—Qué extraño —susurró también Van, leyéndole el pensamiento— que estemos aquí escuchando música, ¡sin Helen!

Tocaban estupendamente, mucho mejor de lo que cabía esperar por su nombre, con precisión y sutileza. Su segunda canción fue ruidosa y llena de furia, y permitió lucirse al batería: era «una de nuestras propias creaciones», titulada *When the Blues See Red*. La entregada audiencia lanzó gritos y silbidos. Una vez terminada la pieza (Alan se alegró bastante de que hubiera cesado el ruido), se tomaron un momento para afinar. A Alan todo el proceso le pareció demasiado lento para unos profesionales.

—¡Cuánto cuesta afinar un banjo! —bromeó la mujer más joven.

—*Afinamos* porque nos *importa* lo que hacemos —añadió la más mayor.

Alan se estaba impacientando. La siguiente canción, dijo la mayor, «la hizo famosa Mississippi John Hurt, pero probablemente otros la hubieran tocado durante años, quizá décadas, antes que él, y nadie sabe realmente quién compuso esa melodía tan bonita». Se titulaba *Make Me a Pallet on Your Floor*.

La mujer comenzó tocando una elaborada serie de acordes con la acústica, en arpegio. El acompañamiento era mínimo: el bajista apenas rozaba su instrumento y el batería solo daba golpecitos en una pandereta y accionaba el pedal del bombo. Sonaba alegre, avanzaba ligera, a buen ritmo, pero la letra era invernal, conmovedora. Alan, fascinado, se incorporó, con una concentración súbitamente absoluta. Nunca había escuchado esta canción, pero a él y a sus padres les encantaba *Hard Times Come Again No More*, y algo que siempre había apreciado de esa melodía era que, aun siendo triste, un lamento, incluso una elegía, su letra apuntaba en dirección contraria, a la firmeza, la solidaridad, la convicción:

Es la canción, el suspiro de los cansados,
malas rachas, malas rachas, no volváis nunca más.

En ocasiones, la canción le había dado fuerza durante sus propias malas rachas. No era ni totalmente triste, ni totalmente alegre, pero tenía la sabiduría de lo que combina una y otra cosa; la resistencia de lo remendado. Y lo mismo ocurría con la canción que estaba tocando la banda.

—¿Qué es esto? —le preguntó impaciente a Van.

—Calla, papá, no lo sé, escúchala y ya está.

Tenía lugar en un paisaje invernal, había un viajero, una cama para una sola noche.

Escuchó «Prepárame un camastro en el suelo» y después «Voy a cruzar el campo bajo la lluvia fría y la nieve». Se le encharcaron los ojos y agradeció todavía más las sombras.

Oh, prepárame, prepárame,
prepárame un mullido camastro,
prepárame un camastro en el suelo.

40

A la mañana siguiente hacía todavía más calor. Afuera, goteaba agua por doquier; en los tejados de las casas ya no había nieve. Le gustaba su pequeño dormitorio, sus finas paredes, el aire que se filtraba por la ventana cerrada. Tenía una cama individual con un edredón de Nueva Inglaterra. *Prepárame un camastro en el suelo.* Abrió su portátil y esperó a que se conectara a Internet. Escribió un mensaje a Eric Ball. Le recordó que en las dos semanas siguientes vender el Seddon era una prioridad absoluta; después se quitarían de encima los dos edificios de York. Le dio el teléfono de Vanessa y le explicó que se había ido del hotel. Ahora lo podría localizar aquí. Y le pidió que se pusiera en contacto con Helen, cuya dirección electrónica ya tenía, y que organizara una reunión de los tres para el mes próximo, en Londres, Newcastle u otro sitio, daba igual dónde. Eric, Alan y Helen iban a reunirse para hablar de una nueva operación. «Apasionante. Me parece (continuará).» Después cerró la sesión, apagó el trasto blanco y con serenidad le dijo adiós.

Abajo, se sentó a leer el *New York Times* con un café. Van estaba en la habitación principal, leyendo para su clase, bolígrafo en mano. Sonó el teléfono y era Josh, así que Alan se salió al porche delantero. Por primera vez desde su llegada, el calor era suficiente para hacerlo sin dar un respingo. Van había dicho que cuando llegaba la primavera sentía aflojarse el cuerpo: «Vuelves a revivir —dijo— has logrado superar por los pelos otro capítulo». Alan lo entendía. La primavera aún estaba lejos, pero ya podía imaginársela en este paisaje: las llanuras de hielo compacto se volverían escamosas e irregulares; la nieve sobrante, apretada contra los costados de los edificios, iría lagrimeando hacia las alcantarillas, dejando arenilla y sal en las peligrosas aceras. Después llegaría el movimiento, la bendita agitación que tan bien conocía de su antigua vida en Northumberland; era la época en la que Candace y él comenzaban a dar largos paseos y, mucho antes de Candace, Cathy y él: saldrían los narcisos y después los punzantes puñales amarillos de los arbustos de forsitia, como un mensaje anticipado del verano; y los frívolos, efímeros cerezos; al final regresarían todos los pájaros, las golondrinas y los cucos, y los herrerillos machos cuya esperanzadora tercera menor, su llamada de apareamiento, escucharía Van cada mañana por la ventana del dormitorio. Y *upstate*, bien al norte del estado, la primavera daría paso al verano, con el repique de las campanas de la glicinia, y los árboles robustos —álamos, arces y robles— se colmarían y serían de nuevo gozosos mundos de verdor. *Upstate*. Y el resto de la vida, esa vida americana que ahora era el mundo de Vanessa, también se despertaría. Ella aprendería de nuevo a amar las cosas más familiares: el distintivo rojo y negro de los camiones de Boar's Head (el animal dorado y triunfal que se relame encantado), el gruñido de las furgonetas marrones de UPS, el chirrido de los oxidados y rechonchos buzones azules (que, para los ojos de un inglés, eran muy parecidos a cubos de basura), sí, incluso el batir seco de las quince banderas americanas de

Broadway. La agradable bocina del tren clamaría en medio del aire caldeado del valle; ya no sería el sonido de una invernada harmónica navideña, sino el aullido de un animal migratorio a la busca...

Van apareció en la puerta.

—Josh se tiene que quedar otra noche en Boston. Parece que uno de los científicos del MIT le cambió la cita a última hora. Así que, al final, no podrás despedirte de él. Dice que lo siente.

Alan la miró. No parecía alterada por la noticia, pero era difícil estar seguro. Él sabía lo que tenía que hacer.

—Van, ¿qué te parecería si me quedara un poco más? ¿Si cambiara el billete?

—¿Un poco más? Sería estupendo, papá. Pero ¿cuánto tiempo más?

—Todavía no lo sé. Un poquito.

—¡Vaya, vaya! Pues vas a necesitar ropa nueva.

Boston, junio de 2017

Notas

¹ En la traducción se han respetado los apelativos cariñosos *da* y *mam* (papá y mamá), propios de las clases populares del noreste de Inglaterra en la época de infancia de Alan. [*Esta nota, como las siguientes, es del traductor.*]

² Atenea, en inglés.

³ *Troy* es Troya en castellano.

⁴ Esta frase pertenece a la letra de la canción *Hotel California*, del grupo Eagles.

⁵ «Noticia» como «nudo».

⁶ «*O, reason not the need!*», Shakespeare, *El rey Lear*, acto II, escena iv.

⁷ *Boggis* suena parecido a *booger*, «moco» en castellano.

⁸ Alusión a la canción «It's my Party», que hizo famosa en 1963 la estadounidense Lesley Gore y que después han versionado muchos otros artistas. En realidad, la letra de la canción dice: «Es mi fiesta y lloro cuando quiero».

⁹ El «Arrebatamiento» de los verdaderos creyentes, que llevará a cabo Jesús al final de los tiempos, es un concepto esencial para los evangélicos estadounidenses, que aquí se vincula irónicamente a la supuesta «estrategia de salida» que tenía el presidente George W. Bush, también evangélico, en la guerra de Irak o segunda guerra del Golfo. Por otra parte, la «W» de «W significa Guerra» alude tanto a la primera letra de la palabra *war*(«guerra») en inglés, como al nombre del presidente que inició dicha contienda, George W. Bush.

NOTAS

[1] En la traducción se han respetado los apelativos cariñosos *da* y *mam* (papá y mamá), propios de las clases populares del noreste de Inglaterra en la época de infancia de Alan. [*Esta nota, como las siguientes, es del traductor.*]

[2] Atenea, en inglés.

[3] *Troy* es Troya en castellano.

[4] Esta frase pertenece a la letra de la canción *Hotel California*, del grupo Eagles.

[5] «Noticia» como «nudo».

[6] «*O, reason not the need!*», Shakespeare, *El rey Lear*, acto II, escena iv.

[7] *Boggis* suena parecido a *booger*, «moco» en castellano.

[8] Alusión a la canción «It's my Party», que hizo famosa en 1963 la estadounidense Lesley Gore y que después han versionado muchos otros artistas. En realidad, la letra de la canción dice: «Es mi fiesta y lloro cuando quiero».

[9] El «Arrebatamiento» de los verdaderos creyentes, que llevará a cabo Jesús al final de los tiempos, es un concepto esencial para los evangélicos estadounidenses, que aquí se vincula irónicamente a la supuesta «estrategia de salida» que tenía el presidente George W. Bush, también evangélico, en la guerra de Irak o segunda guerra del Golfo. Por otra parte, la «W» de «W significa Guerra» alude tanto a la primera letra de la palabra *war* («guerra») en inglés, como al nombre del presidente que inició dicha contienda, George W. Bush.